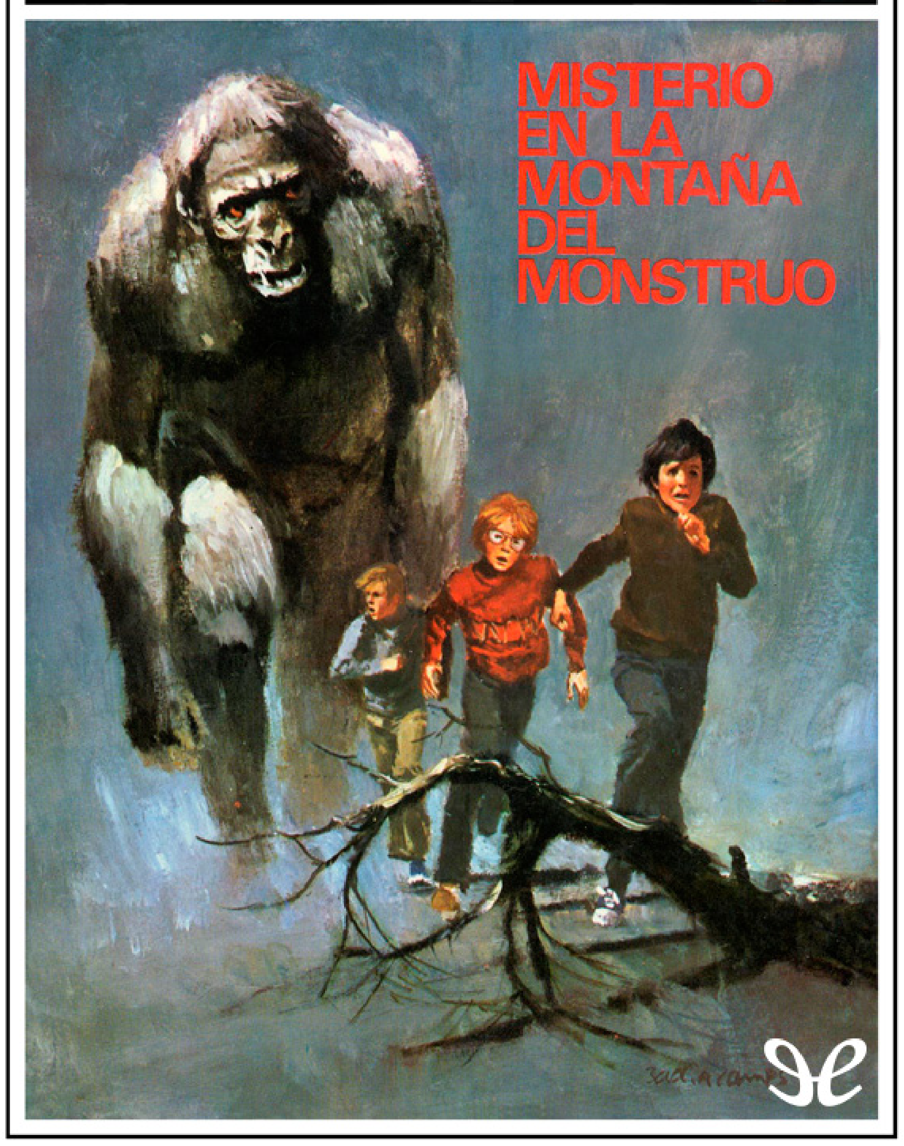
ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

Misterio en la montaña del monstruo

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 20

ePub r1.3

Titivillus 01.10.16

Título original: *The mystery of the monster mountain*
Robert Arthur, 1973
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano
Escaneo y retoque de portada: El Nota y Poe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Unas palabras de Alfred Hitchcock

¡Hola, amigos de los misterios!

Tengo, una vez más, el placer de presentaros a este equipo de jóvenes detectives llamados los Tres Investigadores. «Lo investigamos todo» es el lema, que cumplen al pie de la letra. Usualmente, actúan en su puesto de mando, un remolque abandonado, situado en el «Patio Salvaje», la chatarrería de la familia Jones, en Rocky Beach, pequeña comunidad no muy alejada de Hollywood.

Ahora, no obstante, los muchachos se han trasladado a las escarpadas laderas de Sierra Nevada, en California, para iniciar una aventura que comienza con gran sencillez, con la búsqueda de una llave perdida. Las complicaciones no tardan en acumularse, a medida que los chicos se enteran del extraño secreto que amenaza a la joven llamada Ana, y descubren la verdad oculta detrás de las oscuras leyendas de un monstruo y un ermitaño.

En el caso de que alguno de nuestros lectores conozca ahora por vez primera a los Tres Investigadores, sólo diré que Jupiter Jones, el Primer Investigador y jefe del grupo, es un chico bastante grueso, con una mente extraordinariamente ágil, y un gran talento para oler un misterio. Pete Crenshaw, es el más alto y atlético del terceto. Aunque no es un cobarde precisamente, trata siempre de mantenerse alejado de todo peligro. Bob Andrews, sosegado y estudioso, lleva los archivos del grupo, y posee buen olfato para las investigaciones, lo cual es una cualidad muy valiosa para los Tres Investigadores.

Y finalizada esta presentación, al lector le complacerá dar comienzo al capítulo primero. ¡La Montaña del Monstruo os aguarda!

ALFRED

HITCHCOCK

CAPÍTULO 1

La aldea Sky

—¡Cáspita! —exclamó Pete Crenshaw al divisar por vez primera la aldea Sky—. Parece un escenario de cine. Alguien tendría que rodar aquí una película.

Bob Andrews estaba arrodillado a su lado, y por encima de la cabina contemplaba la calle del pueblo.

—Bueno, en todo caso no sería el señor Alfred Hitchcock quien rodara aquí una película. Este pueblo es demasiado tranquilo para una película de misterio.

Jupiter Jones se puso también de rodillas al lado de Bob y colocó sus gordezuelos brazos sobre la cabina de la camioneta.

—El señor Hitchcock sabe muy bien que un misterio puede presentarse en cualquier parte —les recordó a sus amigos—. Pero tenéis razón. La aldea Sky es demasiado nueva y artificial.

La camioneta iba ascendiendo por la empinada calle, y no tardó en pasar por delante de una tienda dedicada a vender artículos de esquiar, muy parecida a una casita de los Alpes. A continuación de la tienda, había un motel con un tejado que imitaba al bálago. A mitad de verano, la tienda de esquís y el motel estaban cerrados. Unas contraventanas de color azul muy brillante cubrían las ventanas de un restaurante llamado Yodelerhaus. Algunos transeúntes pasaban por las soleadas aceras, y, en una gasolinera, un encargado con unos tejanos descoloridos dormitaba en una mecedora.

La camioneta llegó a la gasolinera y se detuvo frente a los postes. Hans y Konrad saltaron a tierra. Los dos hermanos bávaros llevaban varios años trabajando para tía Matilda y tío Titus Jones. Les ayudaban a clasificar, limpiar, reparar y vender los artículos de desecho que Titus adquiría para el «Patio Salvaje». Los dos hermanos siempre iban muy aseados al trabajo. Mas aquel día se

habían superado a sí mismos. Hans llevaba una camisa de deporte, nueva, sin la menor arruga, incluso después del largo trayecto desde Rocky Beach, a través del valle Owen, y la cuesta hacia el paraje ideal para los esquiadores, en Sierra Nevada. Los pantalones de Konrad no habían perdido el planchado, y sus zapatos relucían con orgullo.

—Quieren causarle una buena impresión a prima Ana —le susurró Bob a Jupe.

Éste sonrió, asintiendo. Los tres muchachos vieron desde la trasera del vehículo, cómo los dos hermanos bávaros se acercaban al encargado de la gasolinera.

—Perdone —dijo Hans.

El individuo, medio dormido, abrió los ojos y gruñó.

—Por favor —preguntó Hans—, ¿dónde está la casa de Ana Schmid?

—¿La posada Slalom? —El hombre se levantó y señaló hacia un bosquecillo de pinos que bordeaba casi la calle—. Pasen esos árboles y verán una casita blanca a la izquierda. No pueden extraviarse. Es la última construcción antes de que la calle muera en el campo.

Hans le dio las gracias y retrocedió hacia la camioneta.

—¿Les espera Ana? —le gritó el hombre—. La vi conduciendo por la carretera hacia Bishop hace un par de horas. Creo que aún no ha regresado.

—Bien, la aguardaremos —concluyó Konrad.

—Tal vez tarde bastante —objetó el encargado—. Casi todos los comercios de la aldea Sky cierran en verano, por lo que es probable que Ana tenga que comprar muchas cosas en Bishop.

—Ya hemos aguardado demasiado —replicó Konrad animosamente—. No hemos visto a Ana desde niños, en nuestra patria, antes de venir a Estados Unidos.

—¡Bien, bien! —exclamó el hombre—. Amigos de la patria lejana, ¿eh? Ana estará muy contenta.

—Amigos no —repuso Konrad—. Familiares. Somos primos de Ana. Y venimos a darle una sorpresa.

—Espero que le gusten las sorpresas —rezongó el hombre. Luego se echó a reír—. Y espero que también a ustedes. Ana ha estado muy ocupada en las dos últimas semanas.

—¿Ah, sí? —inquirió Hans.

—Ya se enterarán.

Los ojillos del encargado de la gasolinera chispeaban. A Jupiter le recordaron los de varios amigos de tía Matilda, que coleccionaban dimes y diretes respecto a los vecinos de Rocky Beach.

Hans y Konrad subieron de nuevo a la camioneta.

—Me da la impresión de que a ese tipo no se le escapan muchas cosas —comentó Pete, cuando el vehículo arrancó.

—Probablemente no tendrá mucho que hacer en verano, salvo vigilar a todo el que sube y baja por la carretera —decidió Bob—. Cuando se funde la nieve, ¿cuántos clientes puede tener?

La camioneta prosiguió lentamente por la calle del pueblo. Pasaron por delante de una heladería que estaba abierta y de una cafetería que estaba cerrada. El supermercado de Sky estaba a oscuras, lo mismo que una tienda de objetos de regalo.

—No comprendo cómo puede prima Ana estar tan ocupada —murmuró Pete—. Este pueblo parece muerto.

—Por lo que contaron Hans y Konrad —explicó Jupiter—, su prima siempre halla algo interesante que hacer. Vino a Estados Unidos hace diez años, y consiguió un empleo de doncella en un hotel de Nueva York. Hans asegura que, a los seis meses, ya estaba encargada de todo el personal femenino, y que en seis años ahorró el dinero suficiente para comprar una posada en este pueblo. Un año más tarde adquirió un telesquí, que le produce buenos beneficios cuando llegan las nieves.

—¿Y todo esto lo hizo sólo con el sueldo de encargada de hotel? —se interesó Pete.

—No todo. Tenía un segundo empleo, a horas, e invertía el dinero en buenas acciones. Es una mujer muy equilibrada, y Hans y Konrad están muy orgullosos de ella. Leen todas sus cartas en voz alta a quien quiere escucharlas, y tienen varias fotografías de prima Ana en sus habitaciones. Cuando tía Matilda y tío Titus decidieron de pronto cerrar el «Patio Salvaje» durante dos semanas y tomarse unas vacaciones, los dos aprovecharon la excelente oportunidad.

—Me alegro de que así lo hicieran —aprobó Pete—. Si no, ¿cómo hubiésemos podido nosotros disfrutar de una excursión como ésta? Me gusta escalar las rocas, y sé que la aldea Sky tiene una

montaña estupenda…, siempre con muy poca gente. Y su campiña es magnífica también.

—Demasiado lejos de las grandes autopistas —se quejó Bob.

—Bueno, espero que a prima Ana no le molesten las sorpresas —reflexionó Jupiter—. Hans y Konrad intentaron llamarla por teléfono antes de ponernos en marcha, pero ella no estaba en casa. Los dos están dispuestos a acampar con nosotros, antes que ser una carga para su prima.

La camioneta iba traqueteando por la calle, y luego por entre el bosquecillo de pinos indicado por el encargado de la estación de gasolina. Una vez dejó atrás el pinar, los muchachos distinguieron una ladera para esquiar. Estaba cortada en el lado este de la montaña, tan pelada como si un gigante hubiese afeitado la ladera de todo árbol o maleza que pudiera interferir en el descenso de los esquiadores. Paralelamente a la ladera corría un tendido de torres de acero conectadas por cables. A cada seis o siete metros, colgaba de los cables una sillita.

La camioneta se detuvo a la izquierda de la carretera, casi delante de una casa encalada que casi se hallaba apoyada en la pista de esquí. Un cartel anunciaba que se trataba de la posada Slalom.

—Ya veo que prima Ana es todavía una buena ama de casa —observó Bob.

La posada era un edificio muy pulcro de madera, pintado de blanco, que resplandecía al sol del atardecer. Las ventanas estaban tan limpias que el cristal era casi invisible. Al revés que otros varios edificios de Sky, la posada de Ana Schmid no trataba de parecer suiza o austriaca. Era simplemente un parador montañés, con un amplio porche delante. Habían pintado la puerta de un color rojo vivo, y junto a la balaustrada del porche se veían diversos tiestos y macetas colorados y azules.

Al lado izquierdo de la casa había un sendero de gravilla, y una pequeña zona de aparcamiento que contenía una camioneta polvorienta y un coche deportivo, rojo, muy brillante.

Hans y Konrad bajaron de la cabina, y los muchachos saltaron por detrás.

—Creo que prima Ana ha sabido establecerse —ponderó Hans.

—Ana siempre supo abrirse paso —corroboró Konrad—.

Acuérdate de que, cuando tenía sólo diez años, cocía los pasteles mejor que nuestra madre. Nosotros siempre queríamos ir a ver a Ana para disfrutar con sus pastas y su chocolate.

Hans sonrió. El sol empezaba a esconderse por detrás de la pista de esquí y la brisa se iba enfriando.

—Entremos. Aguardaremos a que Ana regrese de sus compras y tal vez nos obsequiará con algunos pasteles.

Hans y Konrad empezaron a ascender los peldaños del porche. Jupiter, Pete y Bob no se movieron.

—¿No venís? —les animó Hans.

—Tal vez tengamos que quedarnos en el campo —respondió Bob —. Vosotros hace mucho tiempo que no veis a vuestra prima y no queremos ser una molestia.

Hans y Konrad se echaron a reír.

—¿Una molestia? —repitió Hans—. Vosotros no sois unos desconocidos. Le hemos escrito a Ana sobre vosotros y vuestras hazañas. Sabe que sois unos chicos muy listos. Y nos contestó que le encantaría conoceros. Por eso os hemos traído aquí.

Tras estas palabras, los tres chicos siguieron a Hans y Konrad al interior de la posada. La puerta principal estaba sólo entornada. Daba directamente a una vasta estancia, amueblada con sillones de cuero y un sofá, largo y cómodo. Había varias lámparas de cobre y, encima de una chimenea, en la pared de enfrente, relucían unos jarrones de latón. A la derecha había una mesa con cuatro sillas. Detrás se hallaba la puerta de la cocina. En la pared izquierda, una escalera rústica conducía al primer piso. La habitación olía a fuego de troncos y a pulimento de muebles, y había un leve rastro de un aroma que a Jupiter le recordó que prima Ana cocía muy buenos pasteles.

—¡Ana! —gritó Hans—. Ana, ¿estás en casa? —Nadie contestó.

—Bien, esperaremos —decidió Konrad. Empezó a pasearse por el cuarto, observándolo todo y palpando los respaldos de los sillones. Sonrió satisfecho—. Todo es excelente. Sí, Ana se ha establecido bien.

Su paseo le condujo a una puerta que se abría en la pared de la derecha. Estaba abierta. Había un cartelito que anunciaba: «Privado».

Konrad se asomó y exclamó:

—¡Oh!

—Oh, ¿qué? —quiso saber Pete.

—Supongo que nadie es perfecto —manifestó Konrad—, ni siquiera prima Ana.

Hans se situó al lado de su hermano y sacudió la cabeza burlonamente.

—Ana, Ana, te reñiremos por esto. Jupe, asómate al despacho de nuestra gran ama de casa.

—Tal vez sea mejor no husmear en su despacho —replicó Pete —. Mi madre tiene un ataque siempre que yo abro su escritorio o miro su libreta de notas.

Jupiter Jones estaba a punto de instalarse en un cómodo sillón, cuando, de repente, Hans dio media vuelta.

—Jupe, Bob, Pete… Creo que aquí ocurre algo.

—¿Qué?

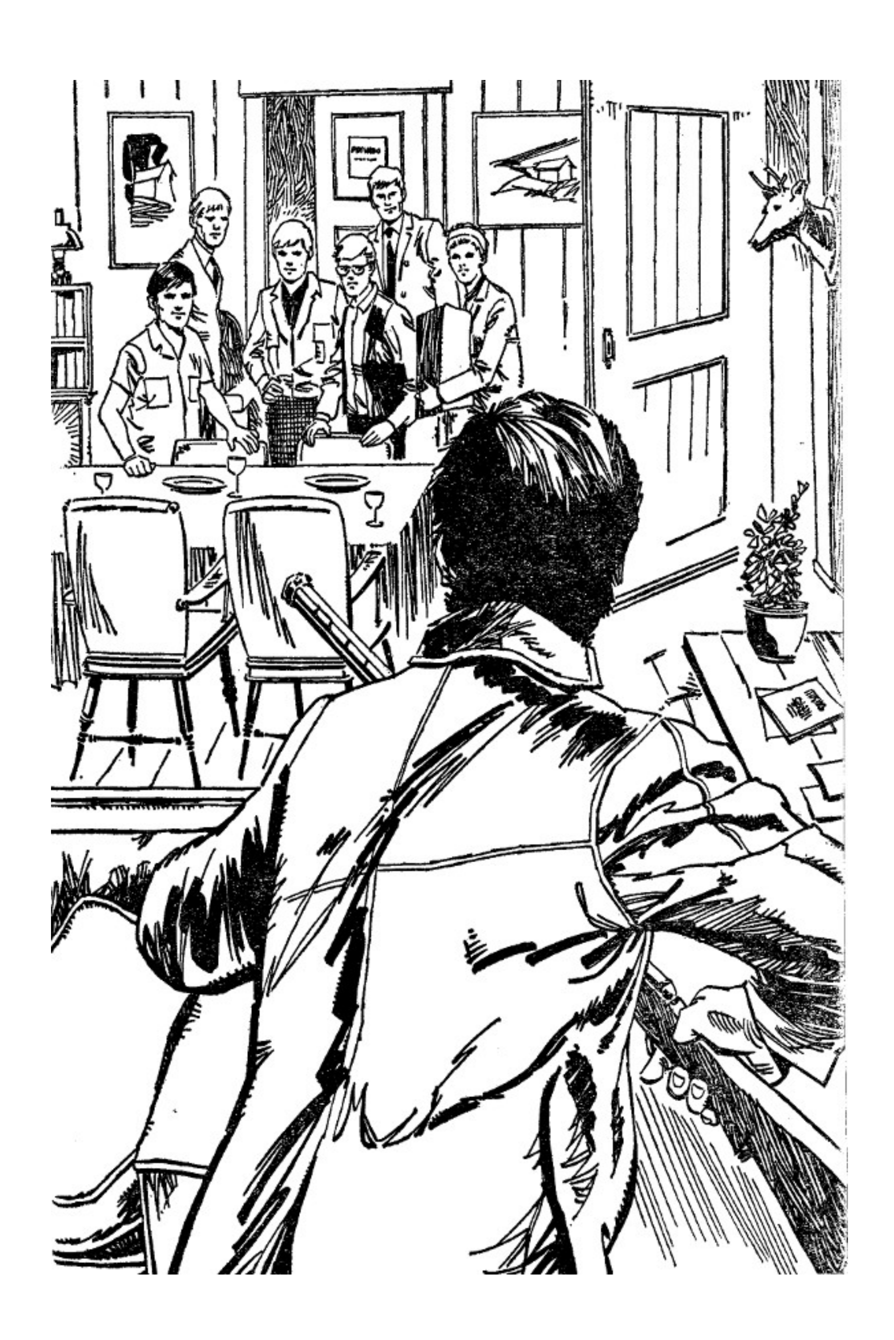
Jupiter saltó del asiento y corrió hacia la puerta. Obviamente, la habitación era el despachito de la posada. Un amplio escritorio atestado de papeles estaba frente a la puerta. Cerca había un archivador metálico con dos cajones abiertos. Las carpetas y papeles sueltos se hallaban esparcidos desordenadamente por el suelo, junto con los aplastados restos de una papelera volcada. Los cajones estaban fuera del escritorio, apoyados contra el muro. El alféizar de la ventana, que se abría detrás de la silla del escritorio, estaba lleno de sobres, fotos y postales. Habían apartado de la pared una librería, y un platito volcado había dejado caer un montón de clips al suelo.

—¡Parece como si alguien hubiera registrado este despacho! —opinó Pete, que estaba casi pegado a Jupe, observando también.

—Yo diría lo mismo —afirmó Jupiter—, y quien llevó a cabo la hazaña, tenía mucha prisa o era muy poco cuidadoso.

—Bien, ¿qué están ustedes haciendo aquí? —gruñó una voz ronca desde el salón. Los muchachos dieron rápidamente media vuelta.

¡Había un hombre cerca de la escalera, empuñando una carabina!



CAPÍTULO 2

La sorpresa de prima Ana

—Está bien, hablen. ¿Qué hacen aquí?

El individuo apostado junto a la escalera efectuó un movimiento de impaciencia y la carabina tembló en sus manos. Pete agachó la cabeza instintivamente.

El individuo avanzó varios pasos. Era alto, de espaldas anchas, con cabello espeso y oscuro. Sus ojos eran duros y helados. Apuntaba el arma contra el grupo apiñado a la puerta del despacho.

—¡Hablen! —exigió amenazador.

—¿Quién… quién es usted? —tartamudeó Konrad. No podía apartar sus ojos del arma.

El hombre no contestó. Sin embargo, repitió su pregunta.

—¿Qué hacen aquí? ¿No saben que se trata de un cuarto privado? Debería de…

—¡Un momento! —La voz de Jupiter interrumpió la parrafada. Jupe se irguió en toda su estatura—. Tal vez tendrá la bondad de presentarse —dijo con su tono más duro.

—¿Cómo?

—Al parecer, alguien ha registrado el despacho —continuó Jupe —, y a la policía le interesará saber qué hace usted aquí y por qué nos amenaza de buenas a primeras con una carabina.

Jupiter no estaba pensando en llamar a la policía y lo sabía. No obstante, su aspecto sereno asustó al dueño del arma. Éste frunció el ceño y después bajó la carabina hacia el suelo.

—¿Quieren llamar a la policía? —indagó.

—Creo que lo mejor sería llamarla —precisó Jupiter—. Por otra parte, tal vez fuese más prudente esperar a que la señorita Schmid regrese de Bishop, y sea ella quien formule la demanda.

—¿La señorita Schmid? —dijo el hombre—. Permítanme que les cuente unas cosillas.

En aquel momento se oyó el portazo de un coche fuera. Hubo unos rápidos pasos en el porche. Se abrió la puerta y una mujer de elevada estatura, con una bolsa llena de comestibles, apareció en el umbral.

—¡Prima Ana! —gritó Hans.

La recién llegada se quedó inmóvil. Sus ojos fueron del hombre de la carabina a Hans y Konrad, luego a los muchachos y finalmente de nuevo al de la escopeta.

—¡Prima Ana! —repitió Hans, casi como una pregunta.

—¿Prima Ana? —dijo como un eco el de la carabina—. ¡Cielo santo! Ustedes deben de ser Hans y Konrad de Rocky Beach. No les habría reconocido por las fotos que Ana me enseñó. ¿Por qué no lo dijeron? Hubiera podido disparar.

—¿Es usted amigo de Ana? —quiso saber Konrad.

—Algo parecido. Claro, Ana no se lo comunicó. ¡Oh!, me prometiste escribírselo antes de irnos a Lago Tahoe.

—¡Oh, Hans y Konrad!

La joven dejó la bolsa en una mesa, se llevó una mano a las trenzas rubias que coronaban su cabellera y sonrió ampliamente.

—¡Hans, Konrad! —repitió, tendiendo sus manos a Hans, el cual fue hacia ella, besándola en ambas mejillas.

—Tanto tiempo… —murmuró la joven.

Konrad apartó a su hermano y también besó a su prima.

—Hay que ver, qué desconocidos estáis —exclamó Ana—. No os conocía… —Se volvió hacia los demás—. No, a pesar de tener vuestros retratos. En fin, ni siquiera sé quién es Hans y quién es Konrad.

Su voz era cálida y divertida y hablaba rápidamente, sin ningún acento alemán.

Los hermanos se echaron a reír y se presentaron debidamente. Luego presentaron a Jupiter, Pete y Bob.

—Ya me escribisteis respecto a esos chicos listos —afirmó Ana.

—Muy listos —puntualizó Hans.

Konrad dijo algo en alemán y palmoteó a Jupiter. La sonrisa de Ana se desvaneció al instante.

—Hablemos en inglés —exigió.

Konrad volvió a expresarse en alemán.

—Lo sé —asintió Ana—. Es más patriótico hablar en alemán,

pero hablaremos en inglés, por favor —fue hacia el tipo de la carabina, que aún seguía junto a la escalera y le rodeó con un brazo —. Mi marido no habla alemán. No quiero mostrarme cruel con él.

—¿Tu esposo? —gritó Konrad.

—¡Ana! —exclamó Hans—. ¿Cuándo…?

—La semana pasada —explicó el hombre—. Ana y yo nos casamos en Lago Tahoe la semana pasada. Me llamo Joe Havemeyer.

Hubo un momento de estupor.

—¡De modo que ésta es la sorpresa de prima Ana! —exclamó por fin Pete.

Ana se echó a reír. Hans y Konrad la abrazaron, deseándole muchas venturas, y ella exhibió su anillo de bodas, un aro de oro que le estaba algo grande en el tercer dedo de su mano izquierda. Joe Havemeyer aceptó las felicitaciones de los dos hermanos.

A Jupiter Jones no le gustaban los asuntos sin terminar, ni los misterios sin solución. Aguardó hasta que las risas y las exclamaciones fueron languideciendo y después penetró en el despacho de la posada y le indicó a Ana que le siguiese.

—Mire —dijo, señalando los papeles diseminados por el suelo—. Alguien entró aquí en su ausencia y registró esta habitación. Tal vez usted quiera llamar a la policía o…

—Oh, esto es gracioso —rió prima Ana—. Hans y Konrad me escribieron que vosotros tres sois detectives. Sí, esto es muy gracioso.

Jupe no le veía la gracia. Se puso como la grana y frunció el entrecejo.

—No, no, no te enfades —rectificó Ana—. Creo que sois unos detectives muy buenos. Y tú tienes razón. Han registrado este despacho. Pero quienes lo han registrado hemos sido mi marido y yo.

Jupiter esperó sin hablar.

—Bueno… —prosiguió Ana—, extravié una llave. Una llave muy importante, y he de encontrarla, por lo que estoy buscando por todas partes.

—Tal vez nosotros podamos ayudarle —se ofreció Pete—. Al menos, Jupe podrá. Es estupendo para adivinar dónde guarda la gente las cosas.

—Y somos muy buenos para toda clase de registros —añadió Bob—. Jupe, ¿puedes entregarle a la señorita Schmid… digo, a la señora Havemeyer una de nuestras tarjetas profesionales?

Jupe aún estaba un poco enfadado por haberse Ana reído de él, pero sacó la cartera y buscó en ella hasta encontrar una cartulina que entregó a Ana.

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

?   ?   ?

Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Ana leyó la tarjeta.

—Magnífico —exclamó.

—Gracias —repuso Jupiter secamente—. Tenemos un récord envidiable. Hemos logrado solucionar enigmas que habían intrigado a personas mucho mayores que nosotros. Los puntos de interrogación significan lo desconocido, que siempre deseamos descubrir.

—¿Siempre habla así ese chico? —le preguntó Joe Havemeyer a Hans, sonriendo.

—¿Como un libro? —sonrió también Hans—. Jupe lee todo cuanto cae en sus manos, y sabe descubrir qué sucede, muchas veces, cuando fracasan todos los demás. Dejen que Jupiter busque su llave y aparecerá.

—Muy amable —agradeció Joe Havemeyer—, pero no creo que necesitemos un detective privado para encontrar una llave extraviada. Está aquí de modo que ha de aparecer.

Sin querer pronunciar una palabra, Ana le devolvió la tarjeta a Jupiter.

—Muy bien —opinó Jupe—. Probablemente, saldrá la llave. Mientras tanto, será mejor que nos instalemos. A este lado de la Sierra oscurece temprano y deseamos escoger el sitio más adecuado

para acampar y plantar la tienda, en tanto aún vemos lo que hacemos.

—Sí, y nosotros también —agregó Hans—. Dentro de poco volveremos y alargaremos la visita.

—Oh, no —exclamó Joe Havemeyer cordialmente—. Ana no tuvo ninguna celebración de boda. Ahora que han llegado tus primos, ¿por qué no dar una pequeña fiesta? Además, Hans y Konrad no tienen por qué dormir fuera. Nos queda una habitación libre. Pueden quedarse con nosotros.

Ana pareció un poco turbada ante tal propuesta, y Hans, que escrutaba su semblante, comenzó a oponerse. Konrad le interrumpió rápidamente.

—Será una buena idea quedarnos aquí —dijo con firmeza—. El padre de Ana ha muerto.

—Sí, ella me lo dijo —asintió Joe—. ¿Y qué?

—De modo que no tiene ningún padre que la vigile —continuó Konrad—. Nosotros somos su única familia, y algún pariente debe cuidarla.

Se volvió hacia su hermano y dijo algo en alemán.

—Hablad inglés, por favor —se quejó Ana—. Además, de haber querido hablar de mí con Joe, debisteis hacerlo antes de la boda. Entonces era el momento ideal.

—Pero, Ana —objetó Konrad razonablemente—, no nos comunicaste que ibas a casarte.

—No necesitaba decíroslo —replicó ella—. No tenía por qué preocuparos. Joe goza de buenos ingresos. Y se quedará aquí conmigo para ayudarme a regentar la posada. En invierno, estará encargado del telesquí. Todo está decidido y no tengo por qué escuchar vuestros discursos.

Konrad enrojeció y calló, enfurruñado. Joe Havemeyer trató de apaciguar a Ana. La joven se marchó a la cocina con la cesta, y en el momento de salir del salón no miró a ninguno de sus primos.

—Será mejor que nos vayamos —admitió tristemente Hans.

—Vamos, vamos —murmuró Joe—. No os lo toméis en serio. Ana tiene un carácter un poco arisco, pero a la hora de la cena volverá a estar contenta. Sé que se alegra de veros. Me ha hablado mucho de vosotros. Pero está orgullosa de su independencia. Y no le gusta que intentéis protegerla.

Konrad se pasó una mano por el rostro.

—Soy un estúpido —gruñó—. Pero no he visto a Ana desde pequeña, y ahora me parece ser su padre. Tonto, ¿eh?

—No mucho —reconoció Joe—. Bien, no ha ocurrido nada.

Joe Havemeyer tenía razón. A la cena, Hans y Konrad ya habían llevado su equipaje a la gran habitación cuadrada situada en el lado norte de la posada. Como sólo había cuatro dormitorios, y dos ya estaban ocupados por huéspedes de pago, los Tres Investigadores plantaron su tienda bajo los pinos del lado derecho de la casa, hacia el norte. Joe Havemeyer insistió en ello. El riachuelo que discurría por la campiña estaba casi seco, porque había habido muy poca nieve y lluvias aquel año. Los muchachos, por tanto, estarían mejor cerca de la posada… donde hallarían agua en abundancia. Havemeyer también insistió en que aquella noche los chicos les acompañasen a cenar. Tendrían que dejar intervenir en la cena a los dos huéspedes de pago, pero no permitirían que el señor Jensen ni el señor Smathers les estropeasen la fiesta.

Los muchachos conocieron a los señores Jensen y Smathers muy poco antes de cenar. El segundo era un hombre flaco y de unos cincuenta años, aunque parecía mayor. Llevaba pantalones cortos y botas de montaña, que abrochaba casi en las rodillas. El señor Jensen era más joven y más alto y grueso, con una mata de cabello castaño, muy corto, y un rostro vulgar aunque no desagradable.

Cuando Ana trajo el asado de la cocina, el señor Smathers hizo unos sonidos de desaprobación con la lengua.

—¡Ternera! —refunfuñó.

—Nada de sermones, por favor —le reprochó el señor Jensen—. A mí me gusta mucho la ternera asada y le agradecería que no me hiciera sentir como un asesino cada vez que levanto el tenedor.

—Los animales son nuestros amigos —objetó el señor Smathers. Sus ojillos acuosos estaban fijos en el señor Jensen—. Los amigos no se comen entre sí.

Ana había recobrado su buen humor. Le sonrió a Smathers.

—Yo conocía al animalito que debía darnos de cenar. En fin, no nos inquietemos por él, pues al menos ahora ya no se siente desdichado.

—Las terneras son hembras —observó Smathers.

—Lo cual sólo les importa a las terneras y las vacas. Para usted

señor vegetariano, tengo espinacas a la crema y zanahorias crudas, y también yemas de alfalfa.

—Excelente.

El señor Smathers se metió una punta de la servilleta en el escote de la camisa y se dispuso a gozar de su cena vegetariana, mientras el señor Jensen miraba cómo Joe Havemeyer trinchaba el asado.

—¿No han pensado jamás en servir venado en plena temporada? —inquirió el señor Jensen—. Conseguí dos buenos disparos contra ellos en plena carretera de Bishop esta misma tarde.

—¿Disparos? —repitió Bob.

—El señor Jensen es un animal carnívoro —explicó Smathers—. De buena gana dispararía contra los venados con una carabina, si no fuera ello contra las ordenanzas de la ley. Por fortuna, es un buen ciudadano y el señor Jensen se limita a disparar con su cámara fotográfica.

—Soy fotógrafo profesional —agregó el señor Jensen—. Estoy especializado en fotos de animales. Hay muchas revistas que pagan bien las fotos de la auténtica vida salvaje.

—Molesta a los pobres animales, como cualquier cazador —refunfuñó el señor Smathers.

—¡Yo no les hago daño! —protestó el señor Jensen—. Me limito a retratarlos.

Smathers resopló desdeñosamente.

Joe Havemeyer había terminado de trinchar el asado y dejó la bandeja con la carne cortada encima de la mesa.

—El señor Smathers vino como excursionista a la alta montaña —explicó después a Hans, Konrad y los muchachos—. Y él me dio una verdadera inspiración. Más arriba de la pista de esquí hay un prado y después varios kilómetros de tierra salvaje. En verano, intentaremos atraer aquí a los buenos excursionistas. Anunciaremos buena comida y buenas cenas en un radio de una milla de tierras primitivas.

El señor Smathers levantó la vista de sus tallos de alfalfa.

—No serán primitivas por mucho tiempo, si hace lo que…

—Unos cuantos excursionistas no estropearán el paisaje ni molestarán demasiado a los pájaros y los osos —replicó Havemeyer—. En realidad, los osos no son tímidos.

—Sólo porque uno anoche se acercó a husmear a una lata de basura… —observó el señor Smathers.

—Lo desparramó todo por el patio trasero —afirmó Havemeyer.

—No es culpa de ellos —protestó Smathers—. Ha sido un año de sequía. Y en las tierras altas no hay bastante forraje para ellos, de modo que bajan al pueblo. ¿Quién tiene más derecho? Los osos moraban ya en la montaña antes de que se fundara este pueblucho.

—Pero no el oso de anoche —señaló Havemeyer—. Y será mejor que no vuelva.

—¡Bárbaro! —gritó Smathers.

Prima Ana golpeó la mesa con la mano.

—¡Basta! Esta noche celebramos una fiesta por mi casamiento y no quiero que haya riñas.

Sobre el grupo planeó un silencio incómodo. Jupe, tras buscar en su cerebro un tema trivial de conversación, se acordó de la excavación observada por él aquella tarde detrás de la posada.

—¿Piensan construir algún otro edificio para agregar a la posada? —le preguntó a Ana—. Alguien estuvo excavando por allí detrás. ¿Ponen los cimientos de otra construcción?

—Son para una piscina.

—¿Será una piscina? —sorprendiose Hans—. ¿Una piscina aquí? Hace mucho frío para nadar.

—El agua se calentará a mediodía —aseguró Havemeyer—. Naturalmente, habrá agua caliente. En los anuncios para los excursionistas, no sólo diremos que el paisaje es primitivo, sino que podrán darse un remojón refrescante al finalizar el día. Incluso podremos techar la piscina y utilizarla en invierno. ¡Imagínense qué delicia poder esquiar y bañarse en un mismo día!

—Piensa usted mucho, ¿eh? —sonrió el señor Jensen.

En su tono de voz había una nota sarcástica que atrajo la atención de Jupe.

—¿Le preocupa algo? —preguntó Havemeyer.

Antes de que Jensen pudiese responder se oyó un tintineo metálico a espaldas de la posada, y luego el ruido de un cubo de basura al caer.

Havemeyer echó su silla atrás y se dirigió a una alacena, disimulada bajo la escalera.

—¡No! —gritó Smathers.

Havemeyer salió de la alacena. Llevaba en la mano una carabina un poco sofisticada.

—¡No, oh, no! —repitió Smathers yendo hacia la cocina.

—¡Quieto, Smathers! —se enfureció Havemeyer, corriendo tras él.

Hans, Konrad y los muchachos le siguieron. Llegaron a tiempo de ver a Smathers abrir la puerta trasera.

—¡Fuera! —gritó el hombre—. ¡Largo de ahí!

Havemeyer asió a Smathers por un brazo y lo apartó del umbral. Los muchachos vislumbraron fugazmente una forma oscura que huía hacia el borde de la ladera de esquiar. Havemeyer se plantó en el umbral, levantó el arma y apuntó. La detonación no fue más que rumor sordo.

—¡Maldición! —rugió Havemeyer.

—Falló, ¿eh? —se alegró Smathers.

Havemeyer volvió al interior de la cocina.

—¡Debí tirar contra usted! —gruñó.

Pete tocó a Jupe en el codo y se encaminó al salón.

—¿Te has fijado en la carabina? —le susurró Pete a su gordo amigo antes de volver a sentarse a la mesa.

Jupiter asintió.

—Una carabina de balas tranquilizantes —murmuro—. Muy extraño. ¿Por qué perseguir a un oso con una carabina tranquilizadora habiendo una verdadera carabina en la casa?

CAPÍTULO 3

Merodeador nocturno

Jupiter Jones se rascaba los dedos de los pies contra la parte interna del saco de dormir, mientras contemplaba las tinieblas.

—¡Los Tres Investigadores tienen un caso! —proclamó en voz alta.

Bob estaba tendido dentro de la tienda de campaña, al lado de Jupe.

—¿Tenemos que buscar la llave de prima Ana? —inquirió.

—No. Hans y Konrad hablaron conmigo después de cenar. Quieren que indaguemos respecto al nuevo marido de prima Ana. Están un poco inquietos por ella.

Junto a Bob, Pete bostezó fuertemente.

—También a mí me inquieta un poco —confesó—. A ese tipo le gustan mucho las armas. Acordaros de que solamente estábamos mirando el despachito y por poco sí nos envía a todos al otro barrio.

—Y emplea una carabina tranquilizante para asustar a un oso —añadió Jupiter—. Lo cual no tiene sentido. ¿Por qué ha de poseer siquiera esa carabina? Pero no son las armas las que inquietan a Hans y Konrad, sino la piscina. Temen que su prima, tan trabajadora y práctica, se haya casado con un hombre que se gaste todo el dinero en proyectos estúpidos. En realidad, una piscina no tiene el menor sentido práctico en una posada con sólo tres dormitorios para huéspedes. No puede producir beneficios.

Jupe hizo una pequeña pausa para bostezar.

—A Hans y Konrad también les inquieta el hecho de que Havemeyer no tenga un empleo. Creen que un hombre de su edad debería trabajar. Mientras les ayudó a llevar el equipaje a la posada, les contó que había heredado dinero de su familia y que había vivido en Reno hasta que conoció a Ana y decidieron casarse. El coche rojo deportivo del aparcamiento es suyo, y lleva matrícula del

Estado de Nevada, o sea que esa parte de la historia concuerda.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pete—. ¿Ir a Reno e interrogar a sus antiguos vecinos?

—No creo que sea necesario —rechazó Jupe la sugerencia—. Bob, ¿conoce tu padre a alguien en Reno?

El padre de Bob era un periodista de Los Ángeles y conocía a otros en casi todas las ciudades del oeste de Norteamérica.

—¿En Reno? —reflexionó Bob—. No, ni creo que le haya oído nunca mencionar a algún amigo de allá. Pero puedo pedirle a papá que pregunte en la oficina de créditos de Reno respecto a Havemeyer. Si abrió alguna cuenta corriente, la oficina de créditos tendrá un expediente suyo. Papá siempre afirma que los archivos del crédito están llenos de información sobre los clientes: dónde tienen las cuentas bancarias, cuánto dinero poseen y si abonan a tiempo las facturas, por ejemplo.

—Bien —aprobó Jupiter—. De acuerdo. Mañana llamaremos a tu padre.

Se levantó y levantó la cortina de la tienda. Al otro lado del patio, todas las ventanas de la posada Slalom estaban a oscuras, salvo una.

—Joe Havemeyer está en el despacho de Ana —explicó.

—Supongo que para él no cuenta el letrerito de «Privado» —observó Pete. También se levantó y fue a atisbar.

A través de la ventana sin persianas del despacho, los muchachos divisaban perfectamente al marido de prima Ana. Estaba sentado al escritorio, de espaldas a la ventana, seleccionando varios papeles y guardándolos en carpetas.

—Haciendo limpieza —dijo Pete—. Me sorprende que esto no lo haga prima Ana. Si es tan aseada como dicen.

—Me siento un poco defraudado con prima Ana —confesó Jupe—. Y creo que lo mismo les ocurre a Hans y Konrad. No pareció muy contenta cuando su marido les invitó a quedarse en la posada. Y no habla alemán con ellos. En realidad, apenas les dirige la palabra. Deja que su marido lleve todo el peso de la conversación.

—Las reuniones familiares no siempre salen bien —observó Pete. Se había metido en la colchoneta con los tejanos y una camiseta afelpada. Ahora estaba buscando los zapatos en la oscuridad—. Al menos, los pasteles de prima Ana confirman su

reputación —añadió—. Puesto que Havemeyer está levantado, iré a la posada. Quiero tomar un vaso de leche y buscar algo para comer.

—Has mencionado comida… —suspiró Jupe, poniéndose también los zapatos. Bob descorrió la cremallera de su colchoneta.

—¡Contad conmigo!

—¡Atención! —Les detuvo Jupe de repente—. ¡Escuchad!

Bob y Pete se inmovilizaron. Se oía un rumor suave detrás de la tienda, medio gruñido, medio gemido inquisitivo.

—¡Un oso! —susurró Pete.

—¡No os mováis! —advirtió Jupe.

Chascó una rama y se oyó un ruido sordo como si alguien hubiera propinado un puntapié a una piña caída de un árbol. El animal entró en el radio visual y se detuvo delante de la tienda. Los muchachos podían distinguir su silueta contra la luz que salía por la ventana del despacho de la posada. En efecto, era un oso grande, un oso hambriento. Husmeaba en todas direcciones.

—¡Huyamos! —exclamó Pete frenético.

—¡Chist! —advirtió Bob—. No te asustes.

El oso estaba inmóvil, contemplando a los tres muchachos. Éstos también parecían estatuas, mirando fijamente a la fiera. De pronto, el oso perdió interés en la tienda y sus ocupantes. Resopló y se marchó tambaleándose hacia la parte posterior de la posada.



—¡Uf! —suspiró Pete con enorme alivio.

—Sólo desea rapiñar en la basura —murmuró Bob.

Unos segundos más tarde, oyeron el ruido de un cubo de basura al volcar. Por la ventana del despacho vieron a Joe Havemeyer dar un salto y correr hacia la puerta. Sin embargo, antes de poder dar tres pasos, se produjo un destello de luz azulada detrás de la posada. Un instante después, los muchachos oyeron un grito salvaje… y luego un alarido… un alarido humano.

Los Tres Investigadores salieron de la tienda y corrieron hacia la parte trasera de la posada. Doblaron la esquina de la casa a tiempo de ver al oso, una sombra, trepando por la pista de esquí. De entre los árboles situados al sur de la Posada, surgía el ruido de ramas rotas, como si alguien o algo huyera apresuradamente por la espesura.

Se encendió la luz colocada sobre la puerta trasera y se abrió dicha puerta. Joe Havemeyer salió al pequeño porche, empuñando la carabina tranquilizante. Contempló brevemente a los chicos y después al contenido de la lata de basura, desparramado por el suelo, delante de los peldaños. Luego, pegó un respingo.

El señor Jensen, el fotógrafo naturalista, se hallaba tendido en medio de la basura. Llevaba pijama y batín, y una zapatilla le había volado del pie. Tenía la cámara al lado, totalmente hecha añicos.

—¿Qué diablos…? —refunfuñó Havemeyer.

—Han tenido un merodeador nocturno —explicó Jupe con serenidad. Se inclinó sobre el fotógrafo caído—. Un oso. Temo que el señor Jensen esté herido.

CAPÍTULO 4

¿Un oso o dos?

Joe Havemeyer soltó la carabina y se arrodilló junto al inconsciente Jensen.

—¿Visteis lo ocurrido? —les preguntó a los muchachos.

—Vimos pasar un oso por delante de nuestra tienda de campaña —exclamó Bob—. Fue hacia la parte trasera de la casa y escuchamos cómo volcaba el cubo de basura. Entonces, hubo un destello luminoso y oímos gruñir al oso, y chillar al señor Jensen.

Dentro de la posada se había encendido la luz en todas las habitaciones. Prima Ana apareció en el umbral.

—Joe, ¿qué ocurre?

—Jensen —explicó él escuetamente—. Quiso sacar una foto con *flash* a un oso y fue derribado. Será mejor llamar al doctor.

El señor Smathers salió detrás de Ana. Tenía su escaso pelo alborotado y se había puesto un batín.

—¿A qué tanto jaleo? —inquirió.

Hans y Konrad siguieron al señor Smathers hasta los peldaños del porche.

—¿Sí? —gruñó Hans—. ¿Qué sucede?

Jensen gimió, rodó sobre sí mismo, dobló las rodillas hacia el pecho y finalmente consiguió incorporarse.

Havemeyer tomó asiento en los peldaños. Parecía muy asustado y, al mismo tiempo, muy aliviado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó a Jensen.

El fotógrafo hizo una mueca y se llevó la mano derecha al cuello.

—Alguien… alguien me pegó —gimió.

—Opino que ha tenido mucha suerte de poder respirar todavía —rezongó el dueño de la posada—. Algunas personas atacadas por un oso no han podido sobrevivir a tamaña experiencia.

Jensen se puso de rodillas, logró levantarse y se apoyó en la pared de la casa.

—Sí, me golpeó —concedió. Sacudió la cabeza como para despejarla—. Me golpeó, pero no aquel oso. Alguien se deslizó a mi espalda y me pegó en el cuello.

—Oh, vamos —exclamó Havemeyer—. Tuvo que ser el oso. Usted lo asustó con la bombilla del *flash* y él le atacó. Se mueven muy deprisa.

—Ya lo sé, pero no éste. Le vi desde la ventana de mi cuarto, de modo que cogí la cámara y bajé. Estaba encuadrando al oso, cuando oí a alguien detrás de mí. Entonces, destelló el *flash* y un segundo después… ¡pam!

Jensen se enderezó y miró al señor Smathers, que estaba en el porche, junto a Ana.

—¡Usted! —le acusó—. ¡Usted y sus estupideces sobre los animales! ¡Fue usted! ¿Qué pensó? ¿Que estaba invadiendo o pisoteando los derechos del oso?

Havemeyer cogió a Jensen de un brazo.

—Está usted trastornado —le dijo—. Venga, llamaremos al médico.

—No quiero ningún médico. ¡Llamen a la policía!

—Señor Jensen —Jupe avanzó hacia él—: Pudo haber otro oso. Nosotros llegamos aquí inmediatamente después de gritar usted. Vimos correr a un oso por la pista de esquí, y por allí sonó el crujido de varias ramas.

—¡No me atacó el oso! —insistió Jensen.

Miró encolerizado a Smathers.

—Yo no tengo la costumbre de golpear por detrás a mis hermanos de raza —se defendió ferozmente el vegetariano—. Además, no pude pegarle a usted. Estaba en cama. Pregúntele a la señora Havemeyer. Ella estaba en el pasillo cuando salí de mi habitación.

—Cierto, señor Jensen —asintió Ana—. Oí el ruido y me puse la bata. Me hallaba en lo alto de la escalera cuando el señor Smathers abrió la puerta de su dormitorio.

—Todo ocurrió demasiado deprisa —opinó Havemeyer, mediador—. Usted no puede recordarlo todo con exactitud. No, después de haber sido golpeado en la nuca.

—En el cuello —puntualizó Jensen tercamente—. Me pegó en el cuello. Un puñetazo tremendo. ¿Desde cuándo los osos atizan puñetazos?

—Venga y avisaremos al doctor. Es lo más urgente —repitió Havemeyer.

Hablaba como un padre a un chiquillo enfadado.

—¡No quiero ningún doctor! —rugió Jensen—. ¡Quiero la policía! Por aquí hay un criminal que ronda esta casa para atacar a personas inocentes.

—Las personas inocentes han de estar ya en cama a estas horas de la noche —replicó el señor Smathers—, y no andar por ahí asustando a los pobres animales con los fogonazos de sus cámaras.

—¡Mi cámara! —gritó Jensen, tratando de recoger los restos de la máquina—. ¡Oh, Dios mío! —Levantó dos partes separadas y contempló con ira el rollo de cinta que colgaba fuera—. ¡Vándalo!

Esta acusación pareció dirigida exclusivamente al señor Smathers.

—Si uno deja caer una cámara, se rompe —filosofó el aludido—. Y si usted quiere llamar a la policía, me gustará mucho hablarles cuando vengan. Mientras tanto, me vuelvo a la cama. Y no me despierten a menos que el motivo sea muy poderoso.

Smathers entró en la posada, dejando a Jensen entregado a su cólera.

—Tiene razón —afirmó Havemeyer razonablemente—. Todos hemos de volver a la cama —miró a los Tres Investigadores—. Será mejor que entréis aquí vuestras colchonetas. No podéis quedaros fuera con un oso merodeando por ahí, muchachos.

—¡No era un oso! —protestó Jensen.

—¿Qué era, pues? —preguntó Havemeyer—. Jupe oyó chascar las ramas por aquellos árboles, de modo que, a menos que alguien del pueblo haya decidido repentinamente emprender una vida criminal, tuvo que haber un segundo oso. Y ahora, ¿quiere que llame al médico? Si avisamos al *sheriff*, se limitará a aconsejarle que no ande por ahí de noche, perturbando la vida nocturna de los animales.

Esto era cierto y Jensen lo sabía.

—Está bien, está bien —refunfuñó—. Y no necesito ningún doctor.

Trepó al porche lentamente y entró en la cocina, frotándose el dolorido cuello.

Quince minutos más tarde, los Tres Investigadores habían trasladado las colchonetas y estaban cómodamente instalados en el salón de la posada. Esperaron a que cesasen los ruidos del piso superior. Entonces, en la oscuridad, fue Pete quien habló:

—Jensen tuvo suerte. Muy pocas personas son atacadas por un oso y salen tan bien libradas como él. A menos, claro, que no fuese un oso.

Jupiter Jones frunció el ceño en las tinieblas.

—Estáis pensando lo mismo que yo. ¿Cómo puede un oso atizarle un manotazo a un hombre, dejándole atontado, y no quedar ninguna señal? Jensen no tiene cortada la piel del cuello.

—No pudo ser nadie de la posada —se opuso Bob—. Hans y Konrad no pegan nunca a nadie. Joe Havemeyer estaba en el despachito cuando sucedió. La prima Ana y el señor Smathers tienen una coartada mutua. Aun siendo un hombre-mosca que pudiera trepar por las paredes, el señor Smathers no habría podido colarse tan de prisa en su habitación para que prima Ana le viese cuando ella bajó.

—De forma que tuvo que ser un intruso o un segundo oso —decidió Jupe—. Mañana, tan pronto amanezca, iremos hacia esos árboles que crecen al sur de la posada, por donde huyó el atacante del señor Jensen. Ha sido un año muy seco, pero los árboles conservan cierta humedad y la tierra está bastante blanda para conservar unas huellas. Hombre o animal, lo que atacó a Jensen tuvo que dejar algún rastro. Mañana, por tanto, podremos decir con toda seguridad si el señor Jensen fue atacado por un oso o por un hombre.

CAPÍTULO 5

La llave extraviada

Jupiter Jones se despertó viendo a Pete que le sacudía por el brazo.

—Hemos perdido el tiempo —murmuró el chico—. Sal del saco y ven.

Jupe se levantó. El salón estaba casi a oscuras.

—Joe Havemeyer nos ha ganado por la mano —añadió Pete. Junto a Jupe, Bob dio media vuelta y estiró los brazos.

—¿La mano en qué? —bostezó.

—Ya no podremos buscar ninguna clase de huellas, ni de osos ni de personas —les informó Pete—. Venid a ver. Si sólo os lo dijese no me creeríais.

Bob y Jupe se pusieron de pie y siguieron a Pete a la cocina. Pete se acercó a la ventana y señaló con el dedo.

—¡Interesante! —manifestó Jupe.

—¡Esto… esto es una locura! —barbotó Bob.

Los tres muchachos miraban con cierta saña al marido de prima Ana, que barría enérgicamente el patio posterior de la posada con una escoba.

—Ha barrido ya el terreno bajo los árboles —afirmó Pete—. Estaba acabando cuando os desperté.

—Hum… —gruñó Pete—. Por lo visto, está borrando deliberadamente todas las huellas posibles del atacante del señor Jensen. Muy curioso.

Fue a la puerta, la abrió y salió al porche trasero calzado sólo con los calcetines.

—Buenos días —saludó alegremente.

Havemeyer se sobresaltó ligeramente y luego sonrió.

—Buenos días. ¿Habéis dormido bien después de tanto jaleo?

—Como un tronco —le aseguró Jupiter—. Se ha levantado usted temprano.

La mirada de Jupiter estaba fija en la escoba.

Havemeyer levantó el cubo de basura volcado y comenzó a barrer los restos esparcidos en torno a los peldaños del porche, formando un montón.

—Hay mucho trabajo —explicó—. Quiero dejar bien limpios los cubos de basura o rondarán por aquí más osos de los que os podéis imaginar. Y después del desayuno iré a trabajar en las obras de la piscina. Vamos, ponte los zapatos y te la enseñaré.

Metió el montón de basura dentro de otro cubo, lo tapó y trepó al porche.

Pete y Bob estaban inocentemente cerca del fregadero cuando Havemeyer y Jupe penetraron en la cocina.

—Buenos días —saludó el dueño de la posada—. ¿Queréis ver la piscina?

—¿La hace usted mismo? —quiso saber Konrad.

—Así no estoy todo el día esclavizado a Ana —rió Havemeyer.

—Hacer una piscina es un trabajo muy pesado —observó Hans —. Y como nosotros estamos de vacaciones le ayudaremos.

—¡Oh, no, no! —protestó Havemeyer rápidamente—. Ustedes, como bien ha dicho, están de vacaciones. Y no quisiera…

—¿En qué cosa mejor podemos pasar las vacaciones que en ayudar al esposo de prima Ana? —dijo Konrad.

Sus palabras eran amistosas, pero el tono de su voz era firme, como rechazando cualquier oposición.

Havemeyer se encogió de hombros y empezó a explicar sus planes para la piscina, a los dos hermanos. Los Tres Investigadores regresaron a la posada.

—Hans y Konrad desean ganarse el derecho a estar aquí —murmuró Jupe—. Ayudar a construir la piscina les dará una excusa para rondar por ahí y averiguar más cosas sobre Joe.

—No creo que la piscina esté bien construida —opinó Pete—. Bueno, nunca vi una piscina sin un nivel menos hondo.

El desayuno de aquella mañana resultó cargado de tensión. El señor Jensen no le dirigió a nadie la palabra, y hasta evitó mirar al señor Smathers. Éste desaprobó abiertamente que todos comieran huevos fritos y se quedó horrorizado cuando vio a prima Ana con una bandeja de salchichas. La joven apenas probó bocado. Permaneció sentada, retorciendo el anillo de boda en su dedo y

animando a todo el mundo para que repitieran de todos los platos. Havemeyer no repitió de nada, y él, junto con Hans y Konrad, salieron al patio para empezar a trabajar en la piscina. El señor Smathers cogió un panecillo, se lo metió en el bolsillo de la camisa y salió, enfilando la carretera en dirección al campo. El señor Jensen le dio las gracias a Ana con tono áspero y anunció que tenía varios asuntos que atender en Bishop.

Prima Ana contempló tristemente la comida sobrante.

—Nadie tenía apetito —les dijo a los chicos.

—Oh, todo ha sido estupendo —alabó Jupiter—. En realidad, usted me recuerda a mi tía Matilda.

—¿Tía Matilda? —repitió Ana—. Oh, sí. La señora que es tan buena con Hans y Konrad.

—También es una gran cocinera —agregó Jupe. Pete se echó a reír.

—Eso tiene la culpa de la gordura de Jupe —exclamó.

—Tía Matilda y yo nos pondremos a dieta —explicó Jupe— tan pronto como yo regrese a Rocky Beach.

Bob se echó a reír.

—Ya he oído antes ese cuento. Lo creeré cuando lo vea, Bebé Fatty.

—¡Está bien, está bien!

Jupe estaba tan amoscado que casi chilló.

—¿Bebé Fatty? —repitió Ana—. Creo haber oído antes ese nombre.

—Si contempla usted el último, muy último filme de la televisión, verá a Jupe. Fue un niño estrella, prácticamente una institución norteamericana.

—Oh, sí. Hans y Konrad me lo contaron en una de sus cartas —Ana se animó de pronto—. Siempre escribían que erais unos chicos muy listos y que también sabíais averiguar cosas.

—Ya vio nuestra tarjeta —le recordó Jupe engalladamente.

Todavía le escocía el poco caso que el día anterior había hecho prima Ana de la tarjeta.

—¿La tarjeta? Sí, creo que fui muy tonta. He buscado por todas partes y no encuentro la llave. Y es muy importante. Tal vez vosotros querríais buscarla…

—¿Desea contratar a los Tres Investigadores? —preguntó Jupe.

—¿Contratar?

—Sí, Jupe se refiere a si nos autoriza a buscar la llave extraviada —explicó Bob—. A veces cobramos por nuestros servicios, pero no en este caso. Estamos de vacaciones y la comida de aquí es deliciosa.

—Mucho mejor que las latas de conservas que trajimos para pasar unos días en el campo —suspiró Pete.

—Gracias —sonrió Ana—. Contratados. Sí, quiero contrataros para que busquéis la llave. Es una cosa tan tonta… Cuando salí de aquí para ir a Lago Tahoe, no quise llevarme la llave conmigo y la escondí. Y ahora no recuerdo dónde la puse. La escondí tan bien que ni yo misma la encuentro.

—¿Cómo es la llave? —quiso saber Jupiter.

—Pequeña, así —indicó Ana, levantando la mano y separando ligeramente el índice y el pulgar—. Es la llave de mi caja de seguridad del banco.

—Entiendo por qué es tan importante —asintió Pete—, pero ¿no podría ir al banco y explicar que ha perdido la llave? Le entregarían un duplicado, ¿verdad?

—Mi padre perdió la llave de su caja de seguridad —añadió Bob —. Y no tuvo ninguna dificultad. Oh, fue a hablar con un empleado del banco y creo que cambiaron la cerradura de la caja. Tuvo que pagar algo, aunque no mucho.

—Yo estoy muy aturdida —confesó Ana—. En el banco de Bishop me aprecian mucho. Saben que soy muy hacendosa y, cuando necesité dinero para comprar el telesquí, me lo prestaron. No, no quiero ir al banco y contar la tontería de haber perdido una llave tan importante.

—Muy bien —aprobó Jupiter—. Los Tres Investigadores le ahorrarán su turbación. No puede ser una tarea imposible. La posada no es inmensa. ¿Dónde solía guardar la llave?

—En el cajón del escritorio. Pero ahora… —Ana extendió las manos en un gesto de desesperación—. Recuerdo haber pensado que la posada quedaría sin nadie, y por eso oculté la llave donde nadie pudiese encontrarla. Pero ahora no recuerdo dónde.

—Bien, la buscaremos —afirmó Pete.

Empujó la silla hacia atrás y se levantó de la mesa.

—¿Empezamos por el despacho? —propuso Jupiter.

—Allí ya miramos nosotros —manifestó Ana—. No está.

—Volveremos a mirar —el rubicundo rostro de Jupiter adoptó una expresión esperanzada—. Tal vez se nos ocurra buscar en algún sitio que a ustedes les pasó por alto.

—Como gustéis —dijo Ana, empezando a despejar la mesa.

Los Tres Investigadores pasaron inmediatamente al despachito, donde el escritorio todavía estaba repleto de papeles, carpetas y archivadores.

—Creo que aquí perderemos el tiempo, Jupe —opinó Pete—. Prima Ana y su marido habrán ya revuelto este sitio de arriba abajo. De haberlo perdido aquí habrían encontrado un alfiler.

—De acuerdo —Jupe sentóse ante el escritorio. De la cocina les llegaba el ruido de los platos y del agua corriendo en el fregadero —. Pero podemos averiguar qué hacía anoche aquí el marido de prima Ana, cuando todo el mundo estaba en cama. Hans y Konrad nos han pedido que descubramos lo que podamos sobre Havemeyer. Por tanto, primero averiguaremos qué le interesaba tanto de este despacho.

Jupe empezó a repasar los montones de papeles de la mesa.

—Hum… Una carta de Hans y otra de Konrad. Ésta de hace dos años. Ana debe de haber conservado todas las cartas de sus primos.

—No hay ningún motivo para que Joe Havemeyer se sentase aquí anoche a leerlas, ¿verdad? —Bob sacó una carpeta de la librería y empezó a hojearla—. Ahora, Hans y Konrad están aquí en carne y hueso, y si Joe desea saber algo de ellos no tiene más que preguntárselo.

—Sí, no existe ninguna razón —declaró Jupe.

El Primer Investigador se apoyó sobre los codos y comenzó a tironearse del labio inferior, signo seguro de que estaba concentrándose intensamente.

—¡Eh, aquí hay algo! —gritó Bob. Arrojó una carpeta sobre la mesa, enfrente de Jupiter—. Un registro de los ahorros de prima Ana.

—Un talonario —le corrigió Pete.

—Nada de talonario, sólo un estado de cuentas. Una columna para las entradas de dinero y otra para las salidas, y la última partida de cada página es la cantidad existente.

Jupiter fue pasando las hojas hasta llegar a media carpeta.

Entonces se paró.

—La última entrada pertenece a la penúltima semana —les dijo a Bob y Pete—. Dicha semana, Ana metió ciento setenta y cinco dólares en donde ponía su dinero. No sacó nada, y la última partida índica que tiene diez mil ochocientos veintitrés dólares.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. Si esto lo tiene en dinero contante, prima Ana va muy por delante del noventa por ciento del pueblo americano. Lo aprendí este año en mis estudios sociales. La mayoría nunca tiene dinero en efectivo, y tiene tantas deudas, que el reventón de un neumático puede dejarles sin blanca.

—De modo que prima Ana está bien acomodada —reflexionó Jupe—. Bob, hemos de hallar esa llave lo antes posible. Después, bajaremos al pueblo y desde allí llamarás a tu padre. Estoy muy interesado en saber si la oficina de crédito de Reno posee una ficha bancaria correspondiente a Havemeyer.

—¿Crees posible que planee quedarse con todo el dinero de Ana? —preguntó Pete.

—Es posible que sí. Ciertamente, esto es lo que sospechan Hans y Konrad, y por esto están tan inquietos. A Joe no le gustó que viniésemos aquí a pasar las vacaciones, ni tampoco cuando Hans y Konrad se brindaron a ayudar a construir la piscina. Lo cual no tiene sentido. Tampoco lo tiene esa piscina. Y haber barrido el patio tan temprano carece tan de sentido como todo lo demás. En realidad, lo que tiene menos sentido de todo es la carabina tranquilizante.

Jupe levantó una mano al oír el sonido de pasos en el salón. Unos segundos más tarde, Ana se presentó en el despacho.

—¿Y bien? —inquirió.

—Tenía razón —confesó Jupe—. La llave no está aquí.

—La buscaremos por el resto de la posada —prometió Bob—. ¿No se enfadarán los señores Jensen y Smathers si miramos en sus dormitorios? ¿Pudo usted ocultar la llave en alguna habitación de huéspedes?

—Tal vez. Cuando salí de aquí para casarme no tenía a nadie. Pero no toquéis sus equipajes. No es necesario y podrían enojarse si ven revueltas sus cosas.

—Naturalmente —Jupiter se puso de pie—. ¿Quiere que ordenemos esta habitación?

—Será mejor que lo haga yo —rehusó Ana—. Vosotros no sabéis cuál es el sitio para cada cosa.

—Muy bien.

Jupiter rodeó el escritorio. Se hallaba casi en la puerta cuando se detuvo, como asaltado por una súbita idea.

—¿Ha utilizado usted un talonario últimamente? —le preguntó a Ana—. No hemos encontrado aquí ninguno.

—No tengo talonario —declaró Ana—. Siempre pago al contado.

—¿Todo? —Jupe estaba asombrado—. ¿No es peligroso tener tanto dinero aquí?

—Aquí no guardo mucho —explicó Ana—. Tengo mi dinero en el banco, en la caja de seguridad. Por eso me interesa tanto la llave. Pronto tendré que pagar varias facturas. Necesitaré dinero. Además, mi marido ha pedido cemento para la piscina, y yo quiero pagarlo cuando nos lo entreguen.

—¿Al contado?

—Es más seguro. Si tuviese un talonario, alguien podría robármelo y firmar con mi nombre. Sin darme cuenta, alguien podría arruinarme. Teniendo dinero contante, aquí sólo guardo lo que necesito y nadie me lo roba. Por la noche lo meto debajo de la almohada. De día lo llevo encima.

—No creo que la policía aprobase su sistema, señora Havemeyer —suspiró Jupiter—. Si todo lo paga al contado, la gente debe suponer que tiene aquí mucho dinero. ¿Y si alguien la atracara?

Prima Ana sonrió.

—Creo que mi esposo dispararía contra el que lo intentase.

—Oh, seguro que sí… —afirmó Pete.

CAPÍTULO 6

La Montaña del Monstruo

Los Tres investigadores dedicaron el resto de la mañana a una intensa búsqueda de la llave de la posada. Removieron las alfombras, escudriñaron debajo de los muebles, y palparon los marcos de ventanas, espejos y puertas.

Pete trepó a una silla y bajó todos los platos de las estanterías de la cocina. Bob sacudió todas las jarras, todas las tazas y copas, hurgó en el recipiente de la harina y en el azucarero con una cuchara de mango largo.

Jupe registró todos los estantes y todas las vigas del segundo piso de la posada, y bajó al sótano para rebuscar en los rincones y grietas de los muros.

Sacó del armario los zapatos de Ana y los examinó. Registró los bolsillos de todos sus abrigos y chaquetas, y también las maletas.

—¿Está usted segura de que está aquí? —preguntó Jupe cuando los Tres Investigadores se reunieron a la hora del almuerzo—. ¿No le cayó en alguna parte? Quizás en el mismo banco la última vez que estuvo allí…

Ana estaba segura.

Pete se acodó sobre la mesa.

—¡Que me aspen! —exclamó—. Hemos registrado palmo a palmo la casa. ¿Cómo pudo esconder tan bien la llave y no recordar dónde la puso? ¡Hace falta tener poca memoria, caramba!

Ana suspiró y colocó sobre la mesa una bandeja con bocadillos de queso.

—Será mejor que descanséis y volváis a intentarlo mañana —sugirió—. Yo, por mi parte, trataré de recordar, pero lo intento una y otra vez y no me acuerdo de nada.

—Pues no lo intente —le aconsejó Jupiter—. No piense siquiera en ello y lo recordará cuando menos lo espere. Puede estar segura.

Ana no almorzó con los chicos. En lugar de ello, se fue al despacho y cerró la puerta.

—¿Por qué estará tan trastornada? —dijo Bob—. Al fin y al cabo, puede obtener otra llave, o hacer que cambien la cerradura, o que abran como sea su caja de seguridad.

Jupe se encogió de hombros, y los muchachos continuaron comiendo en silencio. Lavaron apresuradamente los platos y luego salieron al patio. Jupe se detuvo a mirar fijamente la tierra recién barrida, que presentaba huellas de todos los que habían ido y venido de la piscina.

—¡Eh, Jupe!

Hans le llamaba desde el borde de la excavación de Joe Havemeyer. Los muchachos oyeron unos golpes muy vigorosos. Alguien estaba dando martillazos en el fondo de la futura piscina.

Konrad estaba en el hoyo, clavando unas tablas que serían los moldes donde verterían el cemento.

—¿Habéis hallado algo? —quiso saber Hans. Konrad dejó de cavar.

—Estuvimos buscando la llave de prima Ana —explicó Jupe—. Pero no la hemos encontrado. Ahora podemos dedicarnos a Joe. Estoy seguro de que conseguiremos ciertas informaciones útiles. Bob llamará a su padre. Y a propósito, ¿dónde está Joe?

Hans señaló hacia la cumbre de la pista de esquiar.

—Se ha llevado la carabina y algunos chismes en una mochila y ha subido allí. Dijo que tenía trabajo en el prado alto y que volvería más tarde.

Los Tres Investigadores dejaron a los dos hermanos bávaros y descendieron por el sendero. Doblaron a la derecha, en dirección al pueblo, y no tardaron en llegar a la estación de gasolina donde Hans y Konrad habían preguntado la dirección de la posada el día anterior. El inquisitivo encargado no estaba a la vista, y la gasolinera parecía estar cerrada. En un rincón del lugar había una cabina telefónica y Bob se metió dentro. Cerró la puerta y llamó a su padre a la redacción del periódico.

—¿Qué? —se interesó Pete cuando Bob volvió a salir de la cabina.

—Estamos de suerte —sonrió el muchacho—. Por supuesto, me ha reñido por llamarle en horas de trabajo, pero me ha dicho que

conoce a un periodista que vive en Reno y que se pondrá en contacto con él y verá qué puede decirle de Joe Havemeyer. He de llamarle mañana por la noche, a casa.

—Estupendo —ponderó Jupiter.

Los Tres Investigadores remontaron la calle del pueblo y volvieron a pasar por delante de la posada Slalom. Luego descendieron por la carretera hacia el lugar destinado a acampada para los excursionistas.

—Estas vacaciones no son exactamente lo que esperábamos —se quejó Pete—. Íbamos a acampar, a hacer excursiones y a pescar. Y en lugar de todo eso, dormimos en el salón de una posada y comemos lo que guisa prima Ana. Por poco más regresaría a Rocky Beach.

—Supongo que podemos dormir en el campamento —repuso Bob—. Podemos plantar allí la tienda esta misma tarde. Hans y Konrad probablemente no vendrán con nosotros. Están demasiado inquietos por el marido de prima Ana. Pero nosotros podemos vivir al aire libre.

—¿Ya no te asustan los osos? —sonrió Jupe.

—Aquel oso de anoche no nos molestó —observó Bob—. Sólo buscaba comida.

—Pero algo, o alguien aporreó al señor Jensen —le recordó Jupe —. ¿Qué pudo ser? ¿Y por qué Joe barrió todas las huellas esta mañana?

Los tres muchachos doblaron una curva del camino y se encontraron delante del terreno del campamento. Estaba constituido por cinco hogares de piedra en el suelo, para guisar, y un número igual de mesas de palosanto. A la derecha discurría un riachuelo, que estaba casi seco. Por entre las piedras del cauce sólo se veía un hilillo de agua. Pasado el campamento, el sendero serpenteaba por la maleza.

Pete miró el arroyo y se pasó una mano por el cabello.

—Ya comprendo por qué Joe Havemeyer dice que aquí hay problemas con el agua —suspiró—. Si traemos aquí nuestras cosas, tendremos que ir a buscar el agua a la posada.

—Bueno, esto carece de importancia —objetó Jupe—. Además, me gustaría estar cerca de la posada, al menos hasta tener los informes sobre Joe. Hay muchas cosas extrañas respecto a ese tipo.

Y el ataque contra el señor Jensen…

—No pudo ser Joe —se opuso Bob—. En el momento en que atacaban al señor Jensen todos nosotros le vimos en el despacho de la posada.

—No, no pudo ser Joe Havemeyer. Pero sospecho que en la posada ocurren cosas muy raras. Y me gustaría saber cuáles son.

Detrás de Jupe crujieron unas matas. Los tres chicos pegaron un salto y gritaron.

—¿Os he asustado? —preguntó una voz con tono divertido—. Lo siento.

Jupe dio media vuelta. El encargado de la estación de gasolina de Sky había salido de entre un grupo de lirios silvestres. Estaba ocupado metiendo un tarugo de papel enlodado dentro de una bolsa.

—¿Teméis a los osos? —inquirió. Sus ojillos parpadearon—. Oí decir que anoche uno os asustó. Creo que fue un oso que asaltó la posada.

—¿Cómo… cómo lo ha sabido? —preguntó Jupe.

—El señor Jensen se detuvo esta mañana en mi estación a comprar gasolina —explicó el encargado—. Observé que llevaba el cuello envarado y le pregunté qué le ocurría. Me gusta estar al corriente de todo lo que pasa por aquí. Se puso más furioso que unas avispas enojadas. Afirmó que alguien le había soltado un puñetazo mientras trataba de sacarle una foto a un oso.

—Por lo que sabemos, esto es lo que sucedió —asintió Bob—. El señor Havemeyer cree que fue un segundo oso, sin embargo.

—Es una forma muy rara de comportarse un oso —reflexionó el hombre—. Sin embargo, los osos son bastante imprevisibles, y este año han bajado muchos al pueblo. Siempre bajan en años de sequía. Buscan comida en las latas de la basura. Yo nunca les molesto. De este modo, no me pasa nada.

El encargado de la gasolinera paseó la vista por el campamento.

—Ahora está mejor —anunció—. La semana pasada estuvo aquí una pareja procedente de la ciudad y lo dejó todo hecho un asco. Por todas partes había servilletas de papel, y mondas de naranja en el riachuelo. Esto hace que uno pierda la fe en la humanidad.

—¿Es usted el responsable de este campamento? —quiso saber Bob.

—No, pero es lo único de por aquí que atrae gente en verano, y a mí me gusta vender gasolina. Los excursionistas comentan de unos a otros las condiciones de los campamentos. Si éste coge mala fama, tendré que cerrar la estación y morirme de hambre desde el mes de mayo hasta las nieves.

—Ya —asintió Bob.

—A propósito, me llamo Richardson —se presentó el encargado de la estación de gasolina—. Charlie Richardson, pero todos me llaman Gabby. Aunque no sé por qué —terminó riendo. Pete también se echó a reír.

—Vaya cosa rara —extendió una mano—. Yo soy Pete Crenshaw y éste es Jupiter Jones y este otro amigo que lleva gafas es Bob Andrews.

Gabby Richardson aseguró que estaba encantado de conocerles y les estrechó la mano a todos.

—¿Pensáis acampar aquí? —preguntó—. Cuando pasé frente a la posada vi vuestra tienda plantada entre los árboles.

—Anoche dormimos en la posada —explicó Jupe— después de que los osos la asaltasen. El señor Havemeyer lo juzgó más prudente.

—Es fácil conocer —rió Gabby— que el nuevo marido de Ana Schmid lleva poco tiempo en la Montaña del Monstruo, si se asusta por uno o dos osos.

—¿La Montaña del Monstruo? —repitió Pete.

—Sí. Oh, supongo que en beneficio de los turistas debería llamarla Monte Elevado, como rezan los mapas. Pero de niño, aquí sólo vivíamos cinco familias, y todos la llamábamos la Montaña del Monstruo —tendió el índice hacia una atalaya apenas visible en las laderas más elevadas, hacia el norte—. ¿Veis aquella atalaya para vigilar los fuegos? Ahora está abandonada, pero, cuando la utilizaban aún, la llamaban oficialmente la torre de la Montaña del Monstruo.

Pete se sentó a una de las mesitas.

—¿Existe algún motivo para ese nombre? —quiso saber. Gabby Richardson sentose al lado del muchacho y se recostó en la mesa.

—Cuando yo era joven —explicó—, los mayores nos contaban que en la montaña había monstruos, gigantes y ogros que vivían en cavernas y se comían a los niños que no entraban en casa antes de

anochecer.

Bob se echó a reír.

—Esto se parece a lo que mamá decía para obligarnos a ser buenos. Algo de una bruja…

—Probablemente —concedió Gabby—, pero nosotros lo creíamos a pie juntillas, y lo que los mayores no decían lo añadíamos por nuestra parte. Nos asustábamos unos a otros afirmando que por las noches surgían seres horribles cuando había luna llena, seres que merodeaban en torno a las casas, buscando la manera de entrar. Una vez vivió aquí un viejo trampero y juró que había visto las huellas de un nombre enorme en la nieve, cerca del glaciar. Dijo que el hombrón iba descalzo. Esto fue una tontería, claro. A un ser humano se le helarían los pies andando descalzo encima de la nieve.

—Por lo visto, a usted le gustaba que le asustasen —sonrió Pete.

—Oh, claro, esto nos divertía, pero seguro que nunca estábamos fuera de casa después del anochecer. Es gracioso… Casi diría que el ermitaño conocía esos cuentos y que lo demás lo añadió su imaginación. Pero en realidad no era así.

—¿Un ermitaño? —Bob sentóse en una piedra, próxima a la mesa—. Primero monstruos y ahora un ermitaño. Tuvo usted una niñez estupenda.

—Oh, el ermitaño no estaba aquí cuando yo era un niño —objetó Gabby Richardson—. Vino hace tres… no, hace cuatro años. Trepó a pie desde Bishop con un bulto a la espalda. Era un joven de veinticuatro o treinta años. Llegó en verano y no había mucha gente por aquí, por lo que, cuando le vi plantado en medio de la calle con cierta estupefacción, le pregunté qué buscaba. Me contestó que deseaba hallar un sitio donde meditar. Yo repliqué que en el pueblo no había iglesia, pero no era una iglesia en lo que pensaba. Deseaba un lugar donde poder sentarse y dejar que su espíritu comulgase con el universo.

Los Tres Investigadores estaban ya sumamente interesados en el relato de Richardson.

—Me pareció una cosa inofensiva, por lo que le indiqué que fuese hacia el prado situado encima de la pista de esquí. En verano, casi nadie sube allí. Me imaginé que pasaría allí la tarde, sentado en la hierba, y que meditaría un poco, pero me equivoqué. Que me

aspen si no subió a la cumbre y se construyó una cabaña. Compró tablas y papel embreado y algunos clavos en el pueblo, mas nada de alimentos. Supongo que vivía de las bayas y las frambuesas, como los osos, o de las nueces y avellanas, como las ardillas y otros animales.

—Un regreso a la naturaleza, ¿eh? —meditó Bob—. ¿Qué le ocurrió?

—Bueno —continuó Gabby con su narración—, personalmente opino que vivir solo largo tiempo desquicia el cerebro de un hombre. Aquel joven ermitaño no hablaba con nadie, y si alguien subía al monte, se encerraba en la cabaña. Estuvo ahí unos tres meses. Luego, un buen día bajó y pasó por el pueblo como una centella. Yo no le vi, pero Jeff, que trabaja en el supermercado cuando está abierto, dijo que el ermitaño iba chillando algo respecto a un monstruo que había visto en el prado. Cuando Jeff le vio por última vez, el ermitaño iba corriendo por la carretera hacia Bishop.

—¿No volvieron a verlo? —preguntó Pete—, sintiendo un escalofrío a pesar suyo.

—No hemos vuelto a verle el pelo, no señor.

Jupiter Jones levantó la vista hacia los picos de la montaña.

—Monstruos… Tal vez… —murmuró.

Gabby Richardson resopló e irguió el cuerpo.

—No hay que hacer mucho caso de esa historia. El joven ermitaño empezó a ver cosas. A cualquiera le ocurriría igual. No es bueno vivir solo —se levantó—. Si queréis acampar aquí, por mí no hay inconveniente. Y no os angustiéis por los monstruos, en el bien entendido que los osos no os molestarán si no los molestáis. Limitaos a dejar un poco de comida por ahí.

Se echó la bolsa a la espalda y emprendió la marcha hacia el camino que conducía al pueblo. Al llegar al límite del campamento se volvió y advirtió:

—¡Y no ensuciéis nada!

—¡No tema! —le tranquilizó Bob.

El encargado de la gasolinera no tardó en desaparecer por el camino.

—La Montaña del Monstruo —murmuró Bob—. Bah, cuentos que los mayores les decían a los pequeños para impedir que fuesen

traviesos. Aquí no puede haber monstruos. Sierra Nevada de California no es el Himalaya. Vaya, si ha habido numerosas caravanas, turistas y excursionistas por aquí, desde…

—No en todas partes —le interrumpió Jupiter—. Esta cordillera cubre una amplia zona. Hay varios lugares adonde jamás van los turistas o excursionistas.

—Jupe —se estremeció Pete—, no me pongas la carne de gallina. No irás a decir que el ermitaño vio de veras a un monstruo.

—Hasta las historias más fantásticas suelen tener un fondo de verdad —replicó Jupiter Jones—. A menos que Gabby Richardson se haya inventado todo eso, hemos de suponer que aquí hubo un ermitaño, que vio algo que le asustó y que…

—¡Escuchad! —dijo de pronto Bob. Miró hacia el riachuelo—. ¡Allí hay alguien!

Los arbustos del otro lado del río crujían suavemente y, aunque la tarde no era ventosa, los muchachos vieron cómo se movían varias ramas.

Pete estaba como una estatua, con los ojos fijos en los matorrales que crecían en la otra orilla del arroyo. De pronto, le pareció divisar una sombra extraña.

Los crujidos y chasquidos iban en aumento.

—Allí hay algo —susurró Bob—, ¡y viene hacia aquí!

CAPÍTULO 7

El hombre animal

Los chasquidos y crujidos se iban acercando.

Los Tres Investigadores rompieron a sudar con un sudor frío. Visiones de seres extraños pasaban por sus mentes… ogros y gigantes atravesando el bosque… monstruos deformes que hacían chillar a los ermitaños… formas siniestras en las sombras de las noches de luna llena…

Chasquido. Crujido. Rama aplastada.

Más cerca… más cerca…

De repente, los ruidos cesaron. Los arbustos al otro lado del río permanecieron inmóviles. El silencio era ominoso. ¿Atacaría el monstruo o no?

—Vaya, vaya… —exclamó una voz familiar—. Lo siento, amigos. Por poco tropiezo con vosotros.

Pete no se había dado cuenta de que estaba aguantando la respiración. Soltó un respingo, comenzó a respirar rápidamente, y aspiró el aire suave de los montes en sus pulmones a grandes bocanadas.

—¡El señor Smathers! —se atragantó Jupiter Jones. Tenía la garganta seca por el susto—. ¡Qué alivio!

El Primer Investigador se apoyó en la mesa.

La risa de Bob tenía una nota de histerismo.

—¿Pensasteis que era el monstruo de la montaña? Yo sí por un instante.

—El poder de sugestión —manifestó Jupiter—. Oímos una historia fantástica, y nos hemos dejado asustar por la primera persona que ha andado por ahí —levantó la voz y llamó—: ¡Señor Smathers!

Los arbustos del otro lado del riachuelo se abrieron y el rostro del señor Smathers se asomó, mirando a los muchachos. El

hombrecito llevaba un sombrero de lona con un ala poco ancha, y no parecía enterado del hecho de tener muy tostada la nariz por el sol, ni de un arañazo en la frente.

—Estáis molestando la paz del campo —dijo con severidad, aunque en las comisuras de la boca se insinuaba una sonrisa.

—Oh, usted nos asustó —exclamó Pete—. Creímos que, por lo menos, era un oso.

—Esta tarde no me importaría serlo —declaró Smathers—. Encontré un panal. ¡Vaya festín para un oso!

Salió de entre la maleza y se detuvo en la orilla del arroyo. Los muchachos vieron que sostenía en un brazo una mofeta, con la misma suavidad que una madre sostendría a su hijito.

—¡Dios mío! —gimió Pete.

Los ojillos de Smathers se posaron en el animalito blanco y negro.

—Hermoso, ¿eh? —preguntó.

—¡Señor Smathers! —gritó Bob histéricamente—. ¡Déjelo en el suelo!

Smathers se echó a reír.

—¿Os asusta mi amiguito? —Acarició a la mofeta con el índice por debajo del hocico—. Qué tontos, ¿verdad? —le dijo al animal—. Esos chicos tienen miedo de que tú vacíes tus glándulas hacia ellos[1]. Pero no lo harás, ¿eh? No, a menos que te molesten.

Smathers dejó la mofeta en el suelo.

—Será mejor que te marches —le aconsejó—. Nadie te comprende como yo.

La mofeta dio unos pasos, se detuvo y miró a su alrededor, como interrogando a Smathers.

—¡Vamos! —la apremió él—. Deseo cambiar unas palabras con mis jóvenes amigos y tú les pones nerviosos. Oh, lamento haberte molestado mientras dormías la siesta. Tonto de mí… No volveré a hacerlo, te lo prometo.

La mofeta pareció satisfecha con esta disculpa. Desapareció entre la maleza y el señor Smathers atravesó el hililllo de agua del cauce.

—Son unos animales encantadores, las mofetas —comentó, mientras se aproximaba a Jupiter, Pete y Bob en el campamento—. Supongo que no debería tener ningún animal favorito, pero creo

que me gustan más las mofetas que los demás.

—De no verlo, no lo creería —declaró Bob. Pete frunció el ceño.

—Ah, es un truco —decidió—. Debe tratarse de una mofeta domesticada. Le habrán extraído las glándulas.

—¡Vaya idea espantosa! —exclamó el señor Smathers—. ¡Absolutamente bárbara! Oh, ya sé que hay personas que domestican a las mofetas y les extirpan las glándulas. ¿Y qué ocurre luego?

—Nada —respondió Pete—. No ocurre nada. Por eso les quitan las glándulas… de modo que no pueda ocurrir nada.

—Un razonamiento típicamente humano —se burló Smathers—. Se coge un animal al que la naturaleza ha provisto de un sistema de defensa y se lo extirpan. El animal se torna indefenso… completamente dependiente del hombre puesto que no puede defenderse por sí mismo. Después, el hombre proclama con orgullo que aquel animal es suyo, como si un ser pudiese poseer a otro. ¡Perfectamente espantoso!

Los muchachos estaban callados, ligeramente turbados por la violencia de tono del señor Smathers.

—Bien —continuó éste—, si la gente utilizara el cerebro y se tomase algún tiempo tratando de comprender a los demás seres vivos, no se producirían tales actos de barbarie. Todos iríamos a los bosques y las selvas, siempre con buenos modales, y allí visitaríamos a nuestros amigos inferiores, y tendríamos la decencia de concederles la libertad.

El señor Smathers sacó la bolsa de papel del bolsillo y vertió unos cuantos piñones de la palma de la mano.

—No os mováis y os enseñaré una cosa —les dijo a los muchachos. Frunció los labios y produjo un silbido especial.

Un arrendajo azul empezó a trazar círculos muy arriba, en torno al campamento, hasta descender a los pies de Smathers. El pájaro ignoró a los muchachos y le chilló una vez al hombre.

—No tan de prisa —le riñó éste—. Espera a los otros.

El arrendajo pareció enfadarse.

—No tardarán —le aseguró el señor Smathers al pájaro—. Un poco de paciencia, por favor.

Apareció una ardilla y se dirigió saltando hacia el naturalista. El arrendajo le chilló a la ardilla con impaciencia, y ésta parloteó

igualmente con el pájaro.

—No os peleéis —le recriminó Smathers—. Hay para todos.

La ardilla dejó de parlotear y empezó a restregarse la cara con las patitas, de forma embarazosa.

Dos *chipmunks*[2] salieron al claro y casi se situaron a los pies de Pete.

—Ah, ya estáis aquí —exclamó Smathers—. Está bien. Empecemos.

La ardilla aguardó mientras Smathers le daba dos piñones al arrendajo. Éste los tomó y se alejó, saltando, un par de pasos, mientras el hombre le daba de comer a la ardilla. Luego les tocó el turno a los *chipmunks*.

—Como veis —explicó Smathers a los muchachos—, se ceden sitio unos a otros si uno se toma la molestia de explicárselo debidamente. No se empujan. No pelean.



Los muchachos estaban mudos de admiración, y Jupe asintió con la cabeza.

Cuando los *chipmunks* hubieron masticado el último piñón, Smathers despidió a los animales como un maestro despide a sus alumnos. El arrendajo voló a la copa de un pino, estuvo allí un segundo, y chilló fuertemente. Luego, echó a volar en lontananza. La ardilla corrió a esconderse bajo un montón de piedras de la orilla del riachuelo, y los *chipmunks* huyeron hacia los árboles.

—Naturalmente, les estoy mimando —se excusó Smathers—. Pero a todos los seres vivos es conveniente mimarlos de vez en cuando.

—Sí, les mima usted —opinó Jupe—. En los parques nacionales, los guardias siempre prohíben dar de comer a los animales. Éstos olvidan cómo buscar la comida si la gente les da piñones y maíz y cosas similares.

—Por eso no me gustan los parques nacionales —replicó el señor Smathers—. La gente estúpida lleva botes de comida, latas de todas clases, y dejan que los animales coman hasta hartarse. Luego, viene el invierno, la gente no va a los parques, y no se preocupa ni por un instante del mal que ha hecho, y muchos animales se mueren de hambre. Esto es un crimen, tan grande como cuando se dispara contra un venado un rifle. Yo sólo les doy a mis amiguitos unos cuantos piñones, y he advertido a la ardilla y a los dos *chipmunks* que no deben aceptar nada de los desconocidos. Ellos lo entienden muy bien. Saben que sólo yo les trato como es debido. Es como comprarle un apetitoso helado a un sobrino querido.

—Entiendo —comentó Bob—. Usted les ha explicado a esos animales que han de tener cuidado con la gente. ¿Cree que le entienden?

—Sé que me entienden —afirmó Smathers—. Me lo han dicho. Oh, aún no estoy muy seguro del arrendajo. Es demasiado goloso. Lo único que entiende es la forma de llenar el buche. Sin embargo, es muy hermoso, ¿verdad?

—Mucho —admitió Jupiter.

—Por suerte para él, no pertenece a ninguna especie rara —explicó Smathers—, o la gente se volvería loca para cazarlo o donarlo a un zoo. Esto sí que es una crueldad… ¡un zoo!

El semblante del señor Smathers se tiñó de púrpura y apretó

coléricamente los labios.

—He leído no sé dónde, que los animales viven más en los zoos —murmuró Pete.

—¿Viven más? Bueno, tal vez sí, si a eso se le puede llamar vida. O están enjaulados o viven en el fondo de un pozo. Si son grandes, los guardianes les temen y los atontan con tranquilizantes si necesitan algún cuidado. ¿Y a esto le llamáis vivir?

—A mí no me gustaría —reconoció Pete.

—Claro que no —asintió Smathers estrechando los ojillos—. ¡Tranquilizantes! Ya sé que ese idiota de la posada tiene una carabina tranquilizante, pero no la utilizará mientras me quede un soplo de hálito en el cuerpo.

—¿Por qué tiene el señor Havemeyer esa carabina? —quiso saber Jupiter Jones.

—¿Eh? —El señor Smathers miró a Jupe como si fuese un enemigo—. No te lo diré. En caso contrario, podrías creerme y sería una tragedia.

Se alejó rápidamente del campamento en dirección al camino de la posada.

—¿Qué habrá querido decir? —se admiró Bob—. De creerle, habría una tragedia. ¿Por qué?

—Havemeyer debe de querer capturar algo —meditó Jupe—. El único motivo para tener la carabina tranquilizante es disparar contra un animal sin matarlo. ¿Querrá capturar un oso? Creo que no. Sería demasiado sencillo y no desataría ninguna tragedia. No, Smathers se refiere a un animal que no podríamos creer que exista. ¿Qué clase de animal?

Calló, como negándose a expresar en voz alta sus pensamientos y miró a los demás con el ceño fruncido.

CAPÍTULO 8

La visión de Joe Havemeyer

Los Tres Investigadores casi habían llegado a la posada, cuando una camioneta apareció por la carretera, con todo su motor protestando por el esfuerzo de subir la cuesta.

—Deben traer el cemento para la piscina —observó Pete.

El camión se internó en el senderito de la posada, pasó por el aparcamiento y se detuvo en el patio. El conductor salió de la cabina. Él y Joe Havemeyer empezaron a descargar sacos de cemento y arena, amontonándolos sobre paletas de madera que se hallaban cerca de la excavación. Hans y Konrad no estaban a la vista.

—Hay mucho cemento —murmuró Bob.

—Es una piscina grande —replicó Pete—. Grande y profunda. No sé si prima Ana estaba enterada de que hoy traerían el cemento. Dijo que quería pagarlo cuando lo trajesen, y aún no hemos encontrado la llave de la caja de seguridad.

—Si su reputación como buena pagadora es tan excelente, estoy seguro de que sólo tendrá que firmar el albarán de entrega —indicó Jupiter—. También podría pagar el cemento su marido. Es él quien está entusiasmado con la idea de la piscina.

Los muchachos ascendieron por los peldaños del porche y penetraron en la posada. El gran salón estaba vacío, pero arriba sonaban las voces de Hans y Konrad.

—¡Ana! —gritó Joe desde el patio—. Ana, ¿puedes venir un momento?

En la cocina resonaron los firmes pasos de Ana. Se abrió la puerta trasera y volvió a cerrarse. Jupiter, Pete y Bob dejaron el salón y entraron en la cocina, cuya ventana situada al lado del fregadero estaba abierta. Se asomaron a la misma y vieron cómo Ana se aproximaba a Joe Havemeyer y al conductor del camión.

Llevaba un delantal y se fregaba las manos con un trapo de cocina.

—¿Qué quieres? —le preguntó a su marido.

—Ya está todo aquí —le explicó él.

—Bien —aprobó Ana cogiendo un papel que le dio el conductor y examinándolo—. ¿Está todo bien? —le preguntó a Joe.

—Lo he comprobado. La cantidad es correcta.

—Bien —repitió ella. Volvióse hacia el chófer—. Ahora no tengo aquí el dinero. ¿Le importará a su jefe que le pague este cemento la semana próxima?

—Oh, en absoluto, señorita Schmid —respondió el hombre del camión.

—Señora Havemeyer —le corrigió ella[3].

—Lo siento, señora Havemeyer. Si firma el albarán como prueba de haberle entrenado el cemento, nosotros…

—¿Firmar el albarán?

Por primera vez, Ana pareció vacilar. Todo su cuerpo se puso en tensión.

—Oh, es la regla —dijo el conductor—. Cuando no nos pagan, los clientes han de firmar.

—Oh, está bien —decidió Ana—. Démelo y lo firmaré dentro.

—No se moleste —la detuvo el conductor, sacando un bolígrafo del bolsillo de la camisa y entregándoselo—. Aquí. Firme aquí debajo. ¿Desea apoyarse en el guardabarros de la camioneta?

—Oh.

Ana miró a su marido, y de nuevo al chófer. Le pasó el trapo de cocina a Joe y apoyó el papel en la capota del motor del vehículo. Luego, con el bolígrafo del conductor garabateó algo. Desde la cocina, a los chicos les pareció que Ana tardaba mucho en escribir su nombre. Cuando terminó, devolvió el papel y el bolígrafo al conductor.

—¿Está bien así? —le preguntó.

El hombre apenas echó una ojeada a la firma.

—Magnífico, señora Havemeyer.

—Usualmente, escribo mejor —balbució Ana—, pero estaba cociendo pan, mejor dicho, amasando, y aún me tiembla el pulso.

—Todos estamos un poco temblones hoy día —sonrió el conductor.

Dobló el albarán y se lo metió en un bolsillo; después, trepó al

camión y arrancó.

—¡Idiota! —gruñó entre dientes Havemeyer cuando el vehículo hubo desaparecido.

—Ya te dije que no quería —se enojó Ana—. Pudiste firmar tú.

—Ana Schmid es la vieja parroquiana del pueblo, no Joe Havemeyer. No corrías ningún peligro con ese chófer. No es ningún calígrafo —Havemeyer calló un instante y repitió—: ¡idiota!

Ana giró en redondo y se dirigió hacia la casa. Sólo había subido dos peldaños cuando se detuvo.

—Tú eres el idiota —le recriminó a su esposo con voz baja y tensa— ¡tú y tu estúpido hoyo en el suelo! Creo que ves cosas irreales.

—¡Te aseguro que esto es real! —refunfuñó Joe—. Lo vi en el prado y estuvo aquí.

—No lo creo.

—Tú no crees nada que no puedas gustar, tocar, contar o meter en el banco —rugió él—. Eres una simple. No aceptarías una idea original aunque te mordiese en el labio. Sin mí…

—Lo sé, lo sé… Sé todo eso. Y tú eres un visionario. Un imaginativo. Sin ti, ¿dónde estaría yo? Creo que sin ti estaría mucho mejor. Yo soy quien corre los riesgos, y tú estás a salvo, tú y tu visión.

—Ya veremos.

—Lo sé muy bien.

Ana volvió a subir hacia la cocina.

—¡Viene! —susurró Pete.

Los Tres Investigadores regresaron apresuradamente al salón, donde se sentaron con posturas bastante forzadas. Un momento más tarde, Ana entró en la estancia, pero al ver a los chicos se paró en seco.

—Oh —murmuró—. No sabía que habíais regresado.

Jupiter soltó la revista que fingía leer y se puso en pie.

—Esta tarde hemos estado en el campamento —le contó a prima Ana—. Y sostuvimos una charla muy interesante con el señor Smathers.

—Es un hombrecito extraño —asintió ella.

—Asegura que habla con los animales y que éstos le entienden.

—Bah, hombres… —Ana se encogió de hombros—. Tienen la

cabeza rellena de algodón… todos.

Se dirigió a la escalera y luego los chicos oyeron el sonido de un fuerte portazo.

—Creo que esa pareja ha terminado la luna de miel —concluyó Bob.

Pete se rascó una oreja y frunció el ceño.

—No lo entiendo —dijo—. Ella no quería firmar el albarán y le mintió al chófer. No estaba amasando harina. ¿Y qué riesgo corre, según dijo?

Jupiter Jones se apoyó en la repisa de la chimenea.

—Prima Ana cree que su flamante marido ve cosas raras y visiones. Ella no cree que sean cosas reales… Se trata de algo que Joe Havemeyer vio en el prado alto, algo que bajó aquí.

Pete se puso en pie y empezó a pasearse por el salón con la cabeza inclinada hacia delante.

—¿Sería posible —murmuró— que hubiese algo de verdad en los cuentos de Gabby Richardson?

—Una carabina tranquilizante —meditó Jupiter—. Una carabina tranquilizante y algo que Joe vio en el prado. Amigos, creo que ya sé por qué Havemeyer tiene esa carabina.

Durante medio minuto reinó un silencio mortal.

—Quiere cazar un monstruo —susurró al fin Bob.

—¡Esto… es una estupidez! —exclamó Pete.

—Sí, una locura —asintió Jupiter—, pero creo que ésa es su intención. Escuchadme, estamos en vacaciones. ¿Por qué no subimos mañana a ese prado?

—¿Para una excursión o para cazar a un monstruo?

—Digamos que será una expedición en busca de rastros —le contestó Jupe a Pete—. Si algún ser extraño vaga por allí, encontraremos huellas. Tiene que haberlas.

Pete se puso pálido.

—Tal vez ese monstruo no deje huellas…

—Claro que las dejará —declaró Jupiter—. Joe Havemeyer barrió esta mañana el patio para que no hallásemos las huellas. Y no se trataba de un oso, pues un oso no presenta ninguna particularidad especial, sino de otra cosa.

Jupiter sonrió ligeramente.

—El señor Smathers sabe qué es —continuó—, pero no lo dirá

jamás. Vaya, por primera vez le hallo sentido a esta piscina. Ya sé lo que me recuerda ese hoyo del suelo: ¡uno de los pozos para animales que tienen en el parque zoológico de San Diego!

CAPÍTULO 9

La bestia del bosque

Los Tres Investigadores se levantaron al rayar el alba de la mañana siguiente. Enrollaron sus colchonetas neumáticas y las guardaron en la alacena bajo la escalera; luego dejaron una nota en la cocina para informar a Hans y Konrad que se marchaban de excursión.

Tras un rápido desayuno de leche con tostadas, salieron de la posada y se dirigieron hacia las tierras altas, pasada la pista de esquí. Jupe llevaba una mochila y Pete había atado a su cinturón una cantimplora con agua.

Al principio, los muchachos treparon por la zona despejada de la pista, pero las piedras sueltas rodaban bajo sus pies. Cuando Bob hubo resbalado dos veces, prefirieron ir por el terreno más seguro, entre los árboles que crecían al borde de la pista. De este modo, pudieron ir más deprisa.

A los veinte minutos, hasta Pete jadeaba por culpa del aire rarificado. Dejó de trepar y se apoyó en el tronco de un árbol.

—Desde la posada, este monte no parecía tan alto —murmuró.

—¿No está en forma el gran atleta? —rió Bob.

—Tengo los pulmones destrozados —se quejó Pete—. Están acostumbrados a operaciones al nivel del mar.

Jupiter descansó un par de segundos, respirando con fuerza.

—Ya no debe de estar lejos —decidió.

—Ojalá sea así —gruñó Pete.

Jupiter asintió y los muchachos siguieron trepando, a veces asiéndose a las raíces de los árboles o a las ramas bajas. Tardaron otros diez minutos en llegar a terreno llano. Los árboles eran más escasos. Luego, salieron debajo de la sombra de los pinos y se hallaron al borde de un prado en la montaña.

—¡Es bellísimo! —jadeó Jupiter, cuando hubo medio recobrado el aliento.

El viento ondulaba la alta hierba, muy verde, y en algunas partes surgían rocas aisladas, blanqueadas por el sol. El prado estaba bordeado por tres lados, por árboles altos. En el cuarto lado, el que limitaba con la cumbre de la pista de esquí, los muchachos podían divisar varios kilómetros de paisaje. Las torres del telesquí descendían por la ladera desde el prado, hasta el camino y la posada de Ana, muy abajo. Pasada la posada, había grupos de pinos, y más allá, las tierras secas y arenosas se extendían por el valle Owen. A espaldas de los muchachos, al oeste, se elevaba la rocosa cima del monte Lofty, flanqueada por otros altísimos picos de la Sierra Nevada. En algunas cumbres había glaciares que jamás se fundían, ni en pleno verano.

Los chicos anduvieron lentamente alrededor, hasta que Bob descubrió una huella en la tierra, cerca de la pista de esquí. Sacó un manual de bolsillo sobre la vida salvaje, que había hallado en la posada, y buscó el capítulo relativo a las huellas de animales. Arrodillándose, comparó la huella encontrada con la huella dibujada de una pisada de oso y se encogió de hombros.

—Sí, se trata de un oso —les dijo a Jupe y Pete—. Exactamente lo que se espera encontrar aquí.

—No es esto lo que buscamos —le recordó Jupiter.

—¿Pues qué buscamos? —indagó Pete—. Y además, ¿deseamos de veras encontrarlo?

—Algo diferente —declaró Jupe—. Una huella que no esté en este manual.

—Al menos, que hallemos sólo la huella —gimió Pete—. Y no quien la haya producido.

El viento barría el prado, haciendo crujir la hierba y susurrar a los árboles. De pronto, detrás de los muchachos, se oyó un sollozo suave, inquisitivo.

Pete pegó un salto.

Jupiter Jones dio media vuelta.

—¡Oh, no! —gritó.

Pete notó algo que olfateaba sus tobillos. Bajó la mirada. Un osezno, sólo de varios meses, le estaba contemplando con ojos brillantes, amistosos.

—¿Dónde… dónde está tu mamá? —tartamudeó Pete.

—¡Detrás mismo del bebé! —señaló Bob—. ¡Corramos!

Hubo un gruñido aterrador. El osezno corrió en una dirección y los chicos en otra, hacia la pista de esquí.

Pete llegó allí primero. Dio un salto, rodó sobre sí mismo, y continuó durante unos veinte metros por la pendiente. Bob y Jupe llegaron resbalando detrás. Los tres se acurrucaron en la seca y pétrea ladera, y escucharon cómo la osa madre reñía a su cachorro. El osezno chilló agudamente.

—Probablemente le está recriminando haberse escapado —supuso Bob.

—Ya estamos a salvo —decidió Jupe—. Mientras no seamos una amenaza para el cachorro, la osa no nos molestará.

—Jamás se me hubiese ocurrido amenazar al cachorro —aseguró Pete—. Regla número uno: no te acerques nunca a un cachorro de oso estando cerca la madre. Ojalá alguien se lo hubiese dicho así al osezno.

—Ahora ya lo sabes —le tranquilizó Bob.

Los tres aguardaron un rato. Cuando ya no oyeron más gruñidos ni chillidos en el prado, volvieron a subir. Llegaron a tiempo de ver a la osa y su pequeño, desapareciendo en los bosques por la parte oeste del prado.

Jupiter Jones se despojó de la mochila.

—Probablemente no volverán. Sin embargo, el señor Smathers diría que aquí somos unos intrusos, y tendría razón. Los osos estaban aquí hace ya mucho tiempo, y siguen aquí, de modo que será mejor que pongamos mucha atención.

—Eso haré yo —asintió Pete—. En realidad, preferiría regresar a la posada ahora mismo.

—¿No quieres averiguar por qué posee Joe Havemeyer una carabina tranquilizante? —preguntó Bob.

—Sí, creo que sí —admitió Pete—. ¡Sólo que no quiero verme cara a cara con la causa!

Jupe extrajo tres pequeños aparatos de la mochila.

—Si nos separamos cubriremos el terreno más de prisa —aconsejó—. Pero será mejor que no perdamos el contacto entre nosotros. No sabemos realmente lo que buscamos ni lo que podemos esperar, por lo que traje los rastreadores portátiles para emergencias y las radiobalizas. Las cogí de casa, pues pensé que tal vez nos harían falta, como así ha sido.

—Esto es mejor que nada —suspiró Pete. Cogió uno de los aparatos y lo revolvió en sus manos—. ¿Seguro que funciona? —preguntó—. No me gustaría verme en un apuro y no poder pedir auxilio.

—Probé los tres aparatos antes de salir de Rocky Beach —explicó Jupiter—. Funcionan perfectamente. ¿Recordáis cómo?

—Sí, como casi todos tus inventos, funcionarán bien.

Era verdad. Jupiter Jones sabía aprovechar los restos de maquinaria o equipo electrónico que encontraba en el «Patio Salvaje», convirtiéndolos en aparatos que a los Tres Investigadores les servían de ayuda en muchos de sus casos. Los que ahora utilizaban, servían como alarma de emergencia y radiobalizas; eran más pequeños que los radioteléfonos que ellos mismos utilizaban otras veces, pero más eficaces. Cada unidad radiaba una señal —un *bip, bip*— que podía ser captada por las otras unidades, más fuerte y audible cuanto más cerca estaban una de otra. Asimismo, cada aparato tenía un cuadrante que indicaba la intensidad de la señal, con lo que, girando el aparato, podía determinarse de dónde procedía el *bip-bip*.

Además de enviar y recibir señales electrónicas, también tenía una alarma especial: una luz roja que se activaba sólo con la voz. Cuando uno de los Tres Investigadores se hallaba en peligro o deseaba que los otros se le reunieran, sólo tenía que pronunciar la palabra «socorro» junto al aparato, y la luz roja se encendía en los otros.

—Bien, sugiero esto —Jupiter hizo una pausa y escrutó el bosque que lindaba con el prado—. Creo altamente improbable que hallemos muchas huellas en el claro. La hierba crece muy espesa. Además, si aquí hay algún animal extraño, debe refugiarse lejos del prado o ya lo habríamos visto. Pero sabemos que sale del bosque porque Joe Havemeyer le contó a Ana que lo vio en el prado. Esto significa que ha de pasar por entre los árboles para llegar hasta aquí. Bajo dichos árboles la tierra está despejada, no hay hierba. Si deseamos hallar una huella rara, es allí donde hemos de buscarla.

—Sí, eso tiene sentido —aprobó Bob.

—Pues, ¿por qué no he de registrar yo el bosque por el lado

norte del prado? —continuó Jupiter—. Puedo ir hacia el oeste desde la pista de esquí. Tú, Pete, puedes cuidarte del bosque por el oeste. Podrías empezar en la gran piedra blanca, yendo hacia el sur. Bob, ¿quieres tú explorar el lado sur? Empieza aquí y sigue hasta encontrarte con Pete. Cada unos cuantos minutos, podemos enviarnos señales, y, si algo parece amenazador o especialmente interesante, activaremos las alarmas.

—Seguro —prometió Pete.

Jupiter se puso la mochila a la espalda, saludó a sus amigos con una mano, y se dirigió hacia la derecha. Pete sonrió, para demostrar que no estaba asustado, y se encaminó al oeste a través de la alta hierba. Bob vaciló un instante, escuchando el sonido del viento en la callada montaña. Después, sosteniendo su receptor direccional con una mano, fue hacia el sur.

Una vez miró hacia atrás, Jupiter ya no veía entre los árboles de la parte norte del prado. Pudo aún ver a Pete, que casi había llegado a su sector del bosque. Bob activó su señal direccional. De Jupiter le llegó un bip. Otro de Pete, que se volvió y agitó la mano.

Cuando llegó al bosque del lado sur del campo, Bob se detuvo. En el claro, bajo el cielo azul, el sol matinal brillaba y calentaba. Pero el bosque parecía sombrío y muy denso. Bajo los árboles había una punzante alfombra de agujas de pino.

Bob inició su marcha hacia el oeste, sin aventurarse bajo los árboles. Miraba el suelo al andar, deteniéndose cada tres o cuatro segundos a escuchar. Oyó chillar a un arrendajo. Una ardilla saltó ante él.

Entonces lo vio. Era una débil depresión, un sitio donde un enorme animal había pisoteado la tierra bajo los árboles, desalojando algunas agujas de pino.

Bob tocó la señal de su aparato direccional. Al cabo de un instante, hubo un bip en respuesta desde el norte, y otro del noroeste. Quiso pedir ayuda para que Pete y Jupiter observasen su hallazgo, pero la huella no era demasiado visible. Estaba seguro de que pertenecía a un oso, o tal vez a un animal más pequeño.

Decidió seguir buscando bajo los árboles, por si lograba localizar otra huella más clara.

Prosiguió la marcha bajo los árboles. De vez en cuando hallaba trechos de tierra despejada, que examinaba atentamente, pero sin

encontrar nuevas huellas. En dos lugares halló agujas de pino caídas y aplastadas por algún animal, pero estaban todas las agujas tan juntas unas a otras que no dejaban ninguna huella clara. No había nada que pudiera llamarse un rastro.

Bob siguió andando. Los árboles iban espesándose más cada vez. La luz era menor y el cielo azul se veía entretejido por las ramas de los árboles, oculto casi siempre. Entonces, al frente, Bob vio un brillo. Apresuró el paso y salió a un claro. Casi a sus pies, había una enorme grieta en el suelo.

Bob avanzó y contempló la hondonada. Era una partición de la tierra de unos cincuenta metros de longitud y, en los sitios más anchos, de tres metros. Los bordes eran tan escarpados, que los costados casi eran verticales. En el fondo de tan peculiar abertura de tierra, había nieve, sin fundir a pesar del calor veraniego.

Bob ya sabía qué era. Mientras trabajaba a horas extraordinarias en la biblioteca de Rocky Beach, había encontrado un libro de mapas sobre los caminos para excursionistas de los montes de San Gabriel y Sierra Nevada. Un mapa de los senderos en la zona del lago Mammoth mostraba una grieta semejante, causada por un terremoto que había fracturado el suelo. La temperatura en el fondo de la grieta del lago Mammoth, a muchos metros bajo la superficie, era como la de una caverna. Incluso en los días de más calor, allí hacía frío, de modo que la nieve caída en el invierno nunca se fundía por completo en verano.

Sonó el bip en el aparato de Bob. Era Jupe, que notificaba su paradero en el lado norte del prado. Llegó un segundo bip y la aguja del aparato giró al oeste. Bob activó su aparato para anunciarles a sus amigos que les había oído, pensando que hubiese sido mejor tener a mano los radioteléfonos. El descubrimiento de una falla del suelo dentro de un kilómetro aproximadamente de la posada de Ana, era algo que a Bob le habría gustado poder anunciar inmediatamente.

Bob contempló el reborde de la grieta. La tierra estaba pelada y, a pesar de la estación seca, aún presentaba señales de humedad. Cuando Bob retrocedió, divisó las huellas de sus zapatos de lona. ¡Un lugar perfecto para dejar un rastro y seguirlo!

Empezó a andar a lo largo del borde de la grieta, examinando la tierra palmo a palmo.

Detrás de Bob, hacia la derecha, chascó súbitamente una rama.

Bob se detuvo a escuchar. Crujió otra rama, luego dos y hasta tres. Después todo quedó en silencio. Un silencio demasiado intenso. No piaban los pájaros ni parloteaban las ardillas en los árboles. Hasta el viento había callado. Era como si todos los seres que consideraban monte Lofty como su hogar, estuviesen inmóviles, al acecho.

¿Al acecho de qué?

Palpitó un músculo de la espalda de Bob. Se estremeció y aclaró la garganta.

—¡Basta ya! —gritó y su voz rompió el silencio del bosque—. ¡Repórtate! ¡Estás dejando que tu imaginación se apodere de ti!

Volvió a escuchar y sólo logró percibir la sangre que se agolpaba a sus orejas. Después oyó algo más… algo terriblemente cerca. Detrás suyo, casi a su espalda, se oía una pesada respiración. Lenta, muy lentamente para no asustar al intruso, Bob empezó a volverse.

Sintió calor en el cuello, y después un roce… un roce suave, un mero roce contra el cuello de su camisa.

Después, Bob no supo si chilló él antes o el extraño ser que tenía detrás. Sólo supo que sus oídos le resonaban fuertemente, ensordecidos por el ruido, y que él estaba contemplando un par de ojos negros, ribeteados de rojo. Tuvo una fugaz impresión de enormidad y una cabellera hirsuta. Luego, empezó a trastabillar, resbalando por la tierra pelada hacia el borde de la fisura.

Cayó. Cayó hacia atrás y vio el cielo, y las paredes desnudas de la fractura. Su cuerpo se retorció y la nieve del fondo pareció ascender hacia él.

Sintió el impacto en sus manos y rodillas, y oyó otro chillido. Después, perdió el conocimiento.



CAPÍTULO 10

La huella descalza

Bob abrió los ojos. Lentamente, fijó su mirada en la nieve y en las paredes terrosas y fangosas de la fisura. Permaneció tendido, inmóvil, escuchando. No hubo más gritos. Ni el sonido de la respiración. En cambio, desde arriba le llegó el piar de los pájaros.

Cuidadosa y lentamente rodó hasta ponerse de espaldas. Le dolían las manos y también un hombro, pero no parecía tener nada roto. La nieve del fondo de la grieta había ayudado a amortiguar la caída, aunque estaba demasiado helada para proporcionarle un blando colchón.

Bob tendió los ojos al cielo y a la luz del sol. Recordó un vislumbre de los ojos ribeteados de rojo y el cabello hirsuto del extraño ser que tan cerca había estado. Se acordó de los gigantes que merodeaban por el pueblo de Sky, de las leyendas contadas a los niños que no regresaban a sus casas al anochecer.

Al cabo de varios minutos, se incorporó, temblando a causa del frío producido por la nieve. Su radiobaliza direccional se hallaba a unos metros de distancia. Lo cogió, esperando fervientemente que no se hubiese roto. Lo probó y emitió un bip estridente, que fue contestado inmediatamente, y la aguja del cuadrante indicó un máximo en el norte. Jupiter Jones estaba recibiendo la señal.

Bob mantuvo la señal y levantó la vista hacia el borde de la hondonada. Las paredes de la fractura eran muy empinadas. Sabía que jamás lograría trepar por allí, sin ayuda.

Tenía que avisar a Jupe y a Pete. Pero ¿y si aquel ser esperaba arriba, junto al abismo? Tal vez si los llamaba, atraería a sus dos amigos a un gran peligro.

Bob reflexionó unos instantes y decidió descubrir si la bestia seguía allí. Estaba seguro de que ningún animal con buen instinto saltaría al fondo del hoyo. De modo que podía gritar impunemente

para averiguar si la bestia le estaba mirando.

—¡Eh! —chilló—. ¡Eh! ¿Estás ahí?

No se movió nada al borde del pozo. Al cabo de unos minutos, Bob decidió que el animal se había ido. Levantó el aparato direccional y gritó:

—¡Socorro!

Luego, para asegurarse de que la unidad había registrado su alarma, volvió a gritar dos veces más. Si Jupe y Pete se hallaban dentro de un radio de tres kilómetros, sus unidades captarían la señal.

Activó la unidad para enviar sus «bips» a sus amigos, y guiarles así hacia la hondonada. Luego se sentó en la nieve y aguardó.

A Bob le pareció que había aguardado varias horas.

Pero sólo transcurrieron quince minutos hasta que Pete miró hacia la fractura. El redondo rostro de Jupe apareció unos segundos más tarde.

—Bob, ¿te encuentras bien? —se interesó Jupiter.

—¿Qué demontre haces ahí abajo? —preguntó Pete.

—Me caí —respondió Bob.

—¡No bromees!

—También te habrías caído tú de haber visto lo que vi yo — replicó Bob.

—¿Qué viste?

—Un animal… o algo. Algo enorme. No sé qué era. Llegó detrás de mí y… bueno, ya os daré luego los detalles. Ahora sólo quiero que me ayudéis a salir de aquí.

Jupiter midió la profundidad de la grieta con la vista.

—Cuerda —decidió—. Necesitaremos una cuerda.

—Yo la traeré —se ofreció Pete—. Vi una ayer cuando buscábamos la llave. Hay un rollo en un armario de la cocina.

—Será mejor que te apresures —le aconsejó Jupiter—. Tú eres el atleta del grupo. Ve a la posada tan de prisa como puedas y trae la cuerda. Yo me quedaré con Bob.

Pete asintió.

—Tened cuidado —dijo.

—No temas —le tranquilizó Jupe.

Pete echó a correr por entre los árboles y Jupe se arrodilló al borde del hoyo.

—¿Qué viste? —quiso saber.

—Honradamente, Jupe, no estoy seguro. Ocurrió todo tan de prisa… Oí algo detrás de mí, algo me tocó, me volví y… bueno, vi unos ojos… unos ojos muy raros. La cosa prácticamente respiró contra mi cara. Grité y creo que la cosa también gritó. Entonces, me caí.

—¿Otro oso? —preguntó Jupiter.

—No lo creo Jupe.

El muchacho gordo se incorporó y empezó a andar lentamente a lo largo de la fractura, observando el terreno.

—Jupe —gritó Bob—. ¿Estás aún ahí?

—Sí —le calmó el otro—. Veo tu rastro en el suelo. Lo que estuvo detrás de ti también dejó un rastro. Si era un oso, tuvo que dejar un rastro semejante al que vimos en el prado.

—Si no fue un oso —replicó Bob—, tal vez hayamos encontrado lo que buscábamos.

Jupiter no respiró inmediatamente. Bob esperó.

—¿Jupe? —gritó luego.

—¡No puedo creerlo! —exclamó el Primer Investigador.

—¿Qué pasa?

—Bob, ¿estás seguro de que no era un hombre el que estaba detrás de ti? —La voz de Jupiter temblaba de excitación—. ¿Un hombre enorme con los pies descalzos?

—No le vi los pies y, si era un hombre, no comprendo ya a la raza humana —suspiró Bob.

—Esto es asombroso —reflexionó Jupe—. Alguien… una persona muy grande, ha estado aquí descalzo.

Bob volvió a acordarse de Gabby Richardson y sus leyendas sobre los monstruos de la montaña. ¿No existía la historia de un trampero que había visto la huella del enorme pie descalzo al borde del glaciar?

—¡Jupe! —gritó Bob—. Eh, Jupe, ten cuidado.

El otro no contestó, pero Bob le oyó soltar un respingo.

—¿Jupe? —volvió a gritar Bob.

No hubo respuesta, pero Bob oyó quebrarse una rama en el bosque, y un sonido susurrante al borde de la hondonada.

—Jupe, ¿qué haces ahí? —gritó Bob, sintiendo erizársele el cabello de miedo.

El sonido susurrante cesó y reinó un completo silencio. Bob llamó varias veces sin obtener respuesta. Atemorizado, casi al borde del pánico, Bob trató de buscar un apoyo en las paredes del pozo. No había ninguno. Miró a su alrededor buscando una rama caída, algo… a fin de utilizarlo para trepar. No había más que nieve y las empinadas paredes.

Por fin dejó de gritar. Se quedó quieto en el fondo del pozo, aguardando y escuchando. Oyó un quejido.

—¿Jupe?

—¡Huy! —Era la voz de Jupiter—. ¡Oh, mi cuello!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Bob—. ¿Dónde estabas? Jupiter se asomó por el borde. Bob vio que tenía la cabeza ladeada y se frotaba el cuello.

—No fui a ninguna parte —explicó—. Alguien o algo vino por detrás y de mí y me pegó.

—¿En el cuello? ¿Te han dado un puñetazo, como al señor Jensen?

—Sí, me han pegado como al señor Jensen —confirmó Jupiter —. Además, mientras estaba inconsciente, alguien se tomó la molestia de barrer la tierra en torno a esta hondonada con una rama de pino. ¡No queda una sola huella, ni de pie desnudo ni de nada!

CAPÍTULO 11

El cuaderno de notas del fotógrafo

—Una cosa sabemos con certeza —declaró Bob cuando finalmente Pete llegó con la cuerda y estuvo fuera de la fractura—. No fue un oso el que le atizó el puñetazo a Jupe.

—Claro que no —concedió Jupiter Jones—. Los osos no rompen las ramas de los pinos, para utilizarlas como escobones. A ti te atacó algo, posiblemente un hombre muy grande y descalzo, y es la misma criatura que me pegó a mí y borró sus huellas.

Pete miró a sus dos amigos como si se hubieran vuelto majaretas.

—¿Un hombre descalzo? —repitió—. Nadie corre por aquí con los pies descalzos.

—Jupe halló la huella de un pie enorme y descalzo al borde de la fractura —explicó Bob.

—Una huella enorme —detalló Jupe—. Al menos tenía cuarenta centímetros de longitud.

—¿Cuarenta centímetros? ¿Una huella humana de cuarenta centímetros de largo?

—Parecía la huella de un pie humano —expresó Jupe—. Al menos, sé que no era de un oso.

Pete iba enroscando la cuerda con manos que temblaban ligeramente.

—El monstruo de la montaña —susurró—. Antiguamente, a esta montaña la llamaron Monstruo. Y por lo visto sí hay por aquí un monstruo al menos…

—¿Un monstruo? —exclamó una voz junto a Pete, asustando a todos.

El muchacho pegó un brinco.

—Lo siento. ¿Te asusté otra vez? —Era el señor Smathers. Había llegado silenciosamente por el bosque y sonreía a los chicos—. ¿Qué

estabais diciendo de monstruos? —quiso saber—. ¿Cómo es la huella de un monstruo? ¿Dónde está? Me gustaría verla.

—Alguien la borró —explicó Jupiter.

—Claro, claro… —El señor Smathers empleó el tono de la persona que escucha un cuento, sin creer una palabra.

—¡Había una huella! —insistió Pete—. Si Jupe asegura haberla visto, es que la vio.

El buen humor del señor Smathers pareció abandonarle. Su rostro adquirió un tono rojizo.

—Habéis hablado con ese tipo, Gabby Richardson, el de la gasolinera —les acusó—. He oído algunas de sus leyendas. Debería avergonzarse de asustar de esta manera a los jovencitos. Tendré que mantener con él dos palabras.

El señor Smathers pareció muy decidido.

—Sí, eso es lo que haré —añadió—. Mantendré con él dos palabritas y le diré que se guarde para sí sus historias de fantasmas.

Smathers se alejó a paso rápido, hacia el pueblo, pero poco después se volvió hacia los muchachos.

—No quiero decir que aquí no podáis encontrar peligros —advirtió—. Vosotros sois aquí los intrusos y los seres salvajes no os entienden como me entienden a mí. No desean causaros daño, pero pueden ocurrir accidentes. Les aconsejaré a los dos primos de los señores Havemeyer que no os permitan alejaros de la posada.

—Casi estoy de acuerdo con él en esto último —suspiró Pete cuando Smathers hubo desaparecido definitivamente—. Opino que hemos de mantenernos alejados de aquí. Una persona normal puede salir muy perjudicada si se tropieza con un monstruo.

—El señor Smathers acaba de hacer algo muy interesante —meditó Jupiter—. Nos ha dicho que hará todo lo posible para que nadie nos crea si contamos lo que hemos visto esta mañana. También nos ha advertido que nos mantengamos alejados de aquí, si no queremos sufrir ningún daño. Ahora estoy totalmente seguro de que algún extraño ser (hombre o animal) vive por aquí, y el señor Smathers lo sabe. Pero no quiere que lo sepa nadie más.

—Creo que has dado en el clavo —asintió Bob—. Y que el señor Smathers, pese a todo, tiene razón. Hemos de largarnos de aquí rápidamente. Yo estuve ya demasiado cerca de… esa cosa.

Jupe convino en ello y los tres muchachos emprendieron

velozmente la marcha hacia el prado. Pasaron por entre los árboles y al llegar al claro divisaron aún al señor Smathers descendiendo por la pista de esquí. Cuando llegaron ellos a lo alto de la pista, Smathers estaba ya abajo.

—Va muy de prisa —observó Pete.

—Todo es cuesta abajo —replicó Bob.

Acto seguido, empezó a deslizarse, casi corriendo, por la pendiente. Bob y Jupe le siguieron con más prudencia.

Estaban casi en el fondo, cuando vieron que Joe Havemeyer iniciaba la ascensión de la ladera. El marido de prima Ana llevaba una mochila a la espalda y la carabina tranquilizadora colgada del hombro. Su rostro presentaba una mueca.

—¿Qué habéis hecho, chicos? —quiso saber.

—Estuvimos de excursión —contestó Pete con expresión inocente.

Havemeyer señaló a Bob.

—Smathers me ha contado que te caíste en la grieta. Fuiste tú, ¿verdad?

—¿Conoce usted la grieta? —le interrogó Jupiter.

—No es ningún secreto. Será una gran atracción si tenemos excursionistas por aquí en verano. Pero, mientras tanto, deseo que vosotros no vayáis nunca a las tierras altas. Ana y yo nos sentiríamos responsables si os ocurriese algo. No sólo existe el peligro de las caídas, sino de los osos…

—¿Osos? —repitió Jupiter. Luego miró fijamente a Havemeyer y acabó posando los ojos en la carabina—. ¿Por qué lleva usted esta arma, señor Havemeyer? —quiso saber—. Es una carabina tranquilizadora, ¿verdad? ¿Intenta capturar a un oso con ella?

Havemeyer se echó a reír.

—¿Capturar un oso? No, ¿por qué querría hacer semejante cosa? No, no pienso capturar ningún oso y creo que ello va en contra de la ley. Sólo deseo estar preparado por si encuentro alguno, y no quiero matarlo —hizo una pausa y sonrió—. El señor Smathers nunca me perdonaría que matase a un oso.

Havemeyer dio unos pasos adelante y emprendió la subida de la pista.

—El señor Smathers ha cometido un error —declaró Bob.

—Exacto —afirmó Pete—. Nosotros no le dijimos que tú habías

caído dentro del pozo y, si lo sabía, es que él estaba allí cuando sucedió… o cuando Jupe recibió el sopapo.

—Pudo ser incluso él quien me pegó —añadió Jupe—, y fue él probablemente el que barrió las huellas al borde de la hondonada. Nuestro señor Smathers no es tan pacífico como aparenta. Hay algo en las tierras altas… sea monstruo o no, que él y Joe Havemeyer han visto, y que ambos desean mantener en secreto.

Los muchachos llegaron al patio de la posada en el momento en que Konrad salía de la excavación de la piscina.

—¡Eh, Jupe! —llamó.

El chico le saludó con la mano.

Los Tres Investigadores se dirigieron al hoyo y vieron cómo Hans estaba sentado en el fondo, descansando. Los moldes para el cemento casi estaban terminados.

—¿Fue buena la excursión? —preguntó el bávaro.

—Ni un momento de aburrimiento —murmuró Pete.

—Muy interesante —respondió Jupe.

—Pues el señor Smathers parecía muy nervioso —manifestó Konrad—. No quiere que os acerquéis al prado. Nos dijo que debíamos obligaros a quedaros aquí.

—¿Y lo haréis? —quiso saber Pete.

Konrad sonrió.

—Sé que haréis vuestra santa voluntad. Pero, tendréis cuidado, ¿verdad?

—Seguro —prometió Jupiter—. ¿Dónde está ahora el señor Smathers?

—Bajó al pueblo —explicó Hans—. Prima Ana cogió el coche y se marchó a Bishop a comprar varias cosas. El señor Jensen también se fue no sé a dónde en su coche.

—Prima Ana dijo que almorzarais cuando regresaseis —les dijo Konrad—. Hay unos bocadillos en el refrigerador.

—Estupendo —aprobó Pete.

Después de devorar las provisiones, Jupiter lavó los platos. El anillo de boda de prima Ana estaba en el alféizar de la ventana, junto al fregadero. Jupe frunció el ceño.

—Este anillo le está grande a Ana —comentó—. Lo perderá si no tiene cuidado.

Pete, que estaba secando los vasos, asintió distraídamente. Su

atención se hallaba fija en el salón, casi al lado del umbral de la puerta de la cocina. Dejó el paño de secar sobre la mesa y pasó al salón.

—Una cartera —dijo, agachándose a recogerla.

Era una cartera vieja, muy ajada, con una costura descosida. Cuando la cogió, cayó al suelo una cascada de tarjetas y papeles.

—¡Oh, qué pena! —exclamó Pete, apresurándose a recogerlo todo.

—¿De quién es? —quiso saber Bob.

Pete halló un carnet de conducir entre las cartulinas y varias facturas de restaurante que casi cubrían el suelo.

—Es del señor Jensen. Caramba, ha salido con el coche. Ojalá no le detenga la policía por saltarse un semáforo o algo por el estilo. Le pondrían una buena multa por ir sin el carnet.

—Un momento —pidió Jupiter, desde el umbral de la cocina, contemplando una foto que había en el suelo—. Ésta es prima Ana.

—¿Eh? —se asombró Bob—. ¿Cómo?

—Un retrato de prima Ana —aclaró Bob, agachándose a recogerlo.

Era un retrato de Ana y su marido. Les habían retratado al salir de un café de alguna ciudad o población, y evidentemente ellos no se habían dado cuenta. Ana llevaba un vestido de color rojo claro y un suéter sobre los hombros. Tenía la cabeza semigirada, mirando a Joe Havemeyer. Éste tenía la boca abierta y una expresión de determinación. Parecía decirle algo importante a su mujer.

—¿Para qué quiere Jensen una foto de Ana en su cartera? —preguntó Jupe. Le pasó el retrato a Bob.

Pete terminó de recoger todo lo perteneciente al señor Jensen y después le pidió el retrato a Bob y lo estudió.

—Seguro que no fue tomada en el pueblo de Sky —volvió la foto y examinó el reverso—. Aquí hay una fecha. Vaya, fue tomada la semana pasada, en Lago Tahoe.

Los Tres Investigadores se contemplaron mutuamente.

—¿Acaso es el señor Jensen un amigo antiguo de Ana? —reflexionó Bob—. ¿O de Havemeyer? ¿Tal vez estuvo en la boda?

—¡No! —rechazó Jupe firmemente—. La primera noche que estuvimos aquí festejaron la boda de Ana, y los señores Jensen y Smathers fueron unos simples invitados. ¿Os acordáis? Havemeyer

dijo que no permitiría que ambos caballeros estropeasen la fiesta.

Pete metió el retrato en la cartera.

—El señor Jensen sólo es un huésped de pago —observó—, pero tiene un retrato de los señores Havemeyer tomado en Tahoe. ¡Lo cual es una gran coincidencia!

Jupiter le cogió la cartera a Pete.

—Creo que lo mejor será dejar esta cartera encima de la mesa del dormitorio del señor Jensen y no comentar esto con nadie. Y ya que estaremos en su habitación —añadió virtuosamente—, abriremos bien los ojos por si vemos algo de interés. Ya que Hans y Konrad nos han pedido que protejamos a prima Ana, nuestro deber es prevenir cualquier amenaza, venga de donde venga.

—Ya lo entiendo —asintió Pete—. Bien, actuemos antes de que venga alguien.

La habitación del señor Jensen se hallaba en el lado norte de la posada, junto al cuarto ocupado por Hans y Konrad.

—Espero que no esté cerrada —murmuró Bob.

—En esta casa nunca hay ninguna puerta cerrada —observó Pete. Giró el picaporte y se abrió la puerta a la habitación del señor Jensen.

El cuarto estaba muy ordenado y limpio, como el resto de la mansión. Había dejado su chaquetón encima de una silla, y un peine adornaba el escritorio. Esto aparte, no parecía que alguien ocupase aquella estancia.

Jupe abrió el armario y halló una buena colección de camisas deportivas, algunas arrugadas y otras recién lavadas y planchadas. En el suelo del mueble había unos pantalones azules y la maleta del señor Jensen.

Jupe levantó dicha maleta.

—Ahí dentro hay cosas —murmuró. La dejó encima de la cama y la abrió.

En la maleta había varios pares de calcetines, ropa interior, algunos rollos de cinta y varias cajitas con bombillitas de *flash*. También había un libro. Pete silbó entusiasmado cuando Jupe lo enseñó.

«*La fotografía al alcance de los aficionados*», leyó. Jupe abrió el libro al azar.

—No es precisamente lo que esperaba hallar en el equipaje de

un fotógrafo profesional —comentó—. Si Jensen vende sus fotos a las revistas especializadas, no tiene ya por qué necesitar este manual, porque se trata de una obra muy elemental —cerró el libro —. No sé qué será, pero lo que sí juraría es que el señor Jensen no es un fotógrafo.

Bob comenzó a sacar calcetines y ropa interior de la maleta.

—Veamos si hay algo más —dijo.

No descubrió nada, aparte de una libreta muy ajada, llena de nombres, direcciones y números telefónicos. Bob examinó la libreta rápidamente. La mayoría de las direcciones eran de casas comerciales o de individuos de Lago Tahoe. No había nada referente a prima Ana hasta el final del librito. Allí, en una página casi en blanco, había una serie de anotaciones que provocó una gran extrañeza en Bob.

—¿Has encontrado algo? —quiso saber Jupe.

—Aquí hay una página entera dedicada a prima Ana —explicó Bob—. Hay un número arriba: PWU 615, California. Luego, el nombre de Ana: señorita Ana Schmid, y su dirección: Posada Slalom, Sky, California.

—¿PWU 615? —repitió Pete—. Parece la matrícula de un coche.

—¿Algo más? —apremió Jupe.

Bob entregó la libreta al Primer Investigador, sin contestar.

—Fascinante —exclamó Jupe—. La anotación dice que Ana posee la posada Slalom y también el telesquí, que en el pueblo de Sky tiene la buena fama de pagarlo todo al contado. Y escrito al fondo de la hoja, un comentario: «¡Una perfecta palomita!».

—¿Palomita? —se extrañó Pete—. Esto es lenguaje de ladrones, ¿verdad?

—Sí —Jupe cerró la libreta—. Es una expresión que usan los estafadores —metió el cuaderno de nuevo en la maleta—. Un palomo o una paloma es una persona fácil de timar o engañar.

—De modo que Jensen es un estafador y Ana su víctima.

—Por lo menos, sabemos que no es un fotógrafo —aseguró Jupe —. Pero si es un granuja, ¿qué persigue? No ha hecho nada malo, que sepamos, excepto…

—Excepto dejarse pegar por un oso, un monstruo, o lo que fuese —terminó Pete—. Ni siquiera está en relaciones muy amistosas con Ana.

Oyeron un coche fuera. Jupe corrió por el pasillo hasta la habitación que ocupaba el señor Smathers. Una vez allí, se asomó a la ventana.

—Prima Ana que regresa de Bishop —informó—. Y el número de matrícula de su auto es un PWU 615.

Bob cerró rápidamente la maleta y la metió en el armario. Pete alisó la colcha de la cama.

—¿Debemos de advertirle que tiene en su casa a un pillastre? —preguntó Pete al salir de la habitación.

Jupe sacudió la cabeza.

—No, sin tener verdaderas pruebas. Por ahora sólo sabemos que le señor Jensen posee una foto de Ana y Havemeyer, tomada en Lago Tahoe la semana en que se casaron y que está particularmente interesado en los asuntos financieros de prima Ana. Bob, esta noche hablarás con tu padre para descubrir algo sobre Joe. Dale las señas del señor Jensen, las que hemos hallado en su licencia de conductor, pues me he fijado que vive en Tahoe Valley y que te diga tu padre si su amigo de Reno puede averiguar algo de Jensen. Y hasta que sepamos algo más, será mejor que no dejemos de vigilar astutamente a este fingido fotógrafo siempre que esté alrededor de prima Ana. Si trata de interesarla en algún negocio poco claro, tendremos que intervenir rápidamente.

CAPÍTULO 12

Otro investigador

Los Tres Investigadores bajaron y hallaron a Ana en el salón, colocando varias revistas sobre un montón de ellas, encima de una mesita. Cuando les oyó bajar se sobresaltó ligeramente.

—Oh, no sabía que estabais aquí —exclamó.

—Hemos estado registrando otra vez —explicó Jupe con el rostro muy grave—. Era posible que ayer se nos hubiera pasado algo por alto, cuando buscamos la llave de su caja de seguridad.

—Ah, sí, la llave… —La frente de Ana presentó unas arrugas de preocupación—. ¿La habéis encontrado hoy?

—No, tampoco —repuso Bob—. Señora Havemeyer, ¿no se le ha ocurrido pensar que alguien pudo cogerla? Las puertas de las habitaciones no están nunca cerradas. Cualquiera pudo entrar en su cuarto o en el despacho y apoderarse de la llave.

—No lo creo, pues yo la escondí demasiado bien —replicó Ana —. Y nadie cogería esa llave, sabiendo para dónde es. Sólo yo, Ana Schmid, puedo usarla. Los empleados del banco sólo conocen a Ana Schmid. Y la persona que intentase robar esa llave no saldría ganando nada. Aparte de causarme graves molestias. Sólo por esto la escondí al ir al Lago Tahoe.

—Con lo que la teoría de un ladrón se desvanece —musitó Pete.

—Esa llave tiene que estar en alguna parte —insistió Ana—. Si al menos recordase dónde la metí…

Fuera crujió la grava del sendero al llegar un coche. Poco después, Jensen entró en la posada. Llevaba el estuche de su cámara en la mano. Saludó a Ana y a los muchachos y subió a su habitación.

—El señor Jensen se dedica a una profesión muy interesante —comentó Jupiter—. Debe necesitar mucha paciencia para fotografiar animales. ¿Viene aquí a menudo?

—Es la primera vez —respondió prima Ana—. Y sólo hace cinco días. No escribió pidiendo reserva, pero como tenía una habitación libre, no hubo dificultades.

—El señor Smathers también es una persona interesante —observó Jupe—. Supongo que pasa mucho tiempo en la montaña, en estrecha comunión con la naturaleza.

—¿Quieres decir hablando con los animales? No sé si le hacen caso. Bien, también es la primera vez que viene. Dice que ha venido ahora por tratarse de la estación seca. Cree poder ayudar a sus amigos los animales a vivir más tranquilos —prima Ana se echó a reír—. ¡Valiente idea! Oh, es un hombrecito muy raro. Aunque me gustaría que comiese lo mismo que todo el mundo, y de esta manera no tendría que guisar especialmente para él.

Prima Ana se marchó a la cocina y los muchachos la oyeron abrir armarios y trastear con la batería. Los Tres Investigadores salieron entonces de la posada por la puerta delantera y emprendieron la marcha por la carretera hasta que, pasado el bosquecillo de pinos, llegaron a la gasolinera, donde Gabby Richardson estaba dormitando al sol de la tarde. Abrió los ojos al oír los pasos de los muchachos.

—¿Os habéis divertido en la excursión? —indagó.

—Ah, ya lo sabe —exclamó Pete—. Claro, ha estado hablando con el señor Smathers.

—No fue esto precisamente —objetó Gabby—. Fue él quien habló conmigo. Por lo visto cree que estoy molestando a los jóvenes americanos contándoles leyendas sobre los monstruos —Richardson estrechó los ojos y de pronto estuvo más despierto y curioso—. ¿Qué visteis esta mañana en la montaña?

—No estamos muy seguros, señor Richardson —respondió Bob prestamente—. Algo grande. Un animal, seguro.

Gabby Richardson pareció tremendamente desanimado.

—Osos, claro, o un oso especial. ¿Fuiste tú el que cayó dentro de aquel hoyo?

Bob admitió el hecho.

—Me lo imaginé —asintió Richardson—. Esa clase de accidentes no favorecen en nada la ropa. Aunque ya veo que no te hiciste daño.

—No, sólo pasé un poco de miedo.

—Tenéis que andar con tiento en ese terreno montañoso —advirtió Richardson—. Vosotros parecéis unos muchachos muy cautelosos y estoy seguro de que no sois capaces de molestar a los osos. No hay necesidad de que Ana Schmid se muestre tan angustiada por vosotros. Bueno creo que debí decir Ana Havemeyer.

—¿Angustiada? —se extrañó Pete—. Acabamos de verla y no parecía angustiada en absoluto.

—Bueno, tal vez ya esté más sosegada ahora. Pero al volver de Bishop se detuvo aquí a repostar el coche, y como ese raro del señor Smathers acababa de hablar conmigo, le pregunté si hablaría ella con vosotros cuando regresaseis de la excursión. Como habréis observado, me gusta saber lo que pasa por estos contornos.

—Sí, lo hemos observado —rió Pete.

—Bien, Ana me contestó que su marido no quiere que subáis al prado a causa de los osos. Estoy seguro de que el matrimonio no ha mejorado a esa joven. Está tan nerviosa como un flan recién hecho. Me acuerdo del día en que salió blandiendo una sartén contra los osos que estaban husmeando en el cubo de basura.

Bob pareció sobresaltado.

—¿De veras? —preguntó—. Bueno, si los osos son salvajes y…

—Si uno les deja en paz, nunca atacan a nadie. Es el mejor sistema.

Bob consultó su reloj.

—Son más de las cuatro —manifestó—. Estoy seguro de que papá ya está en casa. Voy a llamarle.

—¿No funciona el teléfono de la posada? —inquirió Gabby Richardson.

—No es eso —replicó Bob rápidamente—. Pero como pasábamos por aquí…

—Seguro, seguro —asintió Richardson—. Bien, no quiero entreteneros. Adelante, llamad por teléfono. Yo me largo al restaurante a comer un bocado. Sé reconocer cuando molesto.

Richardson salió a la calle y se alejó con paso lento.

—El día que ese tipo se ocupe de sus propios asuntos me comeré mis zapatos de tenis sin sal —murmuró Pete.

Bob se echó a reír y penetró en la cabina telefónica.

Tras hablar con su padre unos cinco minutos, salió y notificó a sus amigos:

—Joe Havemeyer no figura en los listines telefónicos de Reno. Y la oficina de créditos de dicha ciudad todavía no ha enviado ningún informe, que el amigo de papá aguarda para mañana. Papá llamará a su amigo esta noche y le pedirá que efectúe averiguaciones respecto a Jensen, si bien me ha asegurado que no debemos meter la pata en nada, pues si molestamos a Hans y Konrad o a su prima, sin motivo alguno, nos despellejará. Bueno, ahora no podemos hacer nada hasta volver a hablar con él… aparte de trasladarnos de la posada al campamento.

—¿Cómo? —se extrañó Jupiter.

—Papá teme que seamos una carga para prima Ana, y supongo que tiene razón. No existe ninguna razón especial para que tenga que darnos de comer, ¿verdad? Nosotros no somos parientes suyos.

—Precisamente cuando las cosas se ponían interesantes… —se quejó Pete.

—No necesitamos irnos muy lejos —indicó Pete—. Ya tenemos la tienda plantada cerca de la posada.

Los Tres Investigadores volvieron a casa de prima Ana, donde manifestaron a la joven y a su marido que deseaban seguir con su primitivo plan y acampar al raso. Hubo algunas protestas por parte de Joe Havemeyer, con advertencias respecto a los atrevidos osos, pero los muchachos prometieron gritar en caso de necesidad. Antes de anochecer, ya habían instalado su propio campamento y llevado sus sacos de dormir a la tienda.

Después de cenar unas hamburguesas y judías cocidas sobre un fogón improvisado, los muchachos se sentaron con las piernas cruzadas dentro de la tienda. Bob cogió un cuaderno y un bolígrafo del bolsillo y comenzó a anotar los datos relativos al caso que estaban aclarando los Tres Investigadores.

—Bueno, tenemos un fotógrafo de la naturaleza que no es fotógrafo en absoluto, que está muy interesado en prima Ana y en su dinero.

»También tenemos una fotografía de Ana y su marido, tomada antes de que Jensen viniese a la posada. Sin embargo, Ana nos aseguró que el señor Jensen es la primera vez que viene aquí y que no lo conocía.

—Y fue atacado por un oso, una persona o un monstruo —añadió Pete—. Si no es fotógrafo, ¿por qué se molestó en tomar

aquella foto del oso buscando entre la basura?

—No hay duda de que creyó que tenía que comportarse como un fotógrafo auténtico, puesto que eso es lo que asegura ser —decidió Jupiter—. Bien, hemos terminado con el señor Jensen. Ahora tenemos al marido de Ana. ¿Qué sabemos de él?

—Dice que posee dinero —afirmó Bob—. Tiene una carabina tranquilizante y va con ella al prado alto todos los días. Está construyendo una piscina que a lo mejor no es ninguna piscina.

Bob miró a Jupiter.

—¿Hay algo más? Porque esto no es mucho. Hans y Konrad sospechan de él, pero a lo mejor es una buena persona.

—Tal vez —dudó Jupe.

—Luego viene el señor Smathers —recordó Pete—. Ése sí que está mochales.

—Y no es tan inofensivo como aparenta —comentó Jupe—. Estoy seguro de que Smathers fue el que me golpeó esta mañana y también quien borró las huellas del borde de la grieta.

—Lo cual nos lleva a la pregunta clave —agregó Pete—: ¿Hay o no hay un monstruo en la montaña?

—Yo vi algo —aseguró Bob—. Sé que lo vi y estoy seguro de que no era un oso. Y Jupe divisó la huella.

Jupiter descorrió la cremallera de su saco de dormir y se quitó los zapatos.

—Si hay un monstruo y Joe Havemeyer quiere atraparlo, las cosas resultarán por aquí muy movidas —manifestó—. Recordad que nuestros clientes son Hans y Konrad, que desean únicamente proteger a su prima. Mañana, cuando obtengamos la información de la oficina de créditos sobre Joe y algunos datos respecto a Jensen, conferenciaremos con Hans y Konrad. Ellos decidirán qué hemos de hacer, si quieren que hagamos algo.

Bob y Pete se durmieron al instante aquella noche, pero Jupiter estaba demasiado nervioso para conciliar rápidamente el sueño. Estuvo despierto, escuchando el rumor del viento entre los árboles y los rumores de los insectos y animales nocturnos correteando por entre la maleza, en la oscuridad. Pensó en la fractura del monte y en aquella increíble huella de pie descalzo. Pensó asimismo en Gabby Richardson y su extraña historia respecto a unos seres misteriosos entrevistos en la montaña. Y pensó en otro de los

cuentos de Gabby: su descripción de Ana atacando a un oso, blandiendo una sartén. Jupe resolvió por fin preguntarle a Ana, por la mañana, si era verdad que había hecho una cosa tan estúpida.

Era casi medianoche, cuando Jupe rodó sobre sí mismo y abrió la abertura de la tienda. La posada Slalom estaba tranquila y a oscuras. Una pequeña sombra temblaba en lo alto, procedente de la chimenea de la casa, sombra que estuvo allí varios instantes. Jupe oyó un débil ruido. Como un chillido. Bueno, era un búho.

Jupe pestañeó. ¿Se lo había imaginado o acababa de distinguir un destello de luz en el piso bajo de la posada? Estuvo al acecho intensamente. Otro destello, como un rayo de luz móvil en el salón, delante del despacho.

Jupe golpeó a Pete.

—¡Despierta! —le urgió.

—¿Qué… qué pasa? —preguntó el chico, soñoliento—. ¿Más osos?

—¡Vamos, callad! —rezongó Bob, casi dormido.

—Hay alguien en la posada —les notificó Jupe—. Con una linterna. Alguien acaba de entrar en el despacho de prima Ana.

Pete y Bob salieron de sus respectivos sacos de dormir y buscaron los zapatos en la oscuridad.

—¡Caramba, ya estamos otra vez en danza! —refunfuñó Pete—. Todo el mundo está interesado en el despacho de prima Ana… o en su dinero.

Los Tres Investigadores salieron de la tienda sigilosamente y cruzaron el patio hasta la ventana del despacho. Estaba abierta, y los muchachos vieron que el hombre sentado en la silla del escritorio, estaba de espaldas a ellos. ¡Era Jensen! Estaba repasando vivamente una de las carpetas de Ana, y llevaba la linterna en una mano. La puerta de comunicación con el salón estaba cerrada.

Jensen terminó de examinar una carpeta y la dejó en la librería. Iba a coger otra cuando se enderezó y tendió el oído hacia la puerta. Un segundo después, se había escondido debajo de la mesa, apagando al mismo tiempo su linterna.

Los Tres Investigadores se agacharon a su vez, junto a la ventana. Se encendió la luz del despacho y los muchachos oyeron la voz de Joe Havemeyer.

—¿Lo ves? —se burló Joe—. Aquí no hay nadie.

—He oído a alguien —insistió Ana—. He oído a alguien en la escalera y cómo se cerraba una puerta. Y juraría que yo dejé la puerta del despacho abierta. Claro que no estoy segura.

—Estás imaginándote fantasías y dejando que los nervios se apoderen de ti. No tienes que preocuparte por nada. Lo estás haciendo muy bien con esos dos papanatas de Rocky Beach. No permitas que te descubran. No estarán aquí toda una eternidad.

—Más de una semana —objetó Ana—. Me han dicho que estarán más de una semana.

—Los mantendré atareados. Ya lo están ahora, ¿verdad? No temas, que no ocurrirá nada.

—Será mejor —suspiró Ana.

Había tal nota de amenaza en su voz que convenció a Jupe de que podía haber intentado espantar a los osos con una sartén.

Se apagó la luz del despacho y volvió a cerrarse la puerta. Los muchachos no se movieron. Al cabo de unos instantes, divisaron de nuevo el cono de luz de la linterna. Jensen se había incorporado, saliendo de su escondite. Atravesó el despacho, hacia la puerta, apagó la linterna, y quedamente salió de la estancia.

—¡Así me aspen…! —murmuró Pete.

Jupe se llevó un dedo a los labios. Los tres se alejaron de la posada, en dirección a la tienda.

—¿Oísteis lo mismo que a mí me pareció oír? —preguntó Pete cuando los tres estuvieran a salvo de miradas y oídos indiscretos en su tienda.

—Muy, muy peculiar —asintió Jupe—. No me sorprende especialmente que Jensen se haya dedicado a registrar el despacho de las carpetas de Ana a medianoche. Ya sabemos que está muy interesado en su dinero.

—De acuerdo —concedió Bob—. Mas ¿por qué está nerviosa Ana por Hans y Konrad? Son precisamente sus primos favoritos.

—Esto no tiene sentido —observó Jupe, frotándose la frente—. Nada tiene sentido. Nunca me había sentido tan desorientado.

CAPÍTULO 13

Los quehaceres domésticos de prima Ana

Jupiter se despertó muy temprano, en una mañana fría, en la que piaban los pájaros. Pete y Bob continuaban durmiendo, por lo que se calzó los zapatos y salió de la tienda sin hacer ruido. Cruzó el patio hasta la puerta trasera de la posada, reflexionando, aunque un poco adormilado todavía, en las misteriosas palabras de Joe pronunciadas la noche anterior.

Hans y Konrad ponían nerviosa a Ana.

El muchacho se detuvo ante los peldaños del porche posterior. Oyó correr el agua en el fregadero, tras la ventana abierta de la cocina. Era Ana, claro. La veía en la cocina, con sus delgadas y seguras manos moviéndose rápidamente. No eran las manos de una mujer temerosa y asustada. Ana hacia las cosas con tanta rapidez y seguridad como tía Matilda. En realidad, siguió meditando Jupiter, Ana era muy semejante a tía Matilda. Incluso se quitaba el anillo de boda antes de lavar los platos, como hacía tía Matilda cuando seguía una de sus esporádicas dietas, pues se adelgazaba, y la sortija le estaba demasiado grande.

Iba a entrar Jupe en la posada, para darle los buenos días a Ana, cuando el agua dejó de correr.

—¿No está aún listo el café? —Era la gruñona voz de Joe.

—Dentro de unos minutos. No seas impaciente —replicó la voz de Ana.

—No te enfades —le advirtió Joe—. Mira, tendré a Hans y Konrad trabajando toda la mañana, de modo que no te molestarán en absoluto. Tú puedes invitar a esos chicos a desayunar, y luego les preparas comida y los envías de excursión a cualquier parte. A cualquier parte, menos al prado alto. En particular, insiste en que no vayan hacia allí.

—¿Qué eres ahora, un director social? —se mofó Ana.

—No quiero que me salgan al paso —aclaró Joe Havemeyer—. Subiré arriba en un último intento, aunque me quedan muy pocas esperanzas. Si no lo conseguimos, tendremos que suplicar ante los del banco y será mejor que finjas bien. Por tanto, dedícate a tus quehaceres domésticos.

—¡No quiero! —protestó Ana.

—Es preciso —Joe elevó el tono de voz—. Has hecho cosas más rudas por menos dinero. ¿Tienes algunos bocadillos para los chicos?

—Jamón —pronunció Ana, enfadada.

—Perfecto.

Jupiter Jones se alejó del porche, se aclaró la garganta en voz alta y subió a la cocina.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —respondió la joven.

Jupiter se mostró muy animado y sólo opuso una muy débil resistencia cuando Ana le invitó a desayunar. El muchacho subió arriba a lavarse. Cuando bajó, habían aparecido Bob y Pete, todavía con el pelo alborotado. Jensen y Smathers se hallaban instalados a la mesa, aguardando el desayuno.

La comida fue tranquila. Todos parecían ocupados en sus propios pensamientos.

Prima Ana empezó luego a quitar las tazas y los platos, cuando de repente sintióse asaltada por una idea feliz.

—Ayer fuisteis de excursión —exclamó, refiriéndose a los muchachos—. Y hoy deberíais de volver a marcharos. Estáis de vacaciones y tenéis que divertiros, Os prepararé unos bocadillos y podréis iros. Desde el campamento hasta la atalaya de vigilancia hay una buena senda y os sugiero que vayáis allí.

—¡La atalaya de vigilancia! —exclamó a su vez Bob—. Oh, sí, aquella torre abandonada que vimos el otro día. Debe estar a tres o cuatro kilómetros de aquí.

—Y está muy alta —asintió Ana—. Desde la atalaya se divisa todo el valle. A veces, cuando no tengo mucho trabajo, subo allá arriba para estar sola y meditar.

—Sí, parece estupendo —accedió Jupiter.

Pete abrió la boca para oponerse al proyecto, pero Jupe le propinó un puntapié por debajo de la mesa.

Ana llevó los platos a la cocina y rápidamente preparó unos

bocadillos para la excursión.

—Podéis llevarlos en la mochila —dijo.

Los muchachos le dieron las gracias y Jupe sacó la mochila de la tienda e inmediatamente guardó en ella los bocadillos.

—¡Tened cuidado! —les avisó Havemeyer—. Volveréis por la tarde, ¿verdad?

Havemeyer, Hans y Konrad se hallaban ya trabajando en la construcción de la piscina, cuando los muchachos emprendieron la marcha hacia el campamento.

Tan pronto como hubieron doblado el primer recodo, Pete hizo alto.

—Soy demasiado suspicaz tal vez, pero ¿existe alguna razón especial para que hoy salgamos de excursión? ¿Por qué me diste una patada por debajo de la mesa, Jupe?

—Esta mañana he sorprendido una conversación entre Ana y Joe —explicó Jupiter—. Havemeyer quería quitarnos del paso para subir él al prado alto, y también quiso que Ana se dedicase a sus tareas domésticas.

—¿Tareas domésticas? —repitió Pete.

—No me preguntes de qué se trata —se encogió Jupiter de hombros—. Creo que tiene que ver algo con el banco. Havemeyer subirá al prado para intentar algo por última vez y si esta mañana no tiene éxito, él y Ana tendrán que suplicar y fingir en el banco. Supongo que esto tiene relación con la llave de la caja de seguridad que Ana desea encontrar tan desesperadamente.

—¿No sería mejor que uno de nosotros se quedase en la posada para saber qué hace? —propuso Pete.

—No podríamos hacer nada —se opuso Jupe—. Ella y su marido están decididos a que nadie interrumpa los manejos de Ana. También están determinados a que nosotros no subamos hoy al prado alto. Hemos estado muy ocupados tratando de proteger a Ana, pero ahora me pregunto si necesita protección. No sabemos lo que hace Havemeyer, pero estoy seguro de que ella está en el secreto y que los dos se muestran extremadamente misteriosos. Es muy irónico que ella sugiriese una excursión a la atalaya de vigilancia. No estoy seguro, pero creo que, desde allí, no solamente se divisa todo el valle, sino bastante parte de las tierras altas. Corramos y llegaremos a tiempo.

—¿A tiempo de qué? —quiso saber Bob.

—A tiempo de ver a Joe subiendo por la pista de esquí —aclaró Jupe—. Llevo los prismáticos en la mochila. Havemeyer sube todos los días al prado con un saco y la carabina tranquilizante. ¿Qué hace allí?

—Caza a un monstruo —sugirió Pete.

—No, hay algo más —objetó Jupe—. Esas excursiones tienen que ver algo con el banco y con la llave desaparecida. Y quiero ver qué hace allí Havemeyer.

—Está bien —se conformó Bob—. Corramos.

Se apresuraron por la carretera, atravesaron el campamento y emprendieron la senda que conducía a la vieja atalaya contra el fuego. Pete iba en cabeza, con Bob detrás. Jupiter comenzó a jadear y resoplar en la retaguardia. Pasado el campamento, la vereda hacia la atalaya ascendía muy empinada. Los muchachos tuvieron que doblarse casi, apoyándose en la ladera montañosa a medida que subían.

El reloj de Pete indicaba más de las diez, cuando llegaron a la atalaya.

—¡Ojalá no sea demasiado tarde! —balbució Jupiter con voz entrecortada.

Sin detenerse siquiera a recobrar el aliento, comenzó a trepar por la escalerilla de madera que llevaba a lo alto de la vieja atalaya. Le siguieron Bob y Pete.

—¡Maravilloso! —exclamó Pete al llegar arriba—. Desde aquí se distingue claramente la posada, la pista de esquí y el prado.

Jupe buscó en la mochila los prismáticos. Se los llevó a los ojos y los enfocó debidamente.

—Joe se halla a medio camino de la pista de esquí —informó.

El muchacho fue siguiendo con los prismáticos a Joe en su ascensión. Havemeyer llegó al prado al cabo de diez minutos y se dirigió directamente hacia los pinos que crecían en el extremo más lejano del prado. Tras unos minutos, desapareció entre los árboles.

Jupe bajó los prismáticos.

—El lado oeste es tuyo, Pete. ¿Te adentraste mucho entre los árboles cuando ayer buscabas las huellas? —indagó.

—No mucho —replicó Pete—. Unos cuantos metros. Siempre tuve el prado a la vista.

Havemeyer se hallaba ya entre el pinar. ¿Iba allí todos los días? ¿Qué buscaba?

—Has dicho que sus viajes tienen algo que ver con el banco, ¿verdad? —preguntó Bob—. ¿Qué pasará en el banco?

—En realidad, hay árboles —murmuró Pete—. Más árboles. Y aún más árboles. Rocas, ardillas, arrendajos y…

—¡Un momento! —le interrumpió Jupiter—. ¡La cabaña!

—¿Qué cabaña? —preguntó Pete.

—La cabaña del ermitaño. Acordaos que Gabby Richardson nos contó que el ermitaño que vivió en la montaña construyó una cabaña en el prado alto. No la vimos cuando estuvimos allí. Debe estar disimulada entre los árboles. ¡Tal vez sea allí adonde va siempre Havemeyer!

—¿Y qué tiene que ver la cabaña del ermitaño con el banco? —se interesó Bob.

—No sé —confesó Jupe.

Los muchachos desenvolvieron los bocadillos que Ana les había preparado y se sentaron en la atalaya con las piernas cruzadas para dar buena cuenta de ellos. De vez en cuando, Jupiter miraba con los prismáticos hacia el prado y la pista de esquí. Al cabo de una hora, Havemeyer salió de entre los árboles situados al oeste del prado y echó a andar hacia la pista.



—Ya baja —notificó Jupe—. Ha llegado el momento de ir allá. Mirad, volvamos a la posada y anunciaremos que pasaremos la tarde en el campamento y que allí guisaremos la cena. Luego, nos marcharemos inmediatamente con la comida y el equipo. Nadie esperará vernos en varias horas y podremos largarnos al prado por entre la arboleda del lado norte de la pista de esquí. Tenemos que descubrir por qué va Havemeyer al prado todos los días.

—¡Oh, mis pobres piernas! —gimió Pete. Hizo una bola con el papel que envolvía el bocadillo y lo metió en la mochila de Jupiter. Luego exclamó—: Bueno, adelante, muchachos.

La vuelta al campamento fue más rápida que la subida a la atalaya. La pendiente era tan pronunciada que los muchachos tenían que realizar esfuerzos inverosímiles para no bajar corriendo.

Había un coche estacionado en el campamento cuando los muchachos llegaron. Un hombre bajo y calvo contemplaba desmayadamente el riachuelo casi seco, en tanto una mujer gruesa sacaba unos platos de una cesta.

—Muy triste, ¿eh? —exclamó el hombre, cuando vio a los muchachos—. Nosotros queríamos pescar algo.

—Ha sido una estación muy seca —comentó Bob—. Por aquí apenas hay agua.

—Harold, no nos quedemos —suplicó la mujer—. Vámonos a Bishop y pararemos en un hotel.

—No quiero gastar dinero en hoteles después de haber traído todo el equipo para acampar —refutó el hombre—. Además, aquí hace fresco —señaló la atalaya—. ¿Lleva hasta allí esta senda? —le preguntó a Bob.

—Sí. Es una pequeña excursión.

El hombre se echó a reír.

—No importa —gruñó—. Tal vez subamos.

Los muchachos reanudaron su camino, casi corriendo, y a los quince minutos llegaron a la posada. Ya en el salón, vieron que Joe Havemeyer se hallaba de pie delante de la chimenea, con un papel en la mano.

—Están muy bien —le decía a Ana, sentada en el sofá.

La joven asintió. Joe miró a los muchachos, arrugó el papel y lo arrojó al hogar. Luego cogió un librito de cerillas de la repisa y prendió fuego al papel. Acto seguido se dirigió al piso alto.

—¿Fue divertida la excursión? —se interesó Ana.

—¡Maravillosa! —ponderó Jupe.

—Pensé que os gustaría —sonrió Ana, poniéndose en pie y yendo hacia la cocina.

Pete dio un salto hacia la chimenea y apagó el papel. La llamita se extinguió al momento. Pete recogió los restos.

No había más que unos centímetros de papel sin chamuscar, pero aquellos centímetros ya bastaban.

—¿Qué es lo que, según Havemeyer, está muy bien? —quiso saber Bob.

Pete vaciló y al fin salió al porche delantero. Bob y Jupe le siguieron y el último cerró la puerta a sus espaldas.

—Es la firma y rúbrica de Ana —explicó Pete. Le entregó el papel a Jupe—. Ha estado practicando una y otra vez.

Los Tres Investigadores callaron unos momentos. Luego Jupiter saltó, como picado por una avispa.

—¡No quiere hablar alemán con sus primos! —gritó de repente —. No quiere hablar alemán y el anillo de boda le está demasiado grande.

—¿Qué sentido tiene esto? —inquirió Bob.

Jupiter no contestó, pero se dirigió rápidamente a los peldaños, que empezó a bajar.

—Voy a hablar inmediatamente con Hans y Konrad —explicó tensamente—. Luego subiremos rápidamente al prado. De pronto, para mí todo tiene sentido. Si mis deducciones son correctas, ¡aquí ocurre algo horrible!

CAPÍTULO 14

El monte en llamas

—Pero ¿por qué, Jupe? —preguntó Hans—. ¿Por qué hemos de quedarnos cerca de la posada?

Trepó por la escalerilla que conducía a la excavación de la supuesta piscina, dejando a Konrad abajo.

—Prefiero no explicar nada ahora —replicó Jupe—. Sería muy embarazoso para vosotros, y para todos, claro, que yo me hubiese equivocado. Por favor, confía en mí. Y no te muevas de aquí por si te necesitamos.

—Claro que confío en ti, Jupe —asintió Hans—. De acuerdo. Me quedaré. Que os divirtáis en el campamento —añadió vacilando.

Jupe se reunió con Bob y Pete, quienes acababan de comunicarle a prima Ana que estarían en el campamento el resto del día. Los muchachos recogieron rápidamente lo que necesitaban para cenar en su propio campamento entre el pinar. Mientras llevaban a cabo esta operación, Jensen llegó a su auto y Smathers apareció por entre los árboles del camino. Los dos hombres subieron al porche de la posada y pasaron al interior, dejándose caer en sendos butacones.

Jupiter gruñó al verles desde la tienda.

—Ojalá no se muevan de ahí. Aún ignoro cómo encajan en este misterio.

—¿En qué misterio, Jupe? —preguntó Pete—. ¿Qué ocurre?

—Más tarde, más tarde —le interrumpió Jupe con impaciencia.

Los muchachos iban a marcharse cuando Joe Havemeyer salió al porche.

—Eh, ¿adónde vais tan de prisa? —preguntó.

La voz era jovial, pero la mirada suspicaz.

—¡Diantre! —murmuró Jupe. Luego asumió su expresión más tonta y se acercó deliberadamente al porche—. Nos vamos al campamento para guisar la cena al aire libre —explicó.

—Chicos, estáis gastando un exceso de energías —comentó Joe —. Deberíais quedaros aquí, en la posada, y ayudarnos a trabajar…

Havemeyer dejó de hablar y su rostro adquirió un tinte amarillento. Jupe parpadeó. Luego comprendió que no era Havemeyer quien se volvía amarillo, sino la luz que había cambiado.

Levantó la vista y divisó una columna de humo que tapaba al sol.

—¡Allí! —gritó Pete.

Al norte de la posada, en las laderas cubiertas de pinos más allá del campamento, el humo se iba espesando por momentos. De repente, distinguieron las llamas. Unas volutas de cenizas se posaron sobre la cabellera de Havemeyer. Jensen y Smathers salieron para vislumbrar lo que pasaba.

—Sopla hacia aquí —tartamudeó Havemeyer.

Su voz fue casi un susurro. Parecía paralizado, y se agarraba a la barandilla del porche.

En la carretera se oyó el motor de un coche. Era el mismo que había estado aparcado en el campamento, cuando los muchachos bajaron de la atalaya. Ahora, el auto traqueteaba rápidamente por la ladera, en dirección a la posada. Pete echó a correr, agitando los brazos, y el coche paró casi en seco.

—¿Es muy grande el incendio? —le preguntó al hombre de la calva.

—¡Parece un infierno! —proclamó el otro—. Será mejor que se alejen de aquí. La madera está muy seca. Dejé caer una colilla, el viento avivó una chispa y al momento empezó a arder toda la ladera.

Hans salió también de la posada.

—¡Ana! —gritó—. ¡Ana! ¡Konrad! ¡Venid! ¡Arde la montaña!

—¡Vámonos, Harold! —ordenó la mujer del coche.

El conductor arrancó con tanta violencia que las ruedas giraron casi en el aire.

—¡Hans! ¡Konrad! —Joe Havemeyer había recuperado el don de sus movimientos.

Descendió del porche y cogió una manga de riego que estaba enrollada por allí.

—¡La escalerilla! —gritole a Hans—. Coge la escalerilla.

¡Mojaremos el tejado!

Un venado irrumpió por la carretera, corriendo ciegamente hacia el caminito de la posada, pasó junto a todos los reunidos y se dirigió velozmente a la pista de esquí.

—¡Santo cielo! —gimió el señor Smathers, tan sobresaltado, que su voz fue casi un alarido—. Pobres animales… ¡Criminales! ¡Asesinos!

El excitado hombrecillo echó a correr tras el venado.

—¿Dónde va? —le detuvo el señor Jensen.

Una ardilla asustada pasó delante de Jensen y Smathers, hacia la pista.

—¡Suélteme! —chilló Smathers—. ¿No lo ve? Los animales se dirigen hacia las tierras altas.

—Pero el fuego viene por allí —advirtió Jensen—. Usted quedaría atrapado por el fuego.

Smathers logró liberarse.

—He de irme —dijo, echando a correr hacia la pista. Prima Ana salió del interior de la posada.

—¡Joe! —gritó—. ¡Joe, hemos de irnos!

—¡No!

Havemeyer había dado el agua. Se apartó del grifo y apuntó la manga hacia el tejado.

—Hemos de salvar la casa —explicó—. Y sé que la salvaremos si nos quedamos.

Konrad asió un brazo de su prima.

—Nosotros nos llevaremos a Ana —decidió—. Ana, vienes con nosotros, ¿verdad?

Ana giró sobre sí misma para contemplar el fuego. Parecía ya muy cerca, a menos de un kilómetro de la posada. El viento casi quemaba y las cenizas blanqueaban el suelo.

—Vendrás con nosotros —insistió Konrad. Ana asintió.

—Jupe, Bob y Pete —continuó el bávaro— a la camioneta.

—¡Un momento! —pidió Jupiter Jones.

—No podemos esperar —gruñó Konrad, conduciendo ya a Ana hacia el aparcamiento—. ¡Vamos, a la camioneta!

—Hemos de encontrar antes a Ana —declaró Jupe.

—¿Cómo? —Konrad contempló fijamente a Jupe y después a la joven que estaba a su lado.

Ella se inmovilizó en una actitud que tenía algo fieramente defensivo. A Jupe le pareció que palidecía, aunque no estuvo muy seguro con aquella poca luz.

—¿Dónde está Ana? —exigió. Havemeyer soltó la manga de riego.

—¡Estáis locos! —gruñó. Jupe no le hizo caso.

—Usted es la señora Havemeyer —continuó, dirigiéndose a la mujer llamada Ana—, pero ¿dónde está Ana Schmid? Dígamelo y deprisa.

—¿Dónde está Ana Schmid? —repitió Jensen como un hombre alcanzado por un rayo—. ¿No es usted Ana Schmid?

La joven se irguió y trató de sobreponerse.

—Yo era Ana Schmid —proclamó—. Y ahora soy Ana Havemeyer —miró directamente a Jensen—. Yo era Ana Schmid y ahora me iré con mis primos.

—¡No! —Jupe dio dos saltos hacia ella.

La joven se liberó de la presa de Konrad y corrió hacia su coche.

—¡Eh! —Jensen también corrió, logrando cogerla por el hombro —. Un momento…

Ana lo esquivó y cayó cuando la mano de Jensen volvía a atraparla. El cabello rubio con su círculo de trenzas voló por el aire como un extraño sombrero, rodando un par de metros antes de quedar formando un bulto deforme. Instantáneamente, Ana volvió a ponerse en pie y echó a correr. Los muchachos vieron que, bajo la peluca, su cabello había sido muy negro.

—¡Tú no eres Ana! —gritó Hans.

Konrad alcanzó a la muchacha, que estaba forcejeando con la portezuela de su auto.

—¿Dónde está nuestra prima? —preguntó. Parecía a punto de abofetearla—. ¿Dónde está Ana?

La joven se encogió contra el coche.

—Hay una cabaña en el prado alto —reflexionó Jupe—. Está allí, ¿verdad?

La falsa Ana asintió.

Konrad la soltó y un segundo después él y Hans, junto con los Tres Investigadores, estaban corriendo por la pista de esquí hacia las tierras altas.

CAPÍTULO 15

El monstruo

El humo era muy denso en el prado alto cuando los muchachos llegaron allí.

A Jupiter le estallaban los pulmones. Se dejó caer de rodillas sobre la alta hierba y volvió el rostro para resguardarse del cálido viento que barría la ladera.

Al frente y a la derecha, un puma salió de entre los árboles, estuvo un segundo parado como husmeando el aire y por fin corrió hacia el oeste, donde se hallaban los acantilados pelados, detrás del pinar.

Konrad tomó a Jupe por el codo.

—Levántate. Deprisa. Enséñanos dónde está Ana.

Jupiter se puso en pie. Pete corría ya por el prado, en dirección al bosque del extremo opuesto. Bob le seguía, tratando valientemente de continuar a la altura de su atlético amigo. Junto con los dos muchachos corrían varios animales. Jupiter vio que el prado entero hervía de vida, con animales grandes y pequeños, huyendo todos de la amenaza del fuego.

—¡Deprisa! —apremió Konrad.

Hans iba al frente, siguiendo a Bob y Pete.

Jupe asintió y obligó a sus cansadas piernas a soportarle a través del prado.

A Jupiter le parecía que tenía las piernas de plomo, y se esforzaba como si tuviese que correr por unas aguas profundas. Vio a Bob y Pete ya muy lejos, esperando a los demás en el lindero del bosquecillo. Jupe tropezó y Konrad le asió del brazo.

—¿Dónde? —inquirió el bávaro.

Jupe indicó un lugar situado entre una prominencia rocosa que surgía de entre las hierbas.

—Vi a Havemeyer ir hacia allí —señaló.

Hasta ellos llegó un débil grito, como un alarido de terror, y luego un distante golpeteo, como si alguien pegase contra una puerta de madera con los puños.

—¡Ana! —gritó Konrad.

Una mofeta pasó por entre los pies de Pete y desapareció entre los árboles.

El alarido sonó más fuerte.

—¡Aquí estamos, Ana! —profirió Hans.

Los Tres Investigadores y los dos hermanos bávaros corrieron por entre los troncos de los árboles siguiendo la dirección de los alaridos de socorro. Pete tosía fuertemente, y Jupe casi se ahogaba por entre el denso humo.

—¡Ana! —gritaba Hans—. ¿Dónde estás, Ana?

—¡Estoy aquí! ¿Quiénes sois? ¡Dejadme salir!

Los dos hermanos bávaros corrieron hacia el sitio de donde salían los gritos, adelantando a Pete y Bob. Se internaron en el pinar, rompiendo ramas y agitando mucho los brazos. Los muchachos iban tropezando detrás de ellos. De repente, en una leve hondonada, apareció una choza.

Era una construcción muy tosca de planchas cubiertas de papel alquitranado, de apenas dos metros cuadrados, con una ventanuca cerca del techo.

En varios sitios, el papel alquitranado se había rasgado, pero en la puerta había un barrote atravesado y un candado nuevo. Cuando los muchachos descendieron por la pendiente de la hondonada, Hans estaba ya empujando la puerta con el hombro.

La puerta, no obstante, no cedía ni un milímetro.

—Es más sólida de lo que parece —rezongó Konrad—. No te apures, prima Ana —dijo elevando la voz—. Buscaremos una roca y romperemos el candado.

—¡Hay fuego! —gimió la joven dentro de la cabaña, sumamente asustada—. Huelo a fuego. ¿Dónde está?

—Abajo, cerca del campamento —Konrad ya había encontrado un grueso guijarro que sopesaba en sus manos—. Aún queda tiempo. Vamos a sacarte de aquí.

La joven calló unos instantes y luego preguntó tímidamente:

—¿Quiénes sois?… ¿Hans? ¿Konrad?

El último nombrado sonrió y empezó a hablar en alemán,

acabando por fin por golpear pesadamente con el guijarro encima del candado.

El vendaval soplaba vivamente, envolviéndoles con humo.

—¡Deprisa! —urgió Hans.

Konrad asintió y levantó la piedra para propinarle al candado un golpe terrible. A sus espaldas se oyó un grito.

Hans, Konrad y los Tres Investigadores giraron sobre sí mismos. Por encima de ellos, mirando hacia la hondonada y agitando unos extraños brazos contra el humo y el viento acre, vieron una gigantesca figura humana. Jupe distinguió unos ojos enrojecidos y unos dientes blanquísimos cuando la extraña criatura echó atrás la cabeza y chilló con terror animal.

—¡El monstruo! —exclamó Bob, palideciendo.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven desde dentro de la cabaña—. ¿Qué es lo que oigo?

—Chist… —susurró Jupe.

—Calla, Ana —murmuró Konrad.

Pero el extraño ser los había visto. El grito de Ana había llegado hasta él a través de su pánico. Agachó la enorme y peluda cabeza y se apartó los mechones de pelo que le cegaban los ojos, y miró fijamente a Konrad a través del humo.

El bávaro se inmovilizó de espaldas a la puerta de la choza, con el guijarro en la mano.



El monstruo lanzó un aullido y su enorme cabeza se proyectó hacia delante. De pronto, la bestia corrió hacia Konrad.

—¡Cuidado! —gritó Pete, saltando hacia un lado.

El monstruo pasó por su lado, yendo derechamente hacia Konrad como si éste tuviese la culpa del fuego, del humo y de cuanto ocurría.

Konrad gritó y se apartó de la puerta. La enorme criatura chocó contra las maderas, impulsado por su propio ardor. Golpeó ferozmente la puerta, que cayó hacia dentro con un terrible estruendo. La gran bestia cayó encima de la puerta astillada dentro de la cabaña.

Ana chilló. Chilló como Jupiter no había oído nunca chillar a nadie… con alaridos de puro terror. Y junto con los alaridos de Ana hubo los sollozos del extraño ser que había caído dentro de la choza.

—¡Ana! —gritó Konrad, levantándose del sitio donde había caído, en su afán de apartarse de la bestia.

Hans dio dos pasos hacia la cabeza, medroso, pero incapaz de ignorar los gritos de auxilio de su prima.

—¡Ana! ¡Ese monstruo la despedazará!

—No, si usamos nuestros cerebros —intervino una briosa voz.

El señor Smathers acababa de aparecer entre los árboles, por el fondo de la hondonada, con una expresión animada. Sus ojos eran más acuosos de lo acostumbrado.

—¡No se muevan! —ordenó. Todos se detuvieron donde estaban. Luego añadió—: Dejen esto para mí.

Tras esto, pasó por delante de los Tres Investigadores y los atónitos Hans y Konrad, y desapareció en el interior de la cabaña.

CAPÍTULO 16

El señor Smathers al rescate

El señor Smathers apenas había penetrado en la cabaña cuando cesaron los terribles sollozos.

—Vamos, vamos —oyeron todos cómo murmuraba el hombrecillo—. Ya sé que es muy malo, pero no te ocurrirá nada.

Algo gruñó.

—Lo sé, lo sé —prosiguió Smathers—. Pero quédate conmigo y estarás a salvo. El gruñido se trocó en un sonido más suave, casi un murmullo.

—Bien, vamos —continuó Smathers—. ¿Ves? Has asustado a esta damita. ¿No estás avergonzado de tu conducta?

Los Tres Investigadores se contemplaron mutuamente, sin saber si soñaban.

Smathers apareció a la puerta de la cabaña. A su lado, un poco más atrás, iba una enorme criatura…, un ser horrible, deforme, que parecía semihumano, semianimal. Se arrastraba detrás de Smathers como un perro bien amaestrado sigue a su amo.

—Ahora nos marcharemos a las tierras altas, pasada la línea de los pinos —les informó Smathers a los asombrados espectadores de la escena—. Allí estaremos a salvo. Será mejor que ustedes ahora se ocupen de la joven. No está muy bien.

Smathers y su extraño acompañante desaparecieron muy pronto tras la cortina de humo.

—¡Ana! —gritó Hans, acabando de empujar la astillada puerta y penetrando en la choza.

Konrad y los Tres Investigadores se agolparon en el umbral.

Ana Schmid estaba agazapada contra la pared opuesta de la cabaña. La pequeña habitación estaba muy oscura, pero los muchachos vieron, a pesar de sus desaliñados vestidos y su revuelta cabellera, que la muchacha era casi el doble exacto de la falsa Ana

de la posada.

—¡Hans! ¡Konrad! —gritó la joven—. ¿Sois realmente vosotros?

—Hemos venido a liberarte, Ana —la tranquilizó Hans, arrodillándose a su lado—. Pero hemos de actuar deprisa. ¿Puedes tenerte en pie?

La muchacha lo intentó, temblando y agarrándose a Hans. Éste la ayudó, ciñéndola por la cintura, y Konrad la tomó del brazo.

—¿Puedes andar deprisa? —preguntó el bávaro.

Ella asintió. Había ya lágrimas en sus mejillas, unas lágrimas que dejaban un rastro sucio en su pringosa cara.

—Aquel animal —susurró Ana—. ¿Qué era?

—Vámonos ahora, señorita Schmid —urgió Jupiter—. Ya hablaremos más tarde.

Cuando Ana Schmid salió de la prisión a la luz del día, con el aire cargado de humo, estaba tan débil e iba tan encorvada que parecía una anciana. No había andado muchos metros, no obstante, cuando consiguió levantar la cabeza y les sonrió a Hans y Konrad. Luego, se irguió en toda su estatura y acarició las manos de sus primos.

—¡Deprisa! —suplicó Bob.

—Sí, deprisa —asintió Ana.

Cuando llegaron a las lindes del prado, Ana andaba con tanta rapidez como Pete, aunque todavía sostenida por sus primos.

Surgieron bajo los árboles, viendo un avión cisterna. Volaba hacia el norte, hacia el lugar donde el humo era más denso, y por fin soltó una cascada de líquido.

—Un avión con carga de borato —explicó Bob—. Ojalá logre apagar el incendio, o también nosotros tendremos que huir más allá de la línea boscosa.

Pete se puso al frente y fue el primero en llegar al otro lado del prado. Se detuvo en lo alto de la pista de esquí y miró hacia abajo.

—¡Demontre! —gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó rápidamente Jupiter.

—Hay una excavadora mecánica para mantener alejado el fuego. Supongo que lo conseguirán. Después de todo, la aldea de Sky no arderá.

—Mi posada —murmuró Ana—. ¿Sigue aún en pie mi posada?

Cuando Ana llegó a la pista de esquí, se detuvo un instante para

contemplar la escena de abajo. La excavadora iba abriendo un enorme boquete en la tierra para mantener alejado el fuego, poniendo un cinturón entre la posada y el incendio. En la carretera había grupos de gente, comentando medrosos. Oyeron otro avión que también dejó caer su carga apaga incendios entre las llamas.

Después, tras unos instantes, sopló una ráfaga de aire fresco que enfrió el prado.

Había cambiado el viento.

—El pueblo no arderá —profetizó Ana, iniciando la bajada.

Estuvo a punto de caer varias veces, y Hans y Konrad tuvieron que sostenerla, pero no quiso detenerse hasta haber conseguido ayuda del pueblo. La joven temblaba y tropezaba a cada paso cuando llegaron al fondo de la pista, pero mantenía la cabeza muy erguida.

Por su lado pasaron varios bomberos con casco, atentos a su labor. Gabby Richardson también estaba presente, regando el tejado con una manga, para que ninguna astilla incendiada lograse inflamar la posada.

Ana le sonrió a Richardson.

—Es usted un buen amigo —musitó.

Richardson apartó brevemente la vista del chorro de agua que estaba soltando.

—Cuando tenga tiempo —declaró—, me gustaría saber qué pasa aquí. Ese tipo de ahí dentro no ha querido soltar una sola palabra.

Richardson señaló con el gesto la posada.

—¿El tipo de dentro? —inquirió Jupiter Jones.

—Jensen —aclaró Richardson—, les está esperando.

Hans y Konrad, Ana y los Tres investigadores ascendieron hasta el porche y penetraron en la posada Slalom.

El señor Jensen, el falso fotógrafo de la naturaleza salvaje, les estaba aguardando, en efecto. Se hallaba sentado sobre el brazo de una butaca del salón. Frente a él, en el sofá, la joven que se había hecho llamar Ana estaba sentada, con los ojos centelleantes. Su negro cabello mostraba cierto desaliño y sus ojos estaban enrojecidos, como si hubiera estado llorando. El individuo llamado Joe Havemeyer se hallaba tumbado a sus pies. Parecía dormido.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Bob. Jensen miró a Ana.

—¿La señorita Ana Schmid? —Volvió a mirar a la falsa posadera

—. ¡Es increíble! —exclamó—. A no ser por el cabello, nadie acertaría a distinguirlas.

Bob miró a Havemeyer.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió.

Jensen sonrió y su duro rostro se suavizó repentinamente.

—Oh, disparé contra él —explicó dulcemente— con su carabina tranquilizante.

CAPÍTULO 17

Una imagen en el espejo

Era ya de noche cuando los bomberos hubieron contenido el fuego. Hasta entonces, los habitantes del pueblo no se tranquilizaron. Muchos estaban en la línea de fuego para vigilar los sitios calientes donde las llamas aún bailoteaban entre los árboles chamuscados. Algunas rachas de viento aún podían llevar tizones inflamados hacia las casitas del pueblo.

En la posada Slalom, Hans y Konrad atendían a su prima. Ana yacía en el sofá, tapada con una manta, disponiéndose a contar su historia a un joven ayudante del *sheriff* que había pasado una ardiente tarde dirigiendo una barrera humana al pie del monte, y alejando a los mirones que deseaban acercarse demasiado al incendio.

El ayudante del *sheriff* se hallaba instalado en una silla, frente a Ana, y miraba enfurruñadamente a Jensen. El falso fotógrafo tenía una expresión de alegría casi histérica, apuntando aún a Joe Havemeyer con la carabina tranquilizante. Joe se había recuperado lo bastante como para estar sentado y contemplaba a Jensen con mirada malévola. La mujer que había pretendido ser Ana Schmid se apoyaba sobre un codo en la mesa y mantenía los ojos cerrados. Incluso a la luz de la lámpara, parecía excesivamente demacrada, como si estuviera muy, muy cansada.

El ayudante del *sheriff* abrió un cuaderno de notas.

—Antes de empezar —le dijo a Jensen—, desvíe esa carabina.

—Si le pone usted las esposas a ese canalla —gruñó Jensen—, lo haré. Antes intentó huir. Y no lo volverá a intentar otra vez.

—Nadie huirá —el ayudante del *sheriff* se tocó significativamente la pistola que colgaba de su cinto—. Desvíe la carabina antes de que alguien salga lesionado —ordenó.

Jensen se encogió de hombros y dejó la carabina en la alacena.

Luego, cogió una silla de la mesa, la plantó delante de la puerta y se sentó.

—Buena idea —aprobó Hans.

Cogió a su vez otra silla y se colocó ante el umbral de la cocina.

—Ahora que hemos bloqueado todas las salidas, adelante —ordenó el ayudante del *sheriff*—. Señorita Schmid, sus primos me han dicho que desea usted presentar una acusación contra Havemeyer. ¿Quiere contarme exactamente qué ha hecho?

—¡Raptarla! —exclamó Konrad.

—¡Y robar! —añadió Hans.

—Por favor, dejen hablar a la señorita Schmid —se impacientó el ayudante del *sheriff*—. ¿Quiere empezar por el principio?

Ana miró a Havemeyer y empezó a juguetear con el borde de la manta.

—Al principio, ese hombre me pareció simpático. Vino a la posada, pidió la mejor habitación y cuidó de mi telesquí. Dijo que era presidente de una nueva empresa que fabricaba mototrineos, y deseaba que invirtiese algún dinero en su compañía. Yo no le quise entregar el dinero, y poco después dejó de insistir, aunque se quedó aquí dos o tres semanas.



La joven hizo una pausa, pues aún estaba algo débil.

—Un día me vio contando dinero para pagar mis facturas. Me aconsejó que firmase talones y no utilizase dinero contante porque era más seguro firmar talones. Le contesté que mi dinero contante estaba casi todo a salvo, especialmente el que guardaba en mi caja de seguridad del banco, y añadí que sólo Ana Schmid, o sea yo, podía abrir dicha caja. Me miró de un modo raro… no sabría definir cómo. Una mirada rara, que de pronto me puso nerviosa.

—¿Fue entonces cuando escondió la llave? —intervino Jupiter.

—Sí —Ana frunció el ceño—. No esperaba que ocurriese nada, claro, pero algo en los modales de ese tipo me asustó.

—A propósito, ¿dónde está la llave? —quiso saber Jupe.

—Oh, es algo muy gracioso —interrumpió Hans—. Ana nos lo contó antes. Metió la llave entre los muelles de la cama. ¡Y ese par de bribones estuvieron durmiendo encima de ella todas las noches!

Havemeyer dejó oír un gruñido y empezó a levantarse, pero el ayudante del *sheriff* le obligó a sentarse de nuevo.

—Continúe, señorita Schmid, por favor.

—Dos o tres días después de haber hablado del dinero —reanudó Ana su relato—, este hombre entró en mi cocina mientras hacía la comida. Entonces, me dijo que me mataría si no le entregaba la llave de la caja de seguridad. Pensé que si le decía dónde estaba la llave, me mataría de todos modos, de manera que no se lo dije.

El ayudante del *sheriff* se movió en la silla.

—¿Y después? —apremió.

—Me sorprendí porque no se enfadó. Se echó a reír, me apuntó con la carabina y dijo que tenía tiempo. Luego, me obligó a seguirle al prado alto, donde se halla la cabaña que construyó el joven ermitaño. Puso un candado en la puerta y me encerró allí. Durante dos días no le vi en absoluto, y no tuve nada que comer, aparte de un poco de pan y una cantimplora llena de agua. Luego, empezó a ir allí todos los días, preguntándome siempre dónde estaba la llave, pero no se lo dije. Comprendí que, callando, no me mataría en su afán de saber dónde estaba la llave.

—Entiendo. ¿Cuánto tiempo estuvo usted allí, señorita Schmid?

—Seis… tal vez siete días. No sé. Y hoy olí el fuego y me asusté mucho. Chillé y chillé hasta que llegaron mis primos. Después,

aquel hombrecillo le habló al terrible animal y mis primos… mis primos…

Ana Schmid se tapó el rostro con las manos y se echó a llorar.

—Te traeré un poco de agua, Ana —se ofreció Hans.

—No —la joven se secó las lágrimas con el dorso de las manos —. Estoy bien. Pero, explicadme, ¿cómo supisteis dónde buscarme?

—Fue Jupe —admitió Hans—. Konrad y yo creíamos que esa mujer eras tú. Se parece muchísimo al retrato que nos enviaste.

—Es cierto —reconoció Jupiter—. Se parece muchísimo a Ana cuando lleva peluca. Yo llegué a creer que era Ana. Fue el anillo de boda y las firmas lo que me hizo sospechar la verdad, y siento haber tardado tanto.

—¿El anillo de boda? —preguntó el ayudante del *sheriff* estupefacto—. ¿Las firmas?

—Esa mujer comenzó a practicar la firma de Ana Schmid una y otra vez. De ser Ana Schmid no lo habría hecho. Asimismo, el anillo de boda le estaba muy grande. Aseguró que ella y Joe Havemeyer se habían casado en Lago Tahoe la semana pasada, y una recién casada llevaría un anillo más ajustado. Esto me recordó a tía Matilda. Cuando se pone a dieta y pierde peso, el anillo le está muy grande y se lo quita para lavar los platos, dejándolo en el alféizar de la ventana de la cocina. Usted hizo lo mismo, señora Havemeyer. Porque realmente es la señora Havemeyer, ¿verdad?

—No hablará hasta que haya visto a un abogado —refunfuñó Havemeyer—, lo mismo que yo.

—Creo poder reconstruir todo lo sucedido —sonrió Jupiter—. Havemeyer vino aquí y se quedó en la posada. Vio que, por una extraña coincidencia, Ana Schmid era casi el doble de su esposa. Este descubrimiento no habría tenido importancia a no ser por el hecho de que Havemeyer es un delincuente.

—Sí, un falsificador de valores bancarios —explicó Jensen—. Casi convenció a mi hermana para que invirtiese diez mil dólares en una empresa minera, que llevaba más de veinte años siendo solamente un hoyo en el suelo. Lo malo es que la mina existe, aunque no valga nada, y no pudimos acusarle de nada.

—Y usted no es un fotógrafo de la naturaleza, ¿eh? —le acusó Pete.

Jensen sonrió.

—Tengo una quincallería en Tahoe. Mi hermana vio un día a Havemeyer y a esa mujer que entraban en una cafetería. Ella llevaba una cámara consigo y los retrató cuando salieron sin que se diesen cuenta, tomando también el número de la matrícula de su coche. Nos imaginamos que esa mujer era otra víctima de Havemeyer. Cuando comprobamos la matrícula del coche vimos que pertenecía a Ana Schmid, y yo vine aquí. Necesitaba la foto de Havemeyer porque no le conocía, y esto me dio la idea de fingirme fotógrafo. No hay muchos motivos para venir a este pueblo en verano, por lo que me traje la cámara de mi hermana y fingí dedicarme a sacar fotos de la vida animal.

—Usted intentaba advertir a Ana por si Havemeyer quería estafaría, ¿verdad? —indagó Bob.

—Quería protegerla y atraparle a él en el acto de estafarla, para encerrarle en la cárcel. Mas cuando llegué aquí me enteré de que él estaba casado con Ana Schmid, lo cual era un nuevo aspecto del problema. Una noche revisé los papeles de la joven, y no hallé la menor prueba de que él estuviese traspasando los bienes de ella a su nombre. Por tanto, no sabía qué perseguía en realidad ese individuo.

Jupe asintió pensativamente.

—De modo que podemos retroceder al principio —exclamó— e imaginarnos a Havemeyer cuando vio a Ana Schmid, la verdadera, la primera vez, y se fijó en su enorme parecido con su esposa. Al principio, no vio ninguna ventaja en ese parecido. Casi por la fuerza de la costumbre intentó estafarla en su forma habitual. Trató de venderle a Ana acciones falsas. Al negarse ella a comprar, él no quiso insistir. Tenía ya un as en la manga: una esposa que era casi igual a la real Ana Schmid, hasta el punto de que con una peluca podría engañar a cualquiera. Con su ayuda, Havemeyer entraría en posesión de todos los bienes de Ana Schmid.

Jupiter miró intensamente a Havemeyer.

—Joe permaneció en la posada hasta conocer de memoria todos los modales y costumbres de Ana. Podremos suponer que registró sus papeles y carpetas del despacho hasta saber exactamente cuánto dinero poseía Ana. Y ésta le contó que guardaba el dinero en una caja de seguridad, pero naturalmente, la falsa Ana podría abrir la caja con la misma seguridad que la auténtica.

Jupiter hizo una pausa para respirar.

—Cuando Havemeyer estuvo preparado, encerró a Ana en la cabaña del ermitaño, se marchó con el coche a Lago Tahoe y allí se reunió con la falsa Ana, su esposa. Los dos regresaron al pueblo de Sky y anunciaron que Ana Schmid acababa de casarse con Joe Havemeyer. Todo fue bien, salvo que ambos no lograron encontrar la llave de la caja.

Havemeyer lanzó un gruñido.

—Seguro que se asustaron mucho cuando llegaron los primos de Ana sin escribir antes. Sin embargo, estaban enterados de la existencia de Hans y Konrad. Al buscar la llave habían leído toda la correspondencia de Ana, viendo también los retratos de sus primos.

Ana Havemeyer gimió levemente.

—Havemeyer creyó que no podía mostrarse poco cordial con los parientes de su reciente esposa, de modo que los invitó a quedarse en la posada. Lo cual dejó a la falsa Ana sobre ascuas. Pero se comportó muy bien. Sabía que no podía hablar alemán con Hans y Konrad porque su acento no sería igual que el de la verdadera Ana. Sí, ella es alemana, pero dudo que proceda de Baviera, a pesar de que su dialecto, y en Alemania hay muchos, se parezca al de los dos hermanos bávaros. Insistió, por tanto, en hablar inglés a fin de que su marido pudiese enterarse de las conversaciones.

—Pero Ana estaba muy nerviosa —recordó Pete—. Dijo un día que Hans y Konrad la ponían nerviosa.

—También estaba asustada —prosiguió Jupiter— ante la idea de ir al banco, pedir una llave nueva y tener que firmar la solicitud…, probablemente en presencia de un funcionario del banco. El procedimiento rutinario para penetrar en la sala de las cajas de seguridad no es muy difícil. Tendría que firmar, pero el ayudante de la sala seguramente no examinaría atentamente la firma. ¿Por qué debía fijarse mucho? Conocía bien a Ana Schmid. Obtener una llave nueva sería más complicado. Podía cometer un error. El empleado del banco podía comparar atentamente su firma con la registrada por Ana Schmid en el banco.

La expresión de la falsa Ana demostraba que Jupiter estaba en lo cierto.

—De modo que a la falsa Ana le ponía nerviosa tener que firmar como Ana Schmid. Así, se disculpó ante el mozo que trajo el

cemento, y ella y Joe se pelearon. Havemeyer la obligó a practicar con la firma de Ana, y para que ella pudiera ensayar tranquilamente, quiso que nosotros no estuviéramos alrededor. Pero nosotros vimos sus tareas domésticas. Pete sacó de la chimenea un trozo chamuscado de papel con las firmas. Entonces, comprendí que Ana no era la verdadera y por qué Havemeyer subía al prado todos los días.

El ayudante del *sheriff* cerró el cuaderno y miró a Ana Schmid.

—De no verlo con mis propios ojos, no creería que dos mujeres pudieran ser tan iguales. Mas ¿y la carabina tranquilizante? —añadió el joven ayudante—. ¿Fue con ella que Havemeyer la amenazó, señorita Schmid?

—No. Entonces utilizó una verdadera carabina.

—Está en la alacena —añadió Pete.

La puerta frente a la cual estaba Jensen crujió. El falso fotógrafo se levantó, apartó la silla y abrió la puerta.

El señor Smathers penetró en el salón. Estaba manchado por el humo, increíblemente apesadumbrado, pero vivaracho y lleno de actividad.

—Aquí todo va bien —observó.

De pronto, sus ojos se posaron en Ana Schmid, que seguía en el sofá, y después en la falsa Ana, casi acurrucada junto a la mesa. Vio al ayudante del *sheriff* con el cuaderno en la mano, y a Hans que bloqueaba la puerta de acceso a la cocina.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Todo esto es muy complicado, señor Smathers —se apresuró a explicar Bob—. Ya se lo contaremos más tarde.

—¿Tiene este caballero algo que ver con este caso? —indagó el ayudante del *sheriff*.

—No lo creo —terció Jupiter—. Pienso que el señor Smathers es exactamente lo que afirma ser: un hombre que saber hablar con los animales.

—Y ellos me escuchan y obedecen —agregó muy ufano el señor Smathers.

—Seguro, seguro —estaba claro que el ayudante del *sheriff* empezaba a sospechar que todos estaban locos—. Bien, ¿puede decirme alguien ahora por qué ese individuo poseía una carabina tranquilizante?

—Raro y malvado, ¿verdad? —se indignó Smathers—. Casi peor que las armas de fuego. ¡Querer cazar a una criatura salvaje para meterla en una jaula! ¡Horroroso!

La expresión del ayudante del *sheriff* era ya de franco asombro.

—O sea que, además de todo lo demás, ese tipo quería enjaular a un oso, ¿eh?

—A un oso no —saltó Pete.

El señor Smathers sonrió.

—¿Creerá usted, señor mío, que ese Havemeyer piensa que existe una especie de monstruo en la montaña? —dijo—. Llegó a convencerse de que podría capturar a un ser desconocido de los científicos y exhibirlo en público, sin duda cobrando por la exhibición.

—¿Un monstruo? —exclamó el ayudante del *sheriff* con estupor —. ¡Ese tipo está majareta perdido!

—Naturalmente —asintió Smathers tranquilamente—. Todo el mundo sabe que no existen monstruos en el mundo, ¿verdad?

Los Tres Investigadores contemplaron boquiabiertos al señor Smathers, que acababa de negar la evidencia.

Smathers, muy sonriente, se dirigió a la escalera.

CAPÍTULO 18

Alfred Hitchcock se entera de un secreto

Dos días más tarde regresaron a Rocky Beach. Los Tres Investigadores visitaron a Alfred Hitchcock en su despacho.

—Ya veo que habéis vuelto a salir en los periódicos —fueron las primeras palabras del famoso director de cine—. Supongo que ya habréis redactado un guión de todo el caso. ¿Cómo le llamaréis: *El misterio de la imagen en el espejo*?

—Nos inclinamos por *Misterio en la montaña del monstruo* —replicó Jupiter Jones.

—¿Un monstruo en la montaña? —repitió el director de cine, frunciendo el ceño—. He leído atentamente todos los artículos publicados sobre este caso de Ana Schmid, y en ninguna parte he visto la más leve mención a un monstruo.

—No se lo contamos todo a los periodistas —explicó Bob, entregándole una carpeta al director.

—Debí suponerlo —murmuró el señor Hitchcock. Abrió el legajo y empezó a leer.

Los muchachos aguardaron en silencio hasta que el director cinematográfico hubo terminado su lectura de las notas compiladas por Bob sobre el caso.

Cuando Hitchcock devolvió la carpeta, asintió.

—Unas deducciones muy astutas, Jupiter Jones —declaro—. ¿Hubo en realidad un monstruo?

—Nosotros lo vimos —afirmó Jupe—. Mas ¿quién nos hará caso? Hans, Konrad y Ana también lo vieron, pero ya ni ellos se lo creen. Hans y Konrad decidieron rápidamente que se trataba de un oso sentado sobre sus cuartos traseros. Ana ha determinado borrar todo el episodio de su memoria y se niega a hablar de ello. Y el señor Smathers jamás dirá la verdad.

Jupiter se encogió de hombros.

—Cuando el ayudante del *sheriff* se llevó a Havemeyer y a su mujer —explicó Pete—, el señor Smathers charló con nosotros. Nos dijo que, si contábamos algo a los periódicos o al *sheriff* sobre el monstruo, él lo negaría y aseguraría que lo que vimos en la cabaña del ermitaño era un oso. Sería su palabra contra la nuestra… y nadie cree los cuentos que dicen los chicos.

—Por tanto, es un secreto —meditó Hitchcock—. Os agradezco que me lo hayáis revelado. Supongo que fue Smathers quien te pegó, Jupiter, y quien borró los rastros del monstruo junto a la fisura del terremoto.

—Sí, lo reconoció —asintió Jupe—. Pero volvió a decir que lo negaría todo, si mencionábamos el incidente a las autoridades. El señor Smathers quiere proteger a ese monstruo, sea lo que sea, y el único modo de lograrlo es ocultar el hecho de su existencia.

—Tiene razón —aprobó el director de cine—, si la gente supiera que hay un monstruo en la montaña, estoy seguro que muchos hombres como Havemeyer saldrían con carabinas tranquilizantes a cazarlo.

—En cierto modo, me alegro de que todo sea así —afirmó Bob —. Yo pasé anoche dos horas en la biblioteca, revisando los libros sobre los hechos raros de California. Durante años se ha hablado mucho de huellas extrañas en la cordillera de Sierra Nevada y Cascada. Nosotros tenemos ya nuestra propia versión americana del Abominable Hombre de las Nieves del Himalaya, salvo que nadie ha podido demostrar aún su existencia. El monstruo permanece escondido en las tierras altas, entre la maleza.

—Podemos suponer que el que vimos en la posada era el monstruo, que bajó en busca de comida igual que los osos —agregó Jupiter—. El señor Smathers divisó sus huellas en el patio dos días antes de que nosotros llegásemos al pueblo. Aquel mismo día, Havemeyer compró la carabina tranquilizante, y al siguiente hizo que varios obreros de Bishop excavasen junto a la posada un enorme hoyo, diciendo que deseaba construir una piscina. Smathers sospechó la verdad y empezó a recorrer toda la comarca, tratando de encontrar al extraño ser y advertirle. Pasó varias veces por delante de la cabaña del ermitaño, pero, como no hablaba, Ana no se enteró de su existencia.

—¡Pobre Ana! —se compadeció Hitchcock—. Vaya experiencia

terrible que ha tenido que sufrir.

—Oh, cuando nos despedimos de ella ya estaba sosegada —afirmó Pete—. Y Hans y Konrad estuvieron muy amables con ella. Les gustó más la verdadera Ana que la falsa. La joven hizo mucho chocolate y pasteles para ellos, y ellos rellenaron el agujero del patio posterior. No habrá piscina. Ni pozo para los osos. El señor Smathers se puso muy contento.

—Seguro, claro —sonrió Hitchcock—. El señor Jensen también debió regocijarse al ver entre rejas al hombre que había estafado a su hermana.

—Se alegró y mucho —rió Pete—. Aún se estremece al pensar lo que hubiera podido sucederle a la verdadera Ana Schmid cuando él trataba de proteger a la falsa. Havemeyer no siempre fue un estafador. Fue también arrestado por robo a mano armada, y una vez mató a un guardia jurado de un banco. Havemeyer es muy peligroso.

—Al señor Jensen también le encantó que Havemeyer no hubiese descubierto su jugarreta —añadió Bob—. De lo contrario, Jensen habría corrido un grave peligro. Aseguró que ya tuvo bastante violencia la noche en que pretendió tomar la foto del oso.

—¿Por qué lo intentó? —se extrañó el director de cine—. ¿Y quién le golpeó?

—En realidad —aclaró Jupiter—, el señor Jensen quiso sacar la foto sólo para dar una prueba de su condición de fotógrafo. Contó que aquella noche estaba asomado a la ventana y vio a un oso paseando entre los cubos de basura, y decidió que sería conveniente retratarlo. Nosotros pensamos que quien le pegó fue el monstruo. El señor Smathers asegura que el fogonazo del *flash* asustó al oso, y que éste le golpeó instintivamente. Bien, aquí sólo podemos adivinar. Ahora, Jensen dice que su atacante fue otro oso.

—¿No está Jensen enterado del secreto del Monstruo de la Montaña? —quiso saber Alfred Hitchcock.

—No había necesidad de decírselo —negó Bob—. Y probablemente no nos hubiese creído. Aparte de usted, nadie podría creer en la existencia de un monstruo.

—Lo cual os complace mucho —observó el director de cine.

—Sí, el señor Smathers nos ha convencido —asintió Bob—. No me gustó el aspecto de aquel monstruo, oh, no, pero sería una

vergüenza encerrarlo en un jaula o un hoyo y que la gente tuviera que abonar cincuenta centavos para verlo a hurtadillas. Es divertido pensar que en la montaña hay un ser que no ha sido clasificado, catalogado y enumerado. Bueno, quiero decir que…

—Que eres un romántico —concluyó Alfred Hitchcock—. Te gusta preservar los misterios no solucionados de la naturaleza. Y estoy de acuerdo contigo. Hoy día apenas quedan lugares por explorar, y todo tiene su explicación. Necesitamos unas criaturas legendarias y desconocidas que logren avivar nuestra imaginación.

Se puso en pie y miró a los Tres Investigadores.

—¡Le deseo una larga y dichosa vida al monstruo de la montaña! —exclamó—. Y en vuestro caso, no vacilaría en titularlo *el misterio de Ana Schmid*. El monstruo siempre será una leyenda. Y, como vosotros dijisteis… ¡nadie os creería aunque pregonaseis la verdad!

FIN



ROBERT ARTHUR. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de traslado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, de Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió a la Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia, en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una licenciatura en inglés con distinción. Después de trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó

a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine, Street &
Smith's
Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow, Street & Smith Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories,
Collier's
, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez con Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948

hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946, Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú.» la carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen *AHP: Historias para el atardecer*, (1961); *AHP: Historias que mi madre nunca me contó*, (1963); *AHP: Prohibido a los nerviosos*, (1965); *AHP: Relatos que me asustaron*, (1967); *AHP: historias que no me dejarían hacer en TV*, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como *Alfred Haunted Houseful*
Hitchcock's
, (1961); *Alfred Ghostly Gallery*
Hitchcock's
, (1962); *Alfred Monster Museum*

Hitchcock’s
, (1965); *Alfred Sinister Spies*
Hitchcock’s
, (1966); y *Alfred Spellbinders in Suspense*
Hitchcock’s
, (1967). También editó, bajo su propio nombre, *Davy Jones Haunted Locker*, (1965); *Spies and More Spies*, (1967); y *Thrillers and More Thrillers*, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en *Fantasmas y más fantasmas* publicados en el 1965 y *Misterio y más misterio*, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores*. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de los Tres Investigadores: *El Misterio en el Castillo del Terror*, *El Misterio del Loro Tartamudo*, *El Misterio de la Momia*, *El Misterio del Fantasma Verde*, *El Misterio del Tesoro Desaparecido*, *El Misterio en la Isla del Esqueleto*, *El Misterio del Ojo de Fuego*, *El Misterio de la Araña de Plata*, *El Misterio del Reloj Chillón* y *El Misterio de la Calavera Parlante*. Después de la muerte de Arthur, la serie de los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de los Tres Investigadores, y once libros en una
Spin-off
de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.

Notas

[1] La mofeta es un mamífero americano, de pequeño tamaño, que al verse perseguido desprende un líquido apestoso, cuyo olor resulta imposible de eliminar de la persona que lo recibe. (N. del T.) < <

[2] El *chipmunk* es una especie americana de ardilla, sumamente graciosa (N. del T.) < <

[3] En los países anglosajones como Inglaterra y Norteamérica, la mujer al casarse pierde su apellido de soltera y adopta el del marido. <<